ROMANCERO GENERAL

J. Villamil

Н. ф. 959.

HIJOS DE F E
SEVILLA

S.C
R7586

ROMANCERO GENERAL

SELECTO

CON UNA

ADVERTENCIA PRELIMINAR

20,122
6/3/2

BARCELONA
BIBLIOTECA CLÁSICA ESPAÑOLA
DANIEL CORTEZO Y C.ª, *Ausias March*, 95
1885

Establecimiento tipográfico-editorial de Daniel Cortezo y C.ª

Printed in Spain

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Al estudio del *Romancero general* van unidos los más oscuros problemas que ofrece la literatura patria, desde que la crítica ha intentado descifrar uno por uno los enigmas que proponen los grandes monumentos literarios de un pueblo, de cualquier lado que se miren. De aquí resultó que pocas veces se ha publicado la colección de romances castellanos, el más sólido y venerable de todos, sin que, tomándolo por su cuenta los filósofos y eruditos, hayan cubierto sus ingentes muros de largas disertaciones. Á tal punto ha llegado esta pasión, fecunda é interesantísima en un principio, pero convertida luégo en indigesta manía, que ya la hermosa fábrica, admiración del aficionado á la belleza, desfigurada, mutilada y llena de adefesios, á todos da qué hablar menos al poeta. Cójase un libro de romances, con el solo intento de leer, y basta hojearlo para que se caiga de las manos. Los versos, que son después de todo lo que se busca y desea, lejos de campear limpios é íntegros en medio de la página aparecen ahogados, en espacio brevísimo, entre apretadas columnas de comentarios, variantes, enmiendas, conjeturas, llamadas y referencias, que, interrumpiendo la transcripción, distraen y abruman al lector. Este llega á preguntarse si se imprimió el libro para dar á conocer los romances ó se entresacaron estos de otras colecciones para rellenar los huecos del libro.

Esta nueva edición ha sido concebida con un plan diametralmente opuesto, que obviará tales inconvenientes. ¿Qué desea el aficionado á la antigua y castiza poesía castellana? Sin duda conocer sus ejemplares sin ulterior intento. Pues

bien; basta ofrecérselos expurgados y limpios de todas aquellas cuestiones que, siendo interesantes en realidad, importan sólo al menor número. De igual modo deseará saborear, no aquellos cuyo valor es inapreciable en todos conceptos menos en el literario, sino los que reunen superiores bellezas dentro del tipo general y genuino del romance castellano. Partiendo de este supuesto también, incluímos aquí los más selectos, á nuestro juicio. En esta elección estarán todos los errores que hayamos podido cometer. No es fácil entresacar de algunos miles los que fundada é infaliblemente puedan llamarse mejores. Los gustos serán tantos como las personas que lean y así sabemos de antemano que nadie dará en absoluto por buena la colección. Quién echará de menos el romance que aprendió de coro siendo niño y declara precioso de entonces; quién los que cabalmente por harto vulgarizados y comunes se retiraron; estos, algunos primitivos; otros, algunas imitaciones más artísticas. Á todos les sobrará la razón; pero digámosles, ya que no en descargo nuestro, para prevenir toda clase de objeciones, que mientras cada lector juzgará desde un solo punto de vista, nosotros hemos debido pasar inquietos de uno á otro, atendiendo unas veces á la novedad, otras á la variedad, otras al interés dramático de la narración, otras á lo pintoresco y deslumbrante de las descripciones. Con esto y con adoptar la clasificación más obvia y menos presuntuosa, establecida por D. Agustín Durán, el eminente literato á quien se debe la colección más completa y el mayor caudal de doctrina acerca de nuestro *Romancero*, creemos haber realizado nuestro propósito: ofrecer una serie de poesías para diversión del lector, no acopio de documentos para el estudio.

J. Y.

ROMANCES MORISCOS

I

Bobalías el Pagano

(Anónimo)

Por las sierras de Moncayo
ví venir un renegado:
Bobalías há por nombre,
Bobalías el Pagano.
Siete veces fuera moro,
y otras tantas mal cristiano;
y al cabo de las ocho
engañólo su pecado,
que dejó la fe de Cristo,
la de Mahoma ha tomado.
Este fuera el mejor moro
que de allende había pasado:
cartas le fueron venidas
que Sevilla está en un llano.
Arma naos y galeras,
gente de á pié y de á caballo:
por Guadalquivir arriba
su pendón llevan alzado.

En el campo de Tablada
su real habían sentado,
con trescientas de las tiendas
de seda, oro y brocado.
En medio de todas ellas
está la del Renegado;
encima en el chapitel
estaba un rubí preciado:
tanto relumbra de noche
como el sol en día claro.

II

La morilla burlada

(Anónimo)

Yo m'era mora Moraina,
morilla de un bel catar;
cristiano vino á mi puerta,
cuitada, por m'engañar.
Hablóme en algarabía
como aquel que bien la sabe:—
—Abrasme las puertas, mora,
si Alá te guarde de mal.—
—¿Cómo t'abriré, mezquina,
que no sé quién te serás?
—Yo soy el moro Mazote,
hermano de la tu madre,
que un cristiano dejó muerto;
tras mí venía el alcalde.
Si no abres tú, mi vida,
aquí me verás matar.

—Cuando esto oí, cuitada,
comencéme á levantar,
vistiérame una almejía
no hallando mi brial,
fuérame para la puerta
y abríla de par en par.

III

La infanta mora y Alfonso Ramos

(Anónimo)

Estaba la linda Infanta
á la sombra de una oliva,
peine de oro en las sus manos,
los sus cabellos bien cría.
Alzó sus ojos al cielo
en contra do el sol salía:
vió venir un fuste armado
por Guadalquivir arriba.
Dentro venía Alfonso Ramos,
almirante de Castilla.
—Bien vengáis, Alfonso Ramos,
buena sea tu venida:
¿y qué nuevas me traedes
de mi flota bien guarnida?
—Nuevas te traigo, Señora,
si me aseguras la vida.
—Díeselas, Alfonso Ramos,
que segura te sería.
—Allá llevan á Castilla
los moros de Berbería.

—Si no me fuese por qué
la cabeza te cortaría.
—Si la mía me cortases,
la tuya te costaría.

IV

Moriana y Galván—I

(Anónimo)

Moriana en un castillo
juega con el moro Galvane;
juegan los dos á las tablas
por mayor placer tomare.
Cada vez qu'el moro pierde
bien perdía una cibdade;
cuando Moriana pierde
la mano le da á besare.
Del placer qu'el moro toma
adormescido se cae.
Por aquellos altos montes
caballero vió asomare:
llorando viene y gimiendo,
las uñas corriendo sangre
de amores de Moriana
hija del rey Moriane.
Captiváronla los moros
la mañana de Sant Juane,
cogiendo rosas y flores
en la huerta de su padre.
Alzó los ojos Moriana,
conociérale en mirarle:

lágrimas de los sus ojos
en la faz del moro dane.
Con pavor recuerda el moro
y empezara de fablare:
—¿Qu'es esto, la mi señora?
¿Quién vos ha fecho pesare?
Si os enojaron mis moros
luégo los faré matare,
ó si las vuesas doncellas,
farélas bien castigare;
y si pesar los cristianos,
yo los iré conquistare.
Mis arreos son las armas,
mi descanso el peleare,
mi cama, las duras peñas,
mi dormir, siempre velare.
—Non me enojaron los moros,
ni los mandedes matare,
ni menos las mis doncellas
por mí reciban pesare;
ni tampoco á los cristianos
vos cumple de conquistare;
pero d'este sentimiento
quiero vos decir verdade:
que por los montes aquellos
caballero ví asomare,
el cual pienso qu'es mi esposo,
mi querido, mi amor grande.—
Alzó la su mano el moro,
un bofetón la fué á dare;
teniendo los dientes blancos
de sangre vuelto los hae,
y mandó que sus porteros
la lleven á degollare,
allí do viera á su esposo,
en aquel mismo lugare.

Al tiempo de la su muerte
estas voces fué á fablare:
—Yo muero como cristiana,
y también sin confesare
mi amores verdaderos
de mi esposo naturale.

V

Moriana y Galván—II

(Anónimo)

Rodillada está Moriana,
que la quieren degollare,
de sus ojos envendados
non cesando de llorare;
atada de piés y manos,
que era lástima mirare;
los cabellos de oro puro
que al suelo quieren llegare,
y los pechos descubiertos,
más blancos que non cristale.
De ver el verdugo moro
en ella tanta beldade,
de su amor estando preso
sin poderlo más celare,
hablóle en algarabía
como á aquella que la sabe:
—Perdonédesme, Moriana,
querásdesme perdonare,
que mandado soy, Señora,

por el rey moro Galvane.
¡Ojalá viese mi alma
cómo vos poder librare!
Para libertar dos vidas
que aquí las veo penare.—
Moriana dijo:—Moro,
lo que te quiero rogare
es que cumplas con tu oficio
sin un punto más tardare.—
Estando los dos en esto
el esposo fué á asomare
matando y firiendo moros,
que nadie le osa esperare.
Caballero en su caballo
junto d'ella fué á llegare.
El verdugo la desata,
y le ayuda á cabalgare:
los tres van de compañía
sin ningún contrario hallare;
en el castillo de Breña
se fueron á aposentare.

VI

Azarque el granadino—I

(Anónimo)

Ensíllenme el potro rucio
del alcaide de los Vélez,
dénme la adarga de Fez
y la jacerina fuerte,

una lanza con dos hierros
entrambos de agudo temple:
y aquel acerado casco
con el morado bonete,
que tiene plumas pajizas
entre blancos martinetes,
y garzotas medio pardas,
antes que me vista dénme.
Pondréme la toca azul
que me dió para ponerme
Adalifa la de Baza,
hija de Celín Amete,
y aquella medalla en cuadro,
que dos ramos la guarnecen,
con las hojas de esmeraldas,
por ser los ramos laureles;
un Adonis que va á caza
de jabalíes monteses
dejando su diosa amada,
y dice la letra: *Muere.*
Esto dijo el moro Azarque
antes que á la guerra fuése,
á aquel discreto animoso,
á aquel galán y valiente
almoralife el de Baza,
de Zulema descendiente,
caballeros que en Granada
paseaban con los reyes.
Trajéronle la medalla,
y suspirando mil veces
del bello Adonis miraba
la gentileza y la suerte:
—Adalifa de mi alma,
no te aflijas ni lo pienses:
viviré para gozarte;
gozosa vendrás á verme.

Breve será mi jornada;
tu firmeza no sea breve:
procura, aunque eres mujer,
ser de todas diferente.
No te parezcas á Venus,
aunque en beldad te pareces,
en olvidar á su amante
y en no respetarle ausente.
Cuando sola te imagines,
mi retrato te consuele,
sin admitir compañía
que me ultraje y te desvele:
Que entre tristeza y dolor
suele amor entretenerse,
haciendo de alegres tristes,
como de tristes alegres.
Mira, amiga, mi retrato
que abiertos los ojos tiene,
y que es pintura encantada
que habla, que vive, y que siente:
Acuérdate de mis ojos,
que muchas lágrimas vierten,
¡y á fe que lágrimas suyas
pocas moras las merecen!—
En esto llegó Galvano
á decirle que se apreste,
que daban prisa en la mar
que se embarcase la gente.
Á vencer se parte el moro,
pues que gustos no le vencen;
honra y esfuerzo le animan,
cumplirá lo que promete.

VII

Azarque el granadino—II

(Anónimo)

—Recoge la rienda un poco;
pára el caballo que aguija
medroso del acicate
con que furioso le picas:
que, sin uso de razón,
á mi parecer te avisa
de aquel venturoso tiempo,
que tú desleal olvidas,
cuando ruabas mi calle,
midiendo de esquina á esquina
con sus corvetas el suelo,
mis ventanas con tu vista.
¡Oh cruel á mi memoria,
pues por ella me castigas,
abrasando mis entrañas
con esas entrañas frías!
¡Qué de prendas que fiaba
de tu voluntad fingida!
¡Qué de verdades me debes!
Y yo á ti ¡qué de mentiras!
Ayer temiste á mis ojos,
hoy vences á quien temías:
que amor y tiempo, en mil años,
no están iguales un dia.
Pensaba yo que en tu nombre
mi esperanza fuera rica,
en prendas de quien tú eres,
y de quien son mis caricias.

¿Adónde enseñan engaños?
Por merced que me lo digas:
defenderéme del tiempo,
y de ti no tendré envidia.
¡Mas bien pudiera saberlo
si yo saberlo quería,
cuando escuché tus razones
y ví tus quejas escritas!
Disculpas pensabas darme:
no quiero que me las digas:
para la dama que engañas
será mejor que te sirvan.
Ya te cansas de escucharme,
bien será que te despidas
de mi alma y de mis ojos,
como de mis celosías.—
Esto dijo al moro Azarque
la bella Zaida de Olias,
y cerrando su balcón,
dió principio á sus desdichas.
El moro picó el caballo,
y hacia el terrero le guía,
murmurando de su estrella,
que á mil mudanzas le inclina.

VIII

Gazul—I

(Anónimo)

Por la plaza de Sanlúcar
galán paseando viene
el animoso Gazul,
de blanco, morado y verde.

Quiérese partir el moro
á jugar cañas á Gelves,
que hace fiestas el Alcaide
por las treguas de los reyes.
Adora una bella mora,
reliquia de los valientes
que mataron en Granada
los Cegríes y Gomeles.
Por despedirse y hablarla
vuelve y revuelve mil veces,
penetrando con los ojos
las venturosas paredes;
y al cabo de un hora de años
de esperanzas impacientes,
vióla salir á un balcón
haciendo los años breves;
y arremetiendo al caballo
por ver el sol que amanece,
haciendo que se arrodille
y el suelo en su nombre bese,
con voz turbada la dice:
—No es posible sucederme
cosa triste en esta empresa,
habiéndote visto alegre.
Allá me llevan sin alma
obligación y parientes;
mas volverá mi cuidado
por ver si de mi le tienes.
Dame una empresa ó memoria,
y no para que me acuerde,
sino para que me adorne,
guarde, acompañe y esfuerce.—
Celosa estaba Celinda,
que envidiosos, como suelen,
á Zaida la de Jerez
dicen que de nuevo quiere.

Airada responde al moro:
—¡Si en las cañas te sucede
como mi pecho desea
y el tuyo falso merece,
no volverás á Sanlúcar
tan ufano como sueles,
á los ojos que te adoran
y á los que más aborreces!
Mas plegue á Alá que en las cañas
los enemigos que tienes
te tiren secretas lanzas
porque mueras como mientes;
y que traigan fuertes jacos
debajo los alquiceres,
porque si quieres vengarte
acabes y no te vengues.
Tus amigos no te ayuden,
tus contrarios te atropellen,
porque muerto en hombros salgas
cuando á matar damas entres;
y que en lugar de llorarte
las que engañas y entretienes
con maldiciones te ayuden,
y de tu muerte se huelguen.—
El moro piensa que burla,
que es propio del inocente,
y alzándose en los estribos
tomarle la mano quiere:
—Miente, le dice, señora,
el moro que me revuelve,
á quien esa maldición
le caiga, porque me vengue.
Mi alma aborrece á Zaida,
y de su amor se arrepiente,
que su desdén y tu amor
han hecho mi fuego nieve.

¡Malditos sean tres años
que la serví por mi suerte,
pues me dejó por un moro
más rico de pobres bienes!—
Oyendo aquesto Celinda
aquí la paciencia pierde,
cerró la ventana airada,
y al moro el cielo que tiene.
Pasaba entonces un paje
con sus caballos jinetes,
que los llevaba gallardos
de plumas y de jaeces.
La lanza con que ha de entrar
toma, y furioso arremete,
haciéndola mil pedazos
contra las fuertes paredes,
y manda que sus caballos,
jaeces y plumas truequen,
de verdes en leonadas,
y parte furioso á Gelves.

IX

Gazul—II

(Anónimo)

Estando toda la corte
de Almanzor, rey de Granada,
celebrando del Bautista
la fiesta entre moros santa,
con ocho moros vestidos
de negro y tela de plata,
que llevan ocho rejones
y en ellos mil esperanzas,

seguros de su ventura,
de muchas pruebas pasadas,
y más en el fuerte brazo
que ha dado al mundo fianzas,
que algunas veces la suerte
suele á los hombres de fama
llevarlos por los cabellos
á la fortuna contraria;
entra el valiente Gazul
señoreando la plaza,
que con ir solo por ella
toda la ocupa y levanta:
hijo de sí por sus obras,
para gloria de su fama,
y para nobleza suya,
es alcaide de la Algava.
Los ojos del pueblo lleva
el caballo entre las plantas,
y en los apacibles suyos
los hermosos de las damas.
Pasa delante del Rey,
del príncipe y de la infanta,
y haciendo su cortesía,
el caballo y lanza pára.
Después del galán paseo
en que fué vista su gala,
los toros salen al coso
y al riesgo de su pujanza.
El moro toma un rejón
y el diestro brazo levanta:
furioso acomete y pica,
uno encuentra y otro pasa.
Del toro el aliento frío
el rostro al caballo espanta,
y la espuma del caballo
al toro ofende la cara.

Admirada está la corte
del airoso brío y gracia,
porque ningún lance pierde
y mil voluntades gana.
En este tiempo la suerte
á la postrera le llama,
porque sale un bravo toro,
famoso entre la manada,
no de la orilla del Betis,
ni Genil, ni Guadiana,
fué nacido en la ribera
del celebrado Jarama:
Bayo, el color encendido,
y los ojos como brasa,
arrugados frente y cuello,
la frente vellosa y ancha,
poco distantes los cuernos,
corta pierna y flaca anca,
espacioso el fuerte cuello,
á quien se junta la barba;
todos los extremos negros,
la cola revuelta y larga,
duro el lomo, el pecho crespo,
la piel sembrada de manchas.
Harpado llaman al toro
los vaqueros de Jarama.
conocido entre los otros
por la fiereza y la casta.
En cuatro brincos se pone
en la mitad de la plaza,
y casi en la blanda arena
el hendido pié no estampa.
Sale al encuentro Gazul,
como si fuera montaña,
alzando el brazo en el hombro
vibrando al rejón el asta:

saca el codo junto al pecho,
llega el puño, el brazo saca,
y picando el fuerte cuello,
cuero, carne y vida rasga.
El fiero toro derriba,
el suelo mide la espalda,
los piés que en la tierra herían
al cielo vuelven las plantas;
con el furor natural
vuelve á un lado, prueba y alza
la tierra, que el cuerpo herido
no tiene más que arrogancia;
de cuya herida en un punto
revuelta en la sangre, escapa
la vida, dejando á muchos
envidia de tal hazaña.
Juntóse el moro valiente,
á quien sigue y acompaña,
oyendo los parabienes
de caballeros y damas;
porque otra cosa no escucha
desde andamios y ventanas,
sino que fué grande suerte
de aquel famoso de Algava.

X

Zaide—I

(Anónimo)

Zaide ha prometido fiestas
á las damas de Granada,
porque dicen que su ausencia
de fiestas las tiene faltas;

y para poder cumplir
lo que promete á las damas,
concierta con sus amigos
de hacerles fiestas y zambras.
Entre muchas que imagina,
concierta una encamisada,
para las damas secreta,
y para el vulgo callada.
Y antes que la clara aurora
el pecho se rasgue y abra,
entra el venturoso moro
con su ilustre camarada:
hecha escuadra de cincuenta
va toda bien concertada.
Cegríes con los Gomeles,
Azarques con los Audallas,
Vanegas y Portoloses,
Abencerrajes y Mazas,
Alfarríes y Achapices,
Fordaques con los Ferraras,
madrugan para coger
á las damas descuidadas,
deseosos de ver libre
lo que encubren tocas blancas.
Cabezas y cuerpos ciñen
de unas floridas guirnaldas;
muchas cañas llevan verdes,
y en las manos blancas hachas.
Ya los clarines comienzan,
ya las trompas y dulzainas,
ya los gritos y alaridos,
ya las voces y algazara,
ya los añafiles tocan,
ya les responden las cajas,
y el envidioso Albaicín
con mil ecos acompaña.

Los azorados caballos
con los cascabeles andan,
moviendo tanto ruido,
que á la ciudad amenazan.
Unos corren, otros gritan,
otros dicen: Pára, pára,
sigan orden, vayan todos
la calle de la Alcazaba.
Otros dicen: La Gerea
no se deje, ni su plaza;
otros, de Vavataubin
vuelvan luégo á la Alpujarra,
la calle de los Gomeles,
la plaza de Vivarrambla.
Corran toda la ciudad,
viva Albolún, y el Alcázar.
Las damas que el dulce sueño
las tiene muy descuidadas,
al ruido dispiertan todas,
y acuden á sus ventanas.
Cuál muestra suelto el cabello
preso de una mano blanca;
cuál por descuido no cubre
su blanco pecho y garganta.
Descuidadas salen todas
al cuidado alborotadas,
aunque del cuidado nacen
á cada mora mil ansias.
De pechos y en pechos puesta
á la ventana asomada,
está tan bella una mora,
que mil pechos abrasaba.
Miran las moras la fiesta,
cómo corren, cómo paran,
y tan sólo Zaida mira
al aposento de su alma.

Zaide corre una carrera,
y Muza su camarada;
luégo todos á la folla
corren la cascabelada.
Tanto se enciende la fiesta,
y con tantas veras anda,
que no se viera la fin
si el sol no les madrugara.
Determinan recogerse,
dejan la fiesta acabada,
piden lugar á la gente,
diciéndola: Aparta, aparta.

XI

Zaide—II

(Anónimo)

Mira, Zaide, que te aviso
que no pasés por mi calle,
ni hables con mis mujeres,
ni con mis cautivos trates,
ni preguntes en qué entiendo,
ni quién viene á visitarme,
ni qué fiestas me dan gusto,
ni qué colores me placen.
Basta que son por tu causa
las que en el rostro me salen,
corrida de haber querido
moro que tan poco sabe.
Confieso que eres valiente,
que rajas, hiendes y partes,
y que has muerto más cristianos
que tienes gotas de sangre;

que eres gallardo jinete,
y que danzas, cantas, tañes,
gentil hombre, bien criado,
cuánto puede imaginarse;
blanco, rubio por extremo,
esclarecido en linaje,
el gallo de las bravatas,
la gala de los donaires;
que pierdo mucho en perderte,
que gano mucho en ganarte,
y que si nacieras mudo
fuera posible adorarte.
Mas por este inconveniente
determino de dejarte:
que eres pródigo de lengua,
y amargan tus libertades,
y habrá menester ponerte
quien quisiere sustentarte.
un alcázar en el pecho,
y en los labios un alcaide.
¡Mucho pueden con las damas
los galanes de tus partes!
Porque los quieren briosos,
que hiendan y que desgarren;
y con esto, Zaide amigo,
si algún banquete les haces,
el plato de tus favores
quieres que coman y callen.
¡Costoso fué el que me hiciste!
¡Venturoso fueras, Zaide,
si conservarme supieras
como supiste obligarme!
Pero no saliste apenas
de los jardines de Tarfe,
cuando hiciste de tus dichas
y de mi desdicha alarde,

y á un morillo mal nacido
me dijeron que enseñaste
la trenza de mis cabellos,
que te puse en el turbante.
No pido que me la vuelvas,
ni tampoco que la guardes:
mas quiero que entiendas, moro,
que en mi desgracia la traes.
También me certificaron
cómo le desafiaste
por las verdades que dijo,
¡ que nunca fueran verdades!
De mala gane me río:
¡ qué donoso disparate!
Tú no guardas tu secreto,
¿y quieres que otro lo guarde?
No quiero admitir disculpa,
otra vez vuelvo á avisarte:
esta será la postrera
que me veas y te hable.—
Dijo la discreta mora
al altivo Abencerraje,
y al despedirle replica:
«Quien tal hace que tal pague».

XII

Zaide—III

(Anónimo)

Si tienes el corazón,
Zaide, como la arrogancia,
y á medida de las manos
dejas volar las palabras;

si en la vega escaramuzas
como entre las damas hablas,
y en el caballo revuelves
el cuerpo, como en las zambras;
si el aire de los bohordos
tienes en jugar la lanza,
y como danzas la toca
con la cimitarra danzas;
si eres tan diestro en la guerra
como en pasear la plaza
y como á fiestas te aplicas,
te aplicas á la batalla;
si como el galán ornato
usas la lucida malla,
y oyes el són de la trompa
como el són de la dulzaina;
si como en el regocijo
tiras gallardo las cañas,
y en el campo al enemigo
le atropellas y maltratas;
si respondes en presencia,
como en ausencia te alabas,
sal á ver si te defiendes
como en el Alhambra agravias.
Y si no osas salir solo,
como lo está el que te aguarda,
algunos de tus amigos
para que te ayuden saca.
Que los buenos caballeros,
no en palacio, ni entre damas,
se aprovechan de la lengua,
pues es do las manos callan;
pero aquí que hablan las manos,
ven, y verás cómo habla
el que delante del Rey,
por su respeto callaba.

Esto el moro Tarfe escribe,
con tanta cólera y rabia,
que donde pone la pluma
el delgado papel rasga.
Y llamando á un paje suyo,
le dijo: «Vete á la Alhambra,
y en secreto al moro Zaide
da de mi parte esta carta;
y dirásle que le espero
donde las corrientes aguas
del cristalino Genil
al Generalife bañan.»

XIII

Tarfe

(Anónimo)

—Católicos caballeros,
los que estáis sobre Granada,
y encima del lado izquierdo
os ponéis la cruz de grana;
si en los juveniles pechos
os toca de amor la brasa,
como del airado Marte
la fiereza de las armas;
si por las soberbias torres
sabéis volar una caña
como soléis en la vega
furiosos volar las lanzas;
si como en ella las veras
os place el burlar de plaza,
y os cubrís de blanda seda
como de ásperas corazas:

seis sarracenas cuadrillas,
con otras tantas cristianas,
el dia que os diere gusto
podremos jugar las cañas;
que no es justo que la guerra,
aunque nos quemáis las casas,
llegue á quemar los deseos
de nuestras hermosas damas;
pues por vosotros están
con nosotros enojadas,
por vuestro cerco prolijo
y vuestra guerra pesada.
Y si tras tantos enojos
queréis gozar de su gracia,
como á la guerra dais treguas,
dadlas á nuestras desgracias:
que es grande alivio del cuerpo
y regalo para el alma,
arrimar la adarga y cota,
y echarse plumas y banda;
y al que mejor lo hiciere
doy desde aquí mi palabra,
en señal de su valor,
para que viva su fama,
de atar á su diestro brazo
una empresa de mi dama,
dada de su blanca mano,
que es tan bella como blanca.—
Esto firmó en un cartel,
y lo fijó en una adarga
el valiente moro Tarfe,
gran servidor de Daraja,
en las treguas que el Maestre
de la antigua Calatrava
hizo por mudar de sitio
y mejorarse de estancia;

y con seis moros mancebos,
de su propia sangre y casa,
y algunos Abencerrajes,
se le envió á la campaña.
Recíbenlos en las tiendas,
y sabida su demanda,
dando el Maestre licencia
se aceptó para la Pascua.
Y respondiendo al cartel
con razones cortesanas,
hasta salir del real
á los moros acompañan.
Cesan las trazas de guerra,
y los que del juego tratan
cierran la puerta al acero,
y ábrenla al damasco y galas.
Moros y moras se ocupan,
mientras el plazo se pasa,
ellos en correr caballos,
y ellas en bordarles mangas:
y los dos competidores
de la pendencia pasada,
hacen paces entre sí,
y olvidan cosas pasadas.
Viendo Almoradí, el galán,
que Tarfe se le aventaja,
y que es señor de la mora
que es señora de su alma,
porque en público ó secreto
cien mil favores le daba,
dando á entender que le quiere
más que á su vida y su alma,
una noche muy oscura,
para el caso aparejada,
se salió el gallardo moro
al terrero de la Alhambra.

Y en llegando, que llegó,
vió una mora á la ventana,
á quien con joyas tenía
de muy atrás granjeada:
hablóla, y dijo: —«¿Señora,
es posible que Daraja,
aunque no me canse yo,
de maltratarme no cansa?
Aquellos ojos que tienen
más que el cielo estrellas, almas,
cuya luz mata más moros
que el Maestre con su espada,
¿cuándo los volverá mansos?
¿Ó cuándo volverá mansa,
dejando á Tarfe que tiene
menos manos que palabras?
Que no soy yo como él,
tan cumplido de arrogancias;
pues lo que él gasta en decirlas,
gasto yo en ejecutarlas.
Bien saben en la ciudad
que por mi brazo y mi lanza
ha sido mil veces libre
de la potencia cristiana.—
Esto Almoradí decía,
cuando Tarfe, que llegaba,
dió el oído á las razones,
y el brazo á la cimitarra.
Figurósele al valiente
alguna cristiana escuadra,
y dejando la marlota
volvió al moro las espaldas.
Salió Daraja al ruido,
conoció á Tarfe en el habla,
el cual le dió la marlota,
que era azul, con oro y plata.

XIV

Reduán

(Anónimo)

«¡Diamante falso y fingido,
engastado en pedernal!
¡Alma fiera en duro pecho,
que ninguna fiera es más!
¡Ligero como los vientos,
mudable como la mar!
¡Inquieto como el fuego
hasta hallar su natural!
¡Si las lágrimas que vierto
fueran lenguas para hablar,
injurias me faltarían
para culpar tu maldad!
¡Qué injurias podré decirte!
Mas no te quiero injuriar;
porque al fin quien dice injurias
cerca está de perdonar.
Á todas dices que son
las que contento te dan,
para tu gusto mentira,
y que yo soy tu verdad;
y con esto piensan todos
que debo á tu voluntad
cuantos caminos emprendes
para que te deba más.
¡Si como yo conociesen
tu condición natural,
á otro blanco mirarían,
adonde tus flechas van!
Yo sé, traidor, que estas quejas

muy poca pena te dan,
porque al fin quien dice injurias
cerca está de perdonar.
Cansado estoy, enemigo,
de sufrir y de llorar
causa agena y propios daños,
tu placer y mi pesar.
Mis enemigos acoges,
porque al fin conoces ya
que cuando no puedan obras,
palabras me matarán.
Sospechas dudosas fueron
causa de todo mi mal;
y celos averiguados
convaleciéndome van.
Al cielo quiero dar voces;
pero mejor es callar,
porque al fin quien dice injurias
cerca está de perdonar.»
Así Fátima se queja
al valiente Reduán,
en el jardín de la Alhambra
al pié de un verde arrayán.
El moro que está sin culpa,
aunque no sin pena está,
asióle la blanca mano,
y así la comienza á hablar:
—Cesad, hermosas estrellas,
que no es bien que lloréis más,
que si á mí me llamáis piedra,
en piedras hacéis señal;
y no penséis que me agravio
de injurias que me digáis,
porque al fin quien dice injurias
cerca está de perdonar.

XV

Boabdil y Zara

(Anónimo)

La mañana de San Juan
salen á coger guirnaldas,
Zara, mujer del rey Chico,
con sus más queridas damas,
que son Fátima y Jarifa,
Celinda, Adalifa y Zaida,
de fino cendal cubiertas,
no con marlotas bordadas:
sus almaizales bordados,
con muchas perlas sembradas,
descalzos los albos piés,
blancos, más que nieve blanca.
Llevan sueltos los cabellos,
no como suelen tocadas,
y mas al desdén la Reina,
por celosa y desdeñada;
la cual llena de dolor
no dice al Rey lo que pasa,
ni quiere que en la ocasión
su pena sea declarada.
Estando de varias flores
las moras ya coronadas,
con lágrimas y suspiros
á todas la Reina habla:
—Quise, Fátima, juntaros,
porque sois amigas caras,
para quejarme á las tres
de cómo me trata Zaida,
cuya hermosura pluguiera
á Alá que no la criara,

pues en ella está mi daño
presente de cara á cara.
Sabréis cómo el Rey la quiere
más que á la vida y el alma,
de dó resulta mi daño,
pues veis con él soy casada;
el cual no creo que sabe
que sé de esto lo que pasa,
antes entiendo lo sufre
receloso de enojalla.—
Responde sin detenerse
Zaida, perdida y turbada
y á veces con el color
que tiene la fina grana:
—Si acaso no se supiera
quién soy por toda Granada,
dañáranme tus locuras,
mujer inconsiderada.
Jamás, Reina, me has creído
antes escudriñas causas,
más para mi mal durables,
que lo son para tus ansias.
Doyte bastantes razones,
y tan bastantes, que basta
creer que no son creídas,
aunque las ponga en la plaza:
y en ellas te digo, Reina,
que no fueras coronada,
que no me es más ver al Rey
de que á ti celosa airada.
Si piensas que tu corona
codicio, estás engañada;
Déjame ya si te place,
ó saldréme de Granada.—
Pero el Rey que no dormía,
antes bien las escuchaba,

sale diciendo que callen,
con voces muy alteradas.
La Reina que lo conoce,
encubrió el estar turbada,
y con un aplauso afable
le recibe, y así habla:
—Nunca suelen los galanes
entrar donde están las damas
sin que primero licencia
por ellas le sea otorgada.—
El Rey le replicó luégo:
—Á mí nunca me es vedada,
ni ha de ser donde estáis vos
y donde están vuestras damas.—
—Los reyes todo lo pueden,
respondió la Reina airada,
y también sé yo que tienen
algunos dobles palabras.—
El Rey gustó de callar
porque la vido enojada,
y metiendo otras razones
se fueron para el Alhambra.

XVI

El alcaide de Molina

(Anónimo)

Batiéndole las ijadas
con los duros acicates,
y las riendas algo flojas,
porque corra y no se pare,
en un caballo tordillo,
que tras de sí deja el aire,
por la plaza de Molina

viene diciendo al Alcaide:
«¡Alarma, capitanes,
»suenen clarines, trompas y atabales!»
Dejad los dulces regalos,
y el blando lecho dejadle:
socorred á vuestra patria,
y librad á vuestros padres.
No se os haga cuesta arriba,
dejad el amor suave,
porque en los honrados pechos
en tales tiempos no cabe.
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Anteponed el honor
al gusto, pues menos vale,
que aquel que no le tuviere,
hoy aquí podrá alcanzalle;
que en honradas ocasiones,
y peligros semejantes,
se suelen premiar las armas
conforme el brazo pujante.
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Dejad la seda y brocado,
vestid la malla y el ante,
embrazad la adarga al pecho,
tomad lanza y corvo alfange:
haced rostro á la fortuna;
tal ocasión no se escape;
mostrad el robusto pecho
al furor del fiero Marte.
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Á la voz mal entonada,
los ánimos más cobardes,
del honor estimulados,
ardiendo en cólera salen
con mil penachos vistosos
adornados los turbantes,

y siguiendo las banderas
van diciendo sin pararse:
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Cual tímidas ovejuelas,
que ven el lobo delante,
las bellas y hermosas moras
llenan de quejas el aire;
y aunque con femenil pecho
la que más puede más hace:
pidiendo favor al cielo
van diciendo por las calles:
«¡Al arma, capitanes, etc.»
Acudieron al asalto
los moros más principales,
formándose un escuadrón
del vulgo y particulares;
contra doce mil cristianos,
que están talando sus panes,
toman las armas furiosos,
repitiendo en su lenguaje:
«¡Al arma, capitanes,
»suenen clarines, trompas y atabales!»

XVII

Zulema

(Anónimo)

Aquel valeroso moro,
rayo de la quinta esfera,
aquel nuevo Apolo en paces,
y nuevo Marte en la guerra;
aquel que dejó en memoria
de mil hazañas diversas,

antes de apuntalle el bozo
por punta de lanza hechas;
aquel que es tal en el mundo
por su esfuerzo y por su fuerza
que sus mismos enemigos
le bendicen y le tiemblan;
aquel por quien á la fama
le importa que se prevenga,
para contar sus hazañas,
de más alas y más lenguas:
Zulema al fin, el valiente,
hijo del fuerte Zulema,
que dejó en la gran Toledo
fama y memoria perpetua;
no armado, sino galán,
aunque armado más lo era,
fué á ver en Ávila un día
las fiestas como de fiesta.
En viéndole, la gran plaza
toda se alegra y se altera,
que ver en fiestas al moro
les parece cosa nueva.
En los andamios reales
los Adalifes le ruegan,
que se asiente, aunque se temen
que á todos les escurezca.
Bendiciéndole mil veces
su venida y su presencia,
le dan las damas asiento
dentro en sus entrañas mesmas;
pero al fin Zulema en medio
de los alcaides se sienta,
que lo fueron por entonces
de la mayor fortaleza:
cuando más breve que el viento,
y más veloz que cometa,

del celebrado Jarama
un toro en la plaza sueltan,
de aspecto bravo y feroz,
vista enojosa y soberbia,
ancha nariz, corto cuello,
cuerno ofensible, piel negra.
Desocúpale la plaza
toda la más gente de ella;
sólo algunos de á caballo
aunque le temen le esperan;
piensan hacer suerte en él,
mas fuéles la suya adversa,
pues siempre que el toro embiste
los maltrata y atropella.
No osan mirar á las damas
de pura vergüenza dellas,
aunque ellas tienen los ojos
en otra fiera más fiera.
Á Zulema miran todas,
y una disfrazada entre ellas,
que hace á todas la ventaja
que el sol claro á las estrellas,
le hizo señas con el alma,
de quien son los ojos lengua,
que esquite aquellos azares
con alguna suerte buena.
La suya bendice el moro,
pues gusta de que se ofrezca
algo en que á la bella mora
de sus deseos dé muestra:
salta del andamio luégo,
mas no salta, sino vuela,
que amor le prestó sus alas,
como es suya aquesta empresa;
cuando ve que á un hombre el toro
con piés y manos le huella,

y siendo sujeto al hombre
agora al hombre sujeta.
Á pié se parte á librarle,
y aunque todos le vocean,
no lo deja, porque sabe,
que su victoria está cierta.
Llega al toro cara á cara,
y con la indomable diestra
esgrime el agudo alfanje
haciéndole mil ofensas:
retírase el toro atrás,
líbrase el que estaba en tierra,
grita el pueblo, brama el toro,
vuelve á aguardarle Zulema.
Otra vez vuelve á embestille,
y mejor que la primera
le acierta, y riega la plaza
con la sangre de sus venas:
brama, bufa, escarba, huele,
anda alrededor, patea,
vuelve á mirar quien le ofende
y de temelle da muestras.
Tercera vez le acomete,
echando por boca y lengua
blanca y colorada espuma,
de coraje y sangre hecha;
pero ya cansado el moro
de verle durar, le acierta
un golpe, por dó á la muerte
le abrió una anchurosa puerta:
levanta la voz el vulgo,
cae el toro muerto en tierra,
envídianle los más fuertes,
bendícenle las más bellas;
con abrazos le reciben
los Azarques y Vanegas;

las damas le envían el alma
á darle la enhorabuena;
la fama toca su trompa,
y rompiendo el aire vuela;
Apolo toma la pluma:
yo acabo, y su gloria empieza.

XVIII

Aliatar

(Anónimo)

No con azules tahalíes,
corvos alfanges dorados,
ni coronados de plumas
los bonetes africanos,
sino de luto vestidos
entraron de cuatro en cuatro,
del mal logrado Aliatar
los afligidos soldados:
«Tristes marchando,
»Las trompas roncas, los tambores destemplados.»
La gran empresa del Fénix
que en la bandera volando
apenas la trató el viento
temiendo el fuego tan alto,
ya por señas de dolor
barre el suelo y deja el campo,
arrastrado entre la seda
que el Alférez va arrastrando:
«Tristes, etc.»
Salió el gallardo Aliatar
con cien moriscos gallardos
en defensa de Motril

y socorro de su hermano.
Á caballo salió el moro,
y otro día desdichado
en negras andas le vuelven
por donde salió á caballo.
«Tristes, etc.»
Caballeros del Maestre,
que en el camino encontraron,
encubiertos de unas cañas
furiosos le saltearon;
hiriéronle malamente,
murió Aliatar mal logrado,
y los suyos, aunque rotos,
no vencidos se tornaron:
«Tristes, etc.»
¡Oh cómo lo siente Zaida!
¡Y cómo vierten, llorando
mas que las heridas sangre,
sus ojos aljófar blanco!
Dílo tú, Amor, si lo viste:
más ¡ay que de lastimado
diste otro nudo á la venda,
por no ver lo que ha pasado!
«Tristes, etc.»
No sólo le lloró Zaida;
pero acompáñanla cuantos
del Albaicín á la Alhambra
beben de Genil y Darro;
las damas como á galán,
los valientes como á bravo,
los alcaides como á igual,
los plebeyos como á amparo:
«Tristes marchando
»Las trompas roncas, los tambores destemplados.»

XIX

Azarque de Ocaña

(Anónimo)

Ocho á ocho y diez á diez
Sarracinos y Aliatares
juegan cañas en Toledo
contra Adalifes y Azarques.
Publicó fiestas el Rey
por las ya juradas paces
de Zaide, rey de Belchite,
y del valenciano Tarfe.
Otros dicen que estas nuevas
al Rey sirvieron de achaque,
y que Celindaja ordena
sus fiestas y sus pesares.
Entraron los Sarracinos
en caballos alazanes,
de naranjado y de verde
marlotas y capellares:
en las adargas traían
por empresas sus alfanjes
hechos arcos de Cupido,
y por letra: «Fuego y sangre.»
Iguales en las parejas
les siguen los Aliatares,
con encarnadas libreas
llenas de blancos follajes.
Llevan por divisa un cielo
sobre los hombros de Atlante,
y un moro Aliatar diciendo:
«Tendréle cuando se canse.»
Los Adalifes siguieron

muy costosos y galanes,
de encarnado y amarillo,
y por mangas almaizares.
Era su divisa un mundo
que le deshace un salvaje,
y un mote sobre un bastón
en que dice: «Fuerzas valen.»
Los ocho Azarques siguieron
más que todos arrogantes,
de azul, morado y pajizo
y unas higas por plumajes.
Sacaron adargas verdes
y un cielo azul en que se arden
dos manos, y el mote dice:
«En lo verde todo cabe.»
No pudo sufrir el Rey
que á sus ojos le mostrasen
burladas sus diligencias,
y su pensamiento al traste;
y mirando la cuadrilla,
le dijo á Celín, su alcaide:
—Aquel sol yo le pondré,
pues contra mis ojos sale.—
Azarque tira bohordos
que se pierden por el aire,
sin que conozca la vista
á dó suben ni á dó caen.
Como en ventanas comunes
las damas particulares,
sacan el cuerpo por verle
las de los andamios reales.
Si se alarga ó se retira
de mitad del vulgo sale
un gritar: —Alá te guíe;—
y del Rey, un — muera, dadle.—
Celindaja sin respeto

al pasar, por rocialle
un pomo de agua quebró,
y el Rey gritó:—Paren, paren.—
Creyeron todos que el juego
paraba por ser ya tarde,
y repite el Rey celoso:
—Prendan al traidor Azarque.—
Las dos primeras cuadrillas,
dejando cañas aparte,
piden lanzas, y ligeros
á prender al moro salen;
«que no hay quien baste
»contra la voluntad de un Rey amante.»
Las otras dos resistían,
si no les dijera Azarque:
—Aunque amor no guarda leyes,
hoy es justo que las guarde:
rindan lanzas mis amigos,
mis contrarios lanzas alcen,
y con lástima y victoria
lloren unos y otros canten:
«que no hay quien baste
»contra la voluntad de un Rey amante.»
Prendieron en fin al moro,
y el vulgo para librarle
en corrillos diferentes
se divide y se reparte;
mas como falta caudillo
que los incite y los llame,
deshácense los corrillos,
y su motín se deshace:
»que no hay quien baste
»contra la voluntad de un Rey amante.»
Sola Celindaja grita:
—¡Libradle, moros, libradle!—
Y de su balcón quería

para librarle arrojarse:
su madre se abraza de ella,
diciendo:—Loca, ¿qué haces?
Muere sin dallo á entender,
pues por tu desdicha sabes,
«que no hay quien baste
»contra la voluntad de un Rey amante.»
Llegó un recado del Rey
en que manda que señale
una casa de sus deudos,
y que la tenga por cárcel.
Dijo Celindaja:—Digan
al Rey, que por no trocarme,
escojo para prisión
la memoria de mi Azarque;
«y habrá quien baste
»contra la voluntad de un Rey amante.»
¡Ay Toledo, que otros días
te llamaban los Alarbes
venganza de aleves pechos,
y hoy lo has sido de leales!
Murmure Tajo en sus ondas
hasta que en el mar se lance;—
Y sin que dijese más
la llevó presa el alcaide;
«que no hay quien baste
»contra la voluntad de un Rey amante.»

XX

El español de Orán—I

(De D. Luis de Góngora)

Servía en Orán al Rey
un español con dos lanzas
y con el alma y la vida

á una gallarda africana,
tan noble como hermosa,
tan amante como amada,
con quien estaba una noche
cuando tocaron al arma.
Trecientos cenetes eran
deste rebato la causa,
que los rayos de la luna
descubrieron las adargas;
las adargas avisaron
á las mudas atalayas;
las atalayas los fuegos;
los fuegos á las campanas,
y ellas al enamorado
que, en los brazos de su dama,
oyó el militar estruendo
de las campanas y cajas.
Espuelas de honor le pican,
y freno de amor le pára:
no salir es cobardía,
ingratitud es dejarla.
Del cuello pendiente ella,
viéndole tomar la espada,
con lágrimas y suspiros
le dice aquestas palabras:
—Salid al campo, señor,
bañen mis ojos la cama,
que ella me será también
sin vos, campo de batalla.
Vestíos, salid apriesa,
que el general os aguarda,
y os hago á vos mucha sobra,
y vos á él mucha falta.
Bien podéis salir desnudo,
pues mi llanto no os ablanda,
que tenéis de acero el pecho,

y no habéis menester armas.—
Viendo el español brioso
cuánto le detiene y habla,
le dice así : —Mi señora,
tan dulce como enojada,
porque con honra y amor
yo me quede, cumpla, y vaya,
vaya á los moros el cuerpo,
y quede con vos el alma.
Concededme, dueño mío,
licencia para que salga
al rebato, en vuestro nombre,
y en vuestro nombre combata.—

XXI

El español de Orán—II

(De D. Luís de Góngora)

Entre los sueltos caballos
de los vencidos cenetes
que por el campo buscaban
entre lo rojo, lo verde,
aquel español de Orán,
un suelto caballo prende,
por sus relinchos lozano
y por sus cernejas fuerte,
para que lo lleve á él,
y á un moro cautivo lleve,
que es uno que ha cautivado
capitán de cien cenetes.
En el ligero caballo
suben ambos, y él parece,
de cuatro espuelas herido,
que cuatro vientos le mueven.

Triste camina el alarbe,
y lo más bajo que puede
ardientes suspiros lanza
y amargas lágrimas vierte.
Admirado el español
de ver, cada vez que vuelve,
que tan tiernamente llore
quien tan duramente hiere,
con razones le pregunta
comedidas y corteses
de sus suspiros la causa,
si la causa lo consiente.
El cautivo, como tal,
sin excusarse obedece,
y á su piadosa demanda
satisface desta suerte.
—Valiente eres, capitán,
y cortés como valiente ;
por tu espada y por tu trato
me has cautivado dos veces.
Preguntado me has la causa
de mis suspiros ardientes,
y débote la respuesta,
por quien soy, y por quien eres.
Yo nací en Gelves, el año
que os perdisteis en los Gelves,
de una berberisca noble
y de un turco matasiete.
En Tremecén me crié
con mi madre y mis parientes.
Después que murió mi padre,
corsario de tres bajeles,
junto á mi casa vivía,
porque más cerca muriese,
una dama del linaje
de los nobles Melioneses,

extremo de las hermosas,
cuando no de las crueles;
hija al fin destas arenas
engendradoras de sierpes.
Era tal su hermosura
que se hallarán claveles
más ciertos en sus dos labios,
que en los dos floridos meses.
Cada vez que la miraba
salia el sol por su frente
de tantos rayos vestido
cuantos cabellos contiene.
Mas ya la razón sujeta
con palabras me requiere
que su crueldad le perdone
y de su beldad me acuerde.
Juntos así nos criamos,
y amor en nuestras niñeces
hirió en nuestros corazones
con arpones diferentes.
Labró el oro en mis entrañas
dulces lazos, tiernas redes,
mientras el plomo en las suyas
libertades y desdenes.
Esta, español, es la causa
que á llanto pudo moverme:
¡mira si es razón, que llore
tantos males juntamente!—
Conmovido el capitán
de las lágrimas que vierte,
parando el veloz caballo,
que paren sus males quiere.
—¡Gallardo moro, le dice,
si adoras como refieres,
y si como dices amas
dichosamente padeces!

¿Quién pudiera imaginar,
viendo tus golpes crueles,
que cupiera alma tan tierna
en pecho tan duro y fuerte?
Si eres del amor cautivo,
desde aquí puedes volverte,
que me pedirán por robo
lo que entendí que era suerte.
Y no quiero por rescate
que tu dama me presente
ni las alfombras más finas,
ni las granas más alegres.
Anda con Dios, sufre y ama,
y vivirás si lo hicieres,
con tal que cuando la veas,
pido que de mí te acuerdes.
Apeóse del caballo,
y el moro tras él desciende,
y por el suelo postrado
la boca á sus piés ofrece.
—Vivas mil años, le dice,
noble capitán valiente,
que ganas más en librarme
que ganaste con prenderme.
Alá se quede contigo,
y te dé victoria siempre,
para que extiendas tu fama
con hechos tan excelentes.
Apenas vide trocada
la dureza desta sierpe,
cuando tú me cautivaste.
¡Mira si es bien que lamente!-

XXII

El cautivo—I

(De D. Luis de Góngora)

Según vuelan por el agua
tres galeotas de Argel,
un aquilón africano
las engendró á todas tres.
Y según los vientos pisa
un bergantín ginovés,
si no viste el temor alas,
de plumas tiene los piés.
Mortal caza vienen dando
al fugitivo bajel,
en que á Nápoles pasaba
en conserva del virrey,
un español con dos hijas,
una sol y otra clavel,
que tuvieron á León
por oriente y por vergel.
Derrotóle un temporal,
y ya que no dió al través,
á vista dió de Morato,
renegado calabrés.
El tagarote africano
que la español garza ve,
en su noble sangre piensa
esmaltar el cascabel.
Peinándole va las plumas,
mas el viento burla dél
interpuesto entre las alas,
y entre la garra cruel.
Ya surcan el mar de Denia,
ya sus altas torres ven,

grandeza de un duque ahora,
título ya de marqués.
De sus torres los descubren,
y en distinguiendo después
la cruz en el tafetán,
la luna en el alquicel,
ocho ó diez piezas disparan,
que en ocho globos, ó diez,
envuelve de negro humo
al corsario su interés.
Los brazos del cuerpo ocupa
con fatiga y con placer
el bergantín destrozado
desde la quilla al garcés.
El leonés agradecido
al cielo de tanto bien,
de libertad coronado
dice, si no de laurel:
—¡ Oh puerto, templo del mar!
cuya húmeda pared
antes faltará que tablas
señas de naufragios dén.
Fortaleza imperiosa,
terror de África, y desdén,
yugo fuerte y real espada
que reprime y que da ley,
defensa os debo, y abrigo;
mi libertad vuestra es,
y mi lengua desatada
en alabanzas también.
Con tus altos muros viva
tu ínclito dueño, á quien,
como á ti el Mediterráneo,
la envidia le bese el pié.
Inmortal sea su memoria
en la gracia de su Rey,

por galardón proseguida,
si comenzó por merced:
que servicios tan honrados,
y de Acates tan fiel,
inmortalidad merecen,
sino de vida, de fe.—

XXIII

El cautivo—II

(Anónimo)

Ageno de tener guerra
está el valeroso Arnaldo,
capitán de una frontera
por el ínclito Fernando.
Gozando está de su Celia
con quietud y sin cuidado,
cuando Muley Terráez,
de Argel astuto corsario,
viene á pagar el tributo,
como quedó concertado,
y porque viene de paz
dan voces los de su bando:
«Lanza ferro,
»á terra, á terra.»
Y los de la fortaleza,
para seguro, disparan
«apriesa, apriesa una pieza.»
Poco le duró el contento
á aquel capitán gallardo;
pues que en trueque del rescate
se le llevó el renegado
á su bella esposa un día,

cuando vió que asegurado
de su gran traición vivía,
y ella salió por el campo.
De que la metió en su fusta,
con silencio y con recato
á los marineros dice:
«alza el ferro, ó corta el cabo.»
Y al cómitre silba y dice:
«leva, leva;»
y los de la fortaleza,
«guerra, guerra,
»dispara apriesa una pieza.»
Hagan grandes luminarias,
dice Arnaldo alborotado;
aunque en vano es trabajar,
porque van el mar surcando.
De su fuerza se despide
confuso y desesperado,
y siendo libre, se hizo
de un moro sujeto esclavo;
el cual le llevó cautivo
á Argel, do fué rematado
tres veces en almoneda,
hasta ser del Rey comprado;
y el cómitre silba y dice:
«leva, leva;»
y los de la fortaleza,
«guerra, guerra,
»dispara apriesa una pieza.»
El capitán reconoce
á su cara esposa bella,
y aunque con las lenguas callan,
los ojos sirven de lenguas.
Servía Celia al Rey de paje,
el cual namorado de ella,
dice: —Si como eres sol,

fueras, Celia, luna bella,
de contino me alumbrara
el claro de tal estrella.—
Celia respondió : —Señor,
no fué mi dicha tan buena.—
Y el cómitre silba y dice :
«leva, leva :»
y los de la fortaleza,
«guerra, guerra,
»dispara apriesa una pieza.»
Y como vido ocasión,
al rey le dice una siesta
cómo es Arnaldo su hermano,
que se hizo esclavo por ella.
El rey le replica y dice :
—Celia, gran mentira es esa,
porque nunca amor de hermano
hizo tal prueba y fineza.
Pero si dices verdad
haré con ti una franqueza,
de dar á ambos libertad
para que os vais á tu tierra.—
Y el cómitre silba y dice :
«leva, leva ;»
y los de la fortaleza,
«guerra, guerra,
»dispara apriesa una pieza.»
Celia le dijo : —Señor,
la verdad del caso es esta :
que es Arnaldo mi marido,
y yo fío en tu clemencia
que nos darás libertad.—
Dijo el rey : —Concédoos esa,
porque entendáis que entre moros
hay sangre, virtud, nobleza. –
Con esto los despidió,

dándoles mucha riqueza,
y á Muley Terráez quitó
por su traición la cabeza:
por lo que todos los suyos
muestran dolor y tristeza;
y los de la fortaleza,
regocijados dan voces:
«dispara apriesa una pieza.»

XXIV

El forzado de Dragut—I

(De D. Luís de Góngora)

Amarrado al duro banco
de una galera turquesca,
ambas manos en el remo,
y ambos ojos en la tierra,
un forzado de Dragut
en la playa de Marbella
se quejaba al ronco són
del remo y de la cadena.
—¡Oh sagrado mar de España,
hermosa playa y serena,
teatro donde se han hecho
cien mil navales tragedias!
Pues eres el mesmo mar,
que con tus crecientes besas
las murallas de mi patria
coronadas y soberbias,
dame nuevas de mi esposa,
y dime si han sido ciertas
las lágrimas y suspiros,
que me escribe por sus letras;
porque si es verdad que llora

mi cautiverio en tu arena,
¡bien puedes al mar del Sur
vencer en lucientes perlas!
Mas pues que no me responde,
sin duda alguna que es muerta;
pero no lo podrá ser,
pues que yo vivo en su ausencia.
Pues he vivido diez años
sin libertad y sin ella,
siempre al remo condenado,
á nadie mataron penas.
Dame pues, sagrado mar,
á mi demanda respuesta,
si cual dicen es verdad
que las aguas tienen lenguas.—
En esto se descubrieron
de la religión seis velas,
y el cómitre manda usar
al forzado de su fuerza.

XXV

El forzado de Dragut—II

(De D. Luis de Góngora)

Levantando blanca espuma
galeras de Barba-roja,
ligeras le daban caza
á una pobre galeota,
en que alegre el mar surcaba
un mallorquín con su esposa,
dulcísima valenciana,
bien nacida y muy hermosa.
Del amor agradecido,

se la llevaba á Mallorca,
tanto á celebrar las Pascuas,
cuanto á celebrar las bodas.
Y cuanto á los sordos remos
más se humillaban las olas,
más se ajustaba á la vela
el blando viento que sopla.
Espiándola de atrás
de una cala insidiosa,
estaba el fiero terror
de las playas españolas.
Sobresaltóla en un punto,
que por una parte y otra
sus cuatro enemigos leños
tristemente la coronan.
Crece en ellos la codicia,
y en estotros la congoja,
mientras se queja la dama
derramando tierno aljófar.
—Favorable y fresco viento,
si eres el galán de Flora,
válgasme en este peligro
por el regalo que gozas.
Tú que embravecido puedes
los bajeles que te enojan,
embestilles en la arena
con más daño que en las rocas:
tú que con la mesma fuerza
cuando al humilde perdonas,
sueles de armadas reales
escapar barquillas rotas;
salga esta vela á lo menos
destas manos rigurosas,
cual de garras de falcón
blancas alas de paloma.—

ROMANCES CABALLERESCOS

I

El conde Arnaldos

(Anónimo)

¡Quién hubiese tal ventura
sobre las aguas del mar,
como hubo el conde Arnaldos
la mañana de San Juan!
Con un falcón en la mano
la caza iba á cazar,
y venir vió una galera
que á tierra quiere llegar.
Las velas traía de seda,
la jarcia de un cendal,
marinero que la manda
diciendo viene un cantar
que la mar ponía en calma,
los vientos hace amainar,
los peces que andan al hondo
arriba los hace andar,
las aves que andan volando
las hace á el mástil posar:

—Galera, la mi galera,
Dios te me guarde de mal,
de los peligros del mundo
sobre aguas de la mar,
de los llanos de Almería,
del estrecho de Gibraltar,
y del golfo de Venecia,
y de los bancos de Flandes,
y del golfo de León,
donde suelen peligrar.—
Allí habló el conde Arnaldos,
bien oiréis lo que dirá:
—Por Dios te ruego, marinero,
digáisme ora ese cantar.—
Respondióle el marinero,
tal respuesta le fué á dar:
—Yo no digo esta canción
sino á quien conmigo va.—

II

El Soldán de Babilonia y el conde de Narbona

(Anónimo)

Del Soldán de Babilonia,
de ese os quiero decir,
que le dé Dios mala vida
y á la postre peor fin.
Armó naves y galeras,
pasan de sesenta mil,
para ir á dar combate
á Narbona la gentil.
Allá van á echar áncoras,
allá al puerto de Sant Gil,

donde han captivado al conde,
al conde Benalmeniquí.
Deciéndenlo de una torre,
cabálganlo en un rocín,
la cola le dan por riendas
por más deshonrado ir.
Cient azotes dan al conde
y otros tantos al rocín;
al rocín porque anduviese,
y al conde por lo rendir.
La condesa que lo supo
sáleselo á recebir:
—Pésame de vos, señor
conde, de veros así,
daré yo por vos, el conde,
las doblas sesenta mil,
y si no bastaren, conde,
á Narbona la gentil.
Si esto no bastare, el conde,
tres hijas que yo parí:
yo las pariera, buen conde,
vos las hubisteis en mí;
y si no bastare, conde,
señor, védesme aquí á mí.
—Muchas mercedes, condesa,
por vuestro tan buen decir:
no dedes por mí, señora,
tan solo un maravedí,
que heridas tengo de muerte,
dellas no puedo guarir:
adiós, adiós, la condesa,
que me mandan ir de aquí.
—Váyades con Dios, el conde,
y con gracia de Sant Gil:
Dios os eche en vuestra suerte
á ese Soldán paladín.

III

El Palmero

(Anónimo)

De Mérida sale el Palmero,
de Mérida, esa ciudade:
los piés llevaba descalzos,
las uñas corriendo sangre.
Una esclavina trae rota,
que no valía un reale,
y debajo traía otra,
¡bien valía una ciudade!
Que ni rey ni emperador
no alcanzaba otra que tale.
Camino lleva derecho
de París, esa ciudade;
ni pregunta por mesón
ni menos por hospitale:
pregunta por los palacios
del rey Carlos á dó estaen.
Un portero está á la puerta,
empezóle de hablare:
—Dígadesme tú, el portero,
el rey Carlos ¿dónde estae?—
El portero, que lo vido,
mucho maravillado se hae,
cómo un romero tan pobre
por el rey va á preguntare.
—Dígadesmelo, señor,
deso no tengáis pesare.
—En misa está, buen Palmero,
allá en Sant Juan de Letrane:
dice misa un arzobispo,

y la oficia un cardenale.—
El Palmero que lo oyera
íbase para Sant Juane:
en entrando por la puerta
bien veréis lo que harae.
Humillóse á Dios del cielo
y á Santa María su Madre,
humillóse al arzobispo,
humillóse al cardenale
porque decía la misa,
no porque merecía mase:
humillóse al emperador
y á su corona reale,
humillóse á los doce
que á una mesa comen pane.
No se humilla á Oliveros,
ni menos á don Roldane,
porque un sobrino que tienen
en poder de moros estae,
y pudiéndolo hacer
no lo van á rescatare.
De que aquesto vió Oliveros,
de que aquesto vió Roldane,
sacan ambos las espadas,
para el Palmero se vane.
Con su bordón el Palmero
su cuerpo va á mamparare.
Allí hablara el buen rey,
bien oiréis lo que dirae:
—Tate, tate, Oliveros,
tate, tate, don Roldane,
ó este Palmero es loco,
ó viene de sangre reale.—
Tomárale por la mano,
y empiézale de hablare:
—Dígasme tú, el Palmero,

no me niegues la verdade,
¿en qué año y en qué mes
pasaste aguas de la mare?
—De Mayo en el mes, señor,
yo las fuera á pasare.
Porque yo me estaba un día
á orillas de la mare
en el huerto de mi padre
por haberme de holgare:
captiváronme los moros,
pasáronme allende el mare.
Á la infanta de Sansueña
me fueron á presentare;
la infanta cuando me vido
de mí se fué á enamorare.
La vida que yo tenía,
rey, quiéroosla yo contare.
En la su mesa comía,
y en su cama me iba á echare.—
Allí hablara el buen rey,
bien oiréis lo que diráe.
—Tal captividad como esa
quien quiera la tomarae:
dígasme tú, el Palmerico,
¿si la iría yo á ganare?
—No vades allá, el buen rey,
buen rey, no vades allae,
porque Mérida es muy fuerte,
bien se vos defenderae.
Trescientos castillos tiene,
que es cosa de los mirare,
que el menor de todos ellos
bien se os defenderae.—
Allí hablara Oliveros,
allí habló don Roldane:
—Miente, señor, el Palmero,

miente, y no dice verdade,
que en Mérida no hay cien castillos,
ni noventa á mi pensare,
y estos que Mérida tiene
no tien quien los defensare,
que ni tenían señor,
ni menos quien los guardare.—
Desque aquesto oyó el Palmero
movido con gran pesare,
alzó su mano derecha,
dió un bofetón á Roldane.
Allí hablara el rey
con furia y con gran pesare:
—Tomalde, la mi justicia,
y llevédeslo á ahorcare.—
Tomádolo ha la justicia
para habello de justiciare;
y aun allá al pié de la horca
el Palmero fuera hablare:
—¡Oh mal hubieses, rey Carlos!
Dios te quiera hacer male,
que un hijo solo que tienes
tú le mandas ahorcare.—
Oídolo había la reina
que se lo paró á mirare:
—Dejédeslo, la justicia,
no le queráis hacer male,
que si él era mi hijo
encubrir no se podrae,
que en un lado ha de tener
un extremado lunare.—
Ya le llevan á la reina,
ya se lo van á llevare:
desnúdanle una esclavina
que no valía un reale;
ya le desnudaban otra

que valía una ciudade:
halládole han al infante,
halládole han la señale.
Alegrías que se hicieron
no hay quien las pueda contare.

IV

El infante vengador

(Anónimo)

Helo, helo por do viene
el infante vengador,
caballero á la jineta
en caballo corredor,
su manto revuelto al brazo,
demudada la color,
y en la su mano derecha
un venablo cortador.
Con la punta del venablo
sacaría un arador.
Siete veces fué templado
en la sangre de un dragón,
y otras tantas fué afilado
porque cortase mejor:
el hierro fué hecho en Francia,
y el asta en Aragón:
perfilándoselo iba
en las alas de su halcón.
Iba á buscar á don Cuadros,
á don Cuadros el traidor,
y allá le fuera á hallar
junto del emperador.
La vara tiene en la mano,
que era justicia mayor.

Siete veces lo pensaba,
si le tiraría ó no,
y al cabo de las ocho
el venablo le arrojó.
Por dar al dicho don Cuadros
dado ha al emperador:
pasado le ha manto y sayo
que era de un tornasol,
por el suelo ladrillado
más de un palmo le metió.
Allí le habló el rey,
bien oiréis lo que habló:
—¿Por qué me tiraste, infante?
¿Por qué me tiras, traidor?
—Perdónéme tu alteza,
que no tiraba á ti, no:
tiraba al traidor de Cuadros;
ese falso engañador,
que de siete hermanos que tenía,
no ha dejado, si á mí no:
por eso delante ti,
buen rey, lo desafío yo.—
Todos fían á don Cuadros,
y al infante no fían, no,
si no fuera una doncella,
hija es del emperador,
que los tomó por la mano,
y en el campo los metió.
Á los primeros encuentros
Cuadros en tierra cayó.
Apeárase el infante,
la cabeza le cortó,
y tomárala en su lanza,
y al buen rey la presentó.
De que aquesto vido el rey
con su hija le casó.

V

La infanta encantada

(Anónimo)

Á cazar va el caballero,
á cazar como solía;
los perros lleva cansados,
el falcón perdido había,
arrimárase á un roble,
alto es á maravilla:
en una rama más alta,
viera estar una infantina;
cabellos de su cabeza
todo aquel roble cobrían.
—No te espantes, caballero,
ni tengas tamaña grima,
hija soy yo del buen rey
y la reina de Castilla:
siete fadas me fadaron
en brazos de una ama mía,
que andase los siete años
sola en esta montiña.
Hoy se cumplían los siete años,
ó mañana en aquel día:
por Dios te ruego, caballero,
llévesme en tu compañía,
si quisieres por mujer,
si no, sea por amiga.
—Esperáisme vos, señora,
hasta mañana, aquel día
iré yo á tomar consejo
de una madre que tenía.—
La niña le respondiera,
y estas palabras decía:

—¡Oh mal haya el caballero
que sola deja la niña!—
Él se va á tomar consejo,
y ella queda en la montiña.
Aconsejóle su madre
que la tome por amiga.
Cuando volvió el caballero
no hallara la infantina:
vídola que la llevaban
con muy gran caballería.
El caballero que la vido
en el suelo se caía:
Desque en sí hubo tornado
estas palabras decía:
—Caballero que tal pierde,
muy gran pena merescía:
yo mesmo seré el alcalde,
yo me seré la justicia:
que me corten piés y manos
y me arrastren por la villa.

VI

El adúltero castigado

(Anónimo)

Blanca sois, señora mía,
más que no el rayo del sol:
¿si la dormiré esta noche
desarmado y sin pavor?
que siete años había, siete
¡que no me desarmo, no!
más negras tengo mis carnes
que no un tiznado carbón.

—Dormidla, señor, domidla,
desarmado sin temor,
que el conde es ido á la caza
á los montes de León.
—Rabia le mate los perros,
y águilas el su halcón,
y del monte hasta casa
á él arrastre el morón.—
Ellos en aquesto estando
su marido que llegó:
—¿Qué hacéis, la blanca niña,
hija de padre traidor?
—Señor, peino mis cabellos,
péinolos con gran dolor,
que me dejáis á mí sola
y á los montes os vais vos.
—Esas palabras, la niña,
no eran sino traición:
¿Cuyo es aquel caballo
que allá bajo relinchó?
—Señor, era de mi padre,
y envióla para vos.
—¿Cuyas son aquellas armas
que están en el corredor?
—Señor, eran de mi hermano,
y hoy vos las envió.
—¿Cuya es aquella lanza
que desde aquí la veo yo?
—Tomadla, conde, tomadla,
matadme con ella vos,
que aquesta muerte, buen conde,
bien os la merezco yo.

VII

El baño en el Jordán

(Anónimo)

—Malas mañas habéis, tío,
no las podéis olvidare:
más precias matar un puerco
que ganar una ciudade.
Vuestros hijos y mujer
en poder de moros vane,
los hijos en una cebra,
y la madre en un cordale.
La mujer dice:—¡ay marido!—
Los hijos dicen:—¡ay padre!—
De lástima que les hube
yo se los fuera á quitare;
heridas traigo de muerte,
dellas no puedo escapare.
Apretádmelas, mi tío,
con tocas de caminare.—
Ya le aprieta las heridas,
comienzan de caminare.
Á vuelta de su cabeza
caído lo vido estare,
allá se le fué á caer
dentro del río Jordane:
como fué dentro caído,
sano le vió levantare.

VIII

El amor filial

(De Juan de Ribera)

Paseábase el buen conde
todo lleno de pesar,
cuentas negras en sus manos
dó suele siempre rezar;
palabras tristes diciendo,
palabras para llorar.
—Véoos, hija, crecida,
y en edad para casar;
el mayor dolor que siento
es no tener que os dar.
—Calledes, padre, calledes,
no debéis tener pesar,
que quien buena hija tiene
rico se debe llamar;
y el que mala la tenía,
viva la puede enterrar,
pues amengua su linaje
que no debiera amenguar,
y yo, si no me casare,
en religión puedo entrar.

IX

La esposa fiel

(De Juan de Ribera)

—Caballero de lejas tierras,
llegaos acá, y paréis,
hinquedes la lanza en tierra,

vuestro caballo arrendéis,
preguntaros he por nuevas
si mi esposo conocéis.
—Vuestro marido, señora,
decid, ¿de qué señas es?
—Mi marido es mozo y blanco,
gentil hombre y bien cortés,
muy gran jugador de tablas,
y también del ajedrez.
En el pomo de su espada
armas trae de un marqués,
y un ropón de brocado
y de carmesí al envés:
cabe el fierro de la lanza
trae un pendón portugués,
que ganó en unas justas
á un valiente francés.
—Por esas señas, señora,
tu marido muerto es:
en Valencia le mataron
en casa de un ginovés:
sobre el juego de las tablas
lo matara un milanés.
Muchas damas lo lloraban,
caballeros con arnés,
sobre todo lo lloraba
la hija del ginovés;
todos dicen á una voz
que su enamorada es:
si habéis de tomar amores,
por otro á mí no dejéis.
—No me lo mandéis, señor,
señor, no me lo mandéis,
que antes que eso hiciese,
señor, monja me veréis.
—No os metáis monja, señora,

pues que hacello no podéis,
que vuestro marido amado
delante de vos lo tenéis.

X

El conde Sol

(Anónimo)

Grandes guerras se publican
entre España y Portugale:
pena de la vida tiene
quien no se quiera embarcare.
Al conde Sol le nombran
por capitán generale;
del Rey se fué á despedir
de su esposa otro que tale.
La condesa quera niña,
todo se le va en llorare.
—Dime, conde, ¿cuántos años
tienes de echar por allále?
—Si á los seis años no vuelvo,
condesa, os podéis casare.—
Pasan los seis, y los ocho,
pasan diez y pasan más,
y el conde Sol no tornaba
ni nuevas suyas fué á dare.
Estando en su estancia sola,
fuéla el padre á visitare:
—¿Qué tienes, hija querida,
que no cesas de llorare?
—Padre de toda mi alma,
por la santa Trinidade,
que me queráis dar licencia
para al conde ir á encontrare.

—Mi licencia tenéis, hija,
haced vuestra voluntade.—
La condesa al otro día
al conde se fué á buscare,
triste por Italia y Francia,
por la tierra y por la mare.
Ya estaba desesperada,
ya se torna para acáe,
cuando gran vacada un día
devisó allá en un pinare.
—Vaquerito, vaquerito,
por la santa Trinidade,
que me niegues la mentira
y me digas la verdade:
¿De quién son estas vaquitas
que en estos montes estare?
—Del conde Sol son, señora,
que manda en este lugare.
—¿Y de quién son esos trigos
que cerca están de segare?
—Señora, del mismo conde,
porque los hizo sembrare.
—¿Y de quién tantas ovejas
que á corderos dan mamare?
—Señora, del conde Sol.
porque los hizo criare.
—¿De quién, dime, esos jardines
y ese palacio reale?
—Son del mismo caballero,
porque allí suele habitare.
—¿De quién, de quién los caballos
que se oyen relinchare?
—Del conde Sol, que suele
sobre ellos ir á cazare.
—¿Y quién es aquella dama
que un hombre abrazando estae?

—La desposada señora
con que el conde va á casare.
—Vaquerico, vaquerito,
por la santa Soledade:
toma mi ropa de seda,
y vísteme tu sayale,
que ya hallé lo que buscaba,
no lo quiero, no, dejare;
agárrame de la mano
y á su puerta me pondráes,
que á pedirle voy limosna,
por Dios, si la quiere dare.
Desque estuvo la condesa
del palacio en el umbrale,
una limosnica pide
que se la dén por piedade,
y fué tanta su ventura,
aún más que era de esperare,
que la limosna demanda
y el conde se la fué á dare.
—¿De dónde eres, peregrina?
—Soy de España naturale.
—¿Cómo llegastes aquí?
—Vine mi esposo á buscare,
por tierra pisando abrojos,
pasando riesgos en mare,
y cuando le hallé, señor,
supe que se iba á casare,
supe que olvidó á su esposa,
su esposa que fué leale,
su esposa que por buscalle
cuerpo y alma fué á arriesgare.
—¡Romerica, romerica,
calledes, no digas tale,
que eres el diablo sin duda
que me vienes á tentare!

—No soy el diablo, buen conde,
ni yo te quiero enojare;
soy tu mujer verdadera,
y así te vine á buscare.—
El conde cuando esto oyera,
sin un punto más tardare,
un caballo muy ligero
ha mandado aparejare
con cascabeles de plata
guarnido todo el pretale;
con los estribos de oro,
las espuelas otro tale,
y cabalgando de un salto,
á su esposa fué á tomare,
que de alegría y contento
no cesaba de llorare.
Corriendo iba, corriendo,
corriendo va sin parare,
hasta que llegó al castillo
donde es señor naturale.
Quedádose ha la novia
vestidica y sin casare,
que quien de lo ageno viste,
desnudo suele quedare.

XI

El traidor Marquillos, y Blanca-Flor

(Anónimo)

¡Cuán traidor eres, Marquillos!
¡cuán traidor de corazón!
por dormir con tu señora
degollaste á tu señor.
Desque lo tuviste muerto

quitástele el chapirón;
fuéraste al castillo fuerte
donde está la Blanca-Flor.
—Abridme, linda señora,
que aquí viene mi señor;
si no lo queréis creer,
veis aquí su chapirón.—
Blanca-Flor desque lo viera
las puertas luégo le abrió:
echóle brazos al cuello,
allí luégo la besó;
abrazándola y besando
en un secreto la entró.
—Marquillos, por Dios te ruego
que me concedas un dón:
que no durmieses conmigo
hasta que rayase el sol.—
Marquillos, como es hidalgo,
el dón luégo le otorgó,
y como venía cansado
en llegando se durmió.
Levantóse muy ligera
la hermosa Blanca-Flor;
tomara un cuchillo en mano
y á Marquillos degolló.

XII

Lanzarote del Lago

(Anónimo)

Tres hijuelos había el Rey,
tres hijuelos, que no más;
por enojo que hubo de ellos
todos malditos los ha.

El uno se tornó ciervo,
el otro se tornó can,
el otro que se hizo moro,
pasó las aguas del mar.
Andábase Lanzarote
entre las damas holgando,
grandes voces dió la una:
—Caballero, estad parado:
si fuese la mi ventura,
cumplido fuese mi hado
que yo casase con vos,
y vos conmigo de grado,
y me diésedes en arras
aquel ciervo del pié blanco.
—Dároslo he yo, mi señora,
de corazón y de grado,
si supiese yo las tierras
donde el ciervo era criado.—
Ya cabalga Lanzarote,
ya cabalga y ya su vía
delante de sí llevaba
los sabuesos por la traílla.
Llegado había á una ermita,
donde un ermitaño había:
—Dios te salve, el hombre bueno.
—Buena sea tu venida:
cazador me parecéis
en los sabuesos que traía.
—Dígasme tú, el ermitaño,
tú que haces santa vida,
ese ciervo del pié blanco
¿dónde hace su manida?
—Quedaos aquí, mi hijo,
hasta que sea de día,
contaros he lo que ví,
y todo lo que sabía.

Por aquí pasó esta noche
dos horas antes del día,
siete leones con él
y una leona parida.
Siete condes deja muertos,
y mucha caballería.
Siempre Dios te guarde, hijo.
Por do quier que fuer tu ida,
que quien acá te envió
no te quería dar la vida.
¡Ay dueña de Quintañones,
del mal fuego seas ardida,
que tanto buen caballero
por ti ha perdido la vida! —

XIII

Romance del conde Alarcos

(De Pedro de Riaño)

Retraída está la Infanta,
bien así como solía,
viviendo muy descontenta
de la vida que tenía,
viendo que ya se pasaba
toda la flor de su vida,
y que el Rey no la casaba,
ni tal cuidado tenía.
Entre sí estaba pensando
á quién se descubriría,
y acordó llamar al Rey
como otras veces solía,
por decirle su secreto
y la intención que tenía.
Vino el Rey siendo llamado,

que no tardó su venida:
vídola estar apartada,
sola está sin compañía;
su lindo gesto mostraba
ser más triste que solía.
Conociera luego el Rey
el enojo que tenía.
—¿Qué es aquesto, la Infanta?
¿Qué es aquesto, hija mía?
Contadme vuestros enojos,
no toméis malenconía,
que sabiendo la verdad
todo se remediaría.
—Menester será, buen Rey,
remediar la vida mía,
que á vos quedé encomendada
de la madre que tenía.
Dédesme, buen Rey, marido,
que mi edad ya lo pedía:
con vergüenza os lo demando,
no con gana que tenía,
que aquestos cuidados tales
á vos, Rey, pertenecían.—
Escuchada su demanda,
el buen Rey la respondía:
—Esa culpa, la Infanta,
vuestra era, que no mía,
que ya fuérades casada
con el príncipe de Hungría.
No quisistes escuchar
la embajada que venía,
pues acá en las nuestras cortes,
hija, mal recaudo había,
porque en todos los mis reinos
vuestro par igual no había,
sino era el conde Alarcos,

que hijos y mujer tenía.
—Convidadlo vos, el Rey,
al conde Alarcos un día,
y después que hayáis comido
decilde de parte mía,
decilde que se acuerde
de la fe que dél tenía,
la cual él me prometiera,
que yo no se la pedía,
de ser siempre mi marido,
y yo que su mujer sería.
Yo fuí d'ello muy contenta
y que no me arrepentía.
Si la Condesa es burlada,
que mirara lo que hacía,
que por él no me casé
con el Príncipe de Hungría:
si casó con la Condesa,
dél es culpa, que no mía.—
Perdiera el Rey en la oir
el sentido que tenía,
mas después en sí tornado
con enojo respondía:
—¡No son estos los consejos,
que vuestra madre os decía!
¡Muy mal mirastes, Infanta,
dó estaba la honra mía!
Si verdad es todo eso
vuestra honra es ya perdida:
no podéis vos ser casada
mientras la Condesa viva.
Si se hace el casamiento
por razón ó por justicia,
en el decir de las gentes
por mala seréis tenida.
Dadme vos, hija, consejo,

que el mío no bastaría,
que es ya muerta vuestra madre
á quien consejo pedía.
—Yo vos lo daré, buen Rey,
d'este poco que tenía:
mate el Conde á la Condesa,
que nadie no lo sabría,
y eche fama que ella es muerta
de un cierto mal que tenía,
y tratarse ha el casamiento
como cosa no sabida.
D'esta manera, buen Rey,
mi honra se guardaría.—
De allí se salía el Rey,
no con placer que tenía;
lleno va de pensamientos
con la nueva que sabía;
vido estar al conde Alarcos
entre muchos, que decía:
—¿Qué aprovecha, caballeros,
amar y servir amiga,
que son servicios perdidos
donde firmeza no había?
No pueden por mí decir
aquesto que yo decía,
que en el tiempo que serví
una que tanto quería,
si muy bien la quise entonces,
agora más la quería;
mas por mí pueden decir
quien bien ama tarde olvida.—
Estas palabras diciendo
vido al buen Rey que venía,
y hablando con el Rey
de entre todos se salía.
Díjole el buen Rey al Conde

hablando con cortesía:
—Convidaros quiero, Conde,
por mañana en aquel día,
que queráis comer conmigo
por tenerme compañía.
—Que se haga de buen grado
lo que su Alteza decía:
beso sus manos reales
por la buena cortesía:
detenerme he aquí mañana,
aunque estaba de partida,
que la Condesa me espera
según carta que me envía.—
Otro día de mañana
el Rey de misa salía;
luégo se asentó á comer,
no por gana que tenía,
sino por hablar al Conde
lo que hablarle quería.
Allí fueron bien servidos
como á Rey pertenecía.
Después que hubieron comido,
toda la gente salida,
quedóse el Rey con el Conde
en la tabla dó comía.
Empezó el Rey de hablar
la embajada que traía:
—Unas nuevas traigo, Conde,
que d'ellas no me placía,
por las cuales yo me quejo
de vuestra descortesía.
Prometístes á la Infanta
lo que ella no os pedía,
de siempre ser su marido,
y á ella que le placía.
Si á otras cosas pasaste

no entro en esa porfía.
Otra cosa os digo, Conde,
de que más os pesaría:
que matéis á la Condesa,
que así cumple á la honra mía:
echéis fama de que es muerta
de cierto mal que tenía,
y tratarse ha el casamiento
como cosa no sabida,
porque no sea deshonrada
hija que tanto quería.—
Oidas estas razones
el buen Conde respondía:
—No puedo negar, el Rey.
lo que la Infanta decía,
sino que otorgo, es verdad
todo cuanto me pedía.
Por miedo de vos, el Rey,
no casé con quien debía,
ni pensé que vuestra Alteza
en ello consentiría.
De casar con la Infanta
yo, señor, bien casaría,
mas matar á la Condesa,
señor Rey, no lo haría,
porque no debe morir
la que mal no merecía.
—De morir tiene, buen Conde,
por salvar la honra mía,
pues no mirastes primero
lo que mirar se debía.
Si no muere la Condesa
á vos costará la vida,
que por la honra de los reyes
muchos sin culpa morían,
que muera pues la Condesa

no es mucha maravilla.
—Yo la mataré, buen Rey,
mas no sea la culpa mía:
vos os avendréis con Dios
en el fin de vuestra vida,
y prometo á vuestra Alteza,
á fe de caballería,
que me escriba por traidor
si lo dicho no cumplía
de matar á la Condesa,
aunque mal no merecía.
Buen Rey, si me dais licencia
luégo yo me partiría.
—Vades con Dios, el buen Conde,
ordenad vuestra partida.—
Llorando se parte el Conde,
llorando sin alegría;
llorando por la Condesa,
que más que á sí la quería.
Lloraba también el Conde
por tres hijos que tenía,
el uno era de teta,
que la Condesa lo cría,
que no quería mamar
de tres amas que tenía
si no era de su madre
porque bien la conocía;
los otros eran pequeños,
poco sentido tenían.
Antes que el Conde llegase
estas razones decía:
—¿Quién podrá mirar, Condesa,
vuestra cara de alegría,
que saldréis á recibirme
á la fin de vuestra vida?
Yo soy el triste culpado,

esta culpa toda es mía.—
En diciendo estas palabras
ya la Condesa salía,
que un paje le había dicho
cómo el Conde ya venía.
Vido la Condesa al Conde
la tristeza que tenía,
vióle los ojos llorosos
que hinchados los tenía
de llorar por el camino
mirando el bien que perdía.
Dijo la Condesa al Conde:
—¡Bien vengáis, bien de mi vida!
¿Qué habéis, el conde Alarcos?
¿Por qué lloráis, vida mía,
que venís tan demudado
que cierto no os conocía?
No parece vuestra cara
ni el gesto que ser solía;
dadme parte del enojo
como dais de l'alegría.
¡Decidmelo luégo, Conde,
no matéis la vida mía!
—Yo vos lo diré, Condesa,
cuando la hora sería.
—Si no me lo decís, Conde,
cierto yo reventaría.
—No me fatiguéis, señora,
que no es la hora venida.
Cenemos luégo, Condesa,
d'aqueso que en casa había.
—Aparejado está, Conde,
como otras veces solía.—
Sentose el Conde á la mesa,
no cenaba ni podía,
con sus hijos al costado,

que muy mucho los quería.
Echóse sobre los hombros ;
hizo como que dormía ;
de lágrimas de sus ojos
toda la mesa corría.
Mirábalo la Condesa
que la causa no sabía ;
no le preguntaba nada,
que no osaba ni podía.
Levantóse luégo el Conde,
dijo que dormir quería ;
dijo también la Condesa
que ella también dormiría ;
mas entre ellos no había sueño,
si la verdad se decía.
Vanse el Conde y la Condesa
á dormir donde solían :
dejan los niños de fuera,
que el Conde no los quería :
lleváronse el más chiquito,
el que la Condesa cría.
El Conde cierra la puerta,
lo que hacer no solía.
Empezó de hablar el Conde
con dolor y con mancilla ;
—¡ Oh desdichada Condesa,
grande fué la tu desdicha !
—No soy desdichada, Conde,
por dichosa me tenía
sólo en ser vuestra mujer :
esta fué gran dicha mía.
—¡ Si bien lo miráis, Condesa,
esa fué vuestra desdicha !
Sabed que en tiempo pasado
yo amé á quien bien servía,
la cual era la Infanta.

Por desdicha vuestra y mía
prometí casar con ella;
y á ella que le placía,
demándame por marido
por la fe que me tenía.
Puédelo muy bien hacer
por razón y por justicia:
díjomelo el Rey su padre
porque d'ella lo sabía.
Otra cosa manda el Rey
que toca en el alma mía:
manda que muráis, Condesa,
á la fin de vuestra vida,
que no puede tener honra
siendo vos, Condesa, viva.
De qu'esto oyó la Condesa
cayó en tierra mortecida:
mas después en sí tornada
estas palabras decía:
—¡Pagos son de mis servicios,
Conde, con que yo os servía!
Si no me matáis, el Conde,
yo bien os consejaría:
enviédesme á mis tierras
que mi padre me ternía;
yo criaré vuestros hijos
mejor que la que vernía,
y os mantendré castidad
como siempre os mantenía.
—De morir habéis, Condesa,
en antes que venga el día.
—¡Bien parece, conde Alarcos,
yo ser sola en esta vida;
porque tengo el padre viejo,
mi madre ya es fallecida,
y mataron á mi hermano

el buen conde Don Garcia,
que el Rey lo mandó matar
por miedo que dél tenía!
No me pesa de mi muerte,
que yo de morir tenia,
mas pésame de mis hijos,
que pierden mi compañia:
hacémelos venir, Conde,
y verán mi despedida.
—No los veréis más, Condesa,
en días de vuestra vida:
abrazad ese chiquito,
que aqueste es el que os perdía.
Pésame de vos, Condesa,
cuanto pesar me podía.
No os puedo valer, señora,
que más me va que la vida;
encomendaos á Dios,
qu'esto de hacerse tenía.
—Dejéisme decir, buen Conde,
una oración que sabía.
—Decíla presto, Condesa,
antes que amanezca el dia.
—Presto la habré dicho, Conde,
no estaré un Ave María.—
Hincó rodillas en la tierra
y esta oración decía:
«En las tus manos, Señor,
»encomiendo el alma mía:
»no me juzgues mis pecados
»según que yo merecia,
»mas según tu gran piedad
»y la tu gracia infinita.
—Acabada es ya, buen Conde,
la oración que yo sabía;
encomiéndoos esos hijos

que entre vos y mí había,
y rogad á Dios por mí
mientras tuviéredes vida.
que á ello sois obligado
pues que sin culpa moría.
Dédesme acá ese chiquito,
mamará por despedida.
—No le despertéis, Condesa,
dejadlo estar, que dormía,
sino que os pido perdón
porque ya se viene el día.
—Á vos yo perdono, Conde,
por amor que vos tenía;
mas yo no perdono al Rey.
ni á la Infanta la su hija,
sino que queden citados
delante la alta justicia,
que allá vayan á juicio
dentro de los treinta días.—
Estas palabras diciendo
el Conde se apercibía:
echóle por la garganta
una toca que tenía,
apretó con las dos manos
con la fuerza que podía:
no le afloja la garganta
mientras que vida tenía.
Cuando ya la vido el Conde
traspasada y fallecida,
desnudóle los vestidos
y las ropas que tenía:
echóla encima la cama,
cubrióla como solía;
desnudóse á su contado,
obra de un Ave María:
levantóse dando voces

á la gente que tenía.
—¡Socorred, mis caballeros,
que la Condesa se fina!
Hallan la Condesa muerta
los que á socorrer venían.
Así murió la Condesa,
sin razón y sin justicia;
mas también todos murieron
dentro de los treinta días.
Los doce días pasados
la Infanta ya se moría;
el Rey á los veinte y cinco,
el Conde al treinteno día,
allá fueron á dar cuenta
á la justicia divina.
Acá nos dé Dios su gracia,
y allá la gloria cumplida.

XIV

Gayferos—I

(Anónimo)

Estábase la condesa,
en el su estrado asentada,
tiscricas de oro en mano:
su hijo afeitando estaba.
Palabras le está diciendo,
palabras de gran pesar:
las palabras tales eran
que al niño hacen llorar.
—Dios te dé barbas en rostro,
y te haga barragane;
déte Dios ventura en armas,

como el paladín Roldane,
porque vengases, mi hijo,
la muerte de vuestro padre:
matáronlo á traición
por casar con vuestra madre.
Ricas bodas me hicieron
en las cuales Dios no há parte;
ricos paños me cortaron,
la reina no los há tales. —
Magüera pequeño el niño
bien entendido lo hae.
Allí respondió don Gayferos,
bien oiréis lo que dirae:
—Ruégole así á Dios del cielo
y á Santa María su Madre.—
Oído lo había el conde
en los palacios do estáe:
—¡Calles, calles, la condesa,
boca mala sin verdade!
Que yo no matara el conde,
ni lo hiciera matare;
mas tus palabras, condesa,
el niño las pagarae.—
Mandó llamar escuderos,
criados son de su padre,
para que lleven al niño,
que lo lleven á matare.
La muerte que él les dijera
mancilla es de la escuchare:
—Córtenle el pié del estribo,
la mano del gavilane,
sáquenle ambos los ojos
por más seguro andare,
y el dedo, y el corazón
traédmelo por señale.—
Ya lo llevan á Gayferos,

ya lo llevan á matare;
hablan los escuderos
con mancilla que dél hane.
—¡Oh válasme Dios del cielo
y Santa María su madre!
Si á este niño matamos
¿qué galardón nos darane?
Ellos en aquesto estando,
no sabiendo qué harane,
vieron venir una perrita
de la condesa su madre.
Allí habló el uno de ellos,
bien oiréis lo que diráe:
—Matemos esta perrita
por nuestra seguridade,
saquémosle el corazón
y llevémoslo á Galvane,
cortemos el dedo al chico
por llevar mejor señale.—
Ya tomaban á Gayferos,
para el dedo le cortare;
—Venid acá vos, Gayferos,
y queréednos escuchare;
vos idos de aquesta tierra
y en ella no parezcáis mase.—
Ya le daban entre señas
el camino que harae:
—Iros heis de tierra en tierra
á do vuestro tío estáe.—
Gayferos desconsolado
por ese mundo se vae;
los escuderos se volvieron
para do estaba Galvane.
Danle el dedo, y corazón
y dicen que muerto lo hane.
La condesa qu'esto oyera

empezara á gritos dare:
lloraba de los sus ojos
que quería reventare.
Dejemos á la condesa,
que muy grande llanto hace,
y digamos de Gayferos
del camino por do vae,
que de día ni de noche
no hace sino caminare,
hasta que llegó á la tierra
adonde su tio estáe.
Dícele d'esta manera,
y empezóle de hablare:
—Manténgaos Dios, el mi tío.
—Mi sobrino, bien vengáises:
¿qué buena venida es esta?
Vos me la queréis contare.
—La venida que yo vengo
triste es y con pesare,
que Galván con grande enojo
mandado me había matare:
mas lo que os ruego, mi tío,
y lo que os vengo á rogare,
vamos á vengar la muerte
de vuestro hermano, mi padre.
Matáronlo á traición
por casar con la mi madre.
—Sosegáos, el mi sobrino,
vos os queráis sosegare,
que la muerte de mi hermano
bien la iremos á vengare.—
Ellos así se estuvieron
dos años y aun mase,
hasta que dijo Gayferos
y empezara de hablare.

XV

Gayferos—II

(Anónimo)

—Vámonos, dijo, mi tío,
á París esa ciudade
en figura de romeros,
no nos conozca Galvane,
que si Galván nos conoce
mandaría nos matare.
Encima ropas de seda
vistamos las de sayale,
llevemos nuestras espadas
por más seguros andare;
llevemos sendos bordones
por la gente asegurare.—
Ya se parten los romeros,
ya se parten, ya se vane,
de noche por los caminos,
de día por los jarales.
Andando por sus jornadas
á París llegado hane;
las puertas hallan cerradas,
no hallan por donde entrare.
Siete vueltas la rodean
por ver si podrán entrare,
y al cabo de las ocho
un postigo van á hallare.
Ellos que se vieron dentro
empiezan á demandare;
no preguntan por mesón,
ni menos por hospitale,
preguntan por los palacios
donde la condesa estae,

y á las puertas del palacio
allí van á demandare.
Vieron estar la condesa,
y empezaron de hablare:
—Dios te salve, la condesa.
—Los romeros, bien vengades.
—Mandedes nos dar limosna
por honor de caridade.
—Con Dios vades, los romeros,
que no os puedo nada dare,
qu'el conde me había mandado
á romeros no albergare.
—Dadnos limosna, señora,
qu'el conde no lo sabrae;
así la dén á Gayferos
en la tierra donde estae.—
Así como oyó Gayferos
comenzó de sospirare:
mandábales dar del vino,
mandábales dar del pane.
Ellos en aquesto estando
el conde llegado hae:
—¿Qu'es aquesto, la condesa?
aquesto ¿qué puede estare?
¿No os tenía yo mandado
á romeros no albergare?—
Dijo y alzara su mano,
puñada le fuera á dare,
que sus dientes menudicos
en tierra los fuera á echare.
Allí hablaran los romeros,
y empezáronle de hablare:
—¡Por hacer bien la condesa,
cierto no merece male!
—¡Calledes vos, los romeros,
no hayades vuestra parte!—

Alzó Gayferos su espada,
un golpe le fué á dare
que la cabeza de sus hombros
á tierra la fuera á echare:
allí habló la condesa
llorando con gran pesare:
—¿Quién érades, los romeros,
que al conde fuistes matare?—
Allí respondió el romero,
tal respuesta le fué á dare:
—Yo soy Gayferos, señora,
vuestro hijo naturale.
—Aquesto no puede ser,
ni era cosa de verdade,
qu'el dedo, y el corazón
yo los tengo por señale.
—El corazón que vos tenéis
en persona no fué á estare,
el dedo bien es aqueste,
aquí lo veréis faltare.—
La condesa qu'esto oyera
comenzóle de abrazare:
la tristeza que tenía
en placer se fué á tornare.

XVI

Gayferos—III

(Anónimo)

Asentado está Gayferos
en el palacio reale;
asentado está al tablero
para las tablas jugare.

Los dados tiene en la mano,
que los quiere arrojare,
cuando entró por la sala
don Carlos el emperante.
De que así jugar lo vido
empezóle de mirare;
hablándole está hablando
palabras de gran pesare:
—Si así fuésedes, Gayferos,
para las armas tomare,
como sois para los dados,
y para tablas jugare,
vuestra esposa tienen moros,
iríadesla á buscare:
pésame á mí por ello
porque es mi hija carnale.
De muchos fué demandada,
y á nadie quiso tomare:
pues con vos casó por amores,
amores la han de sacare;
si con otro fuera casada
no estuviera en catividade.—
Gayferos cuando esto vido,
movido de gran pesare
levantóse del tablero
no queriendo más jugare,
y tomáralo en las manos
para haberlo de arrojare,
si no por quien con él juega,
que era hombre de linaje:
jugaba con él Guarinos,
almirante de la mare.
Voces da por el palacio,
que al cielo quieren llegare;
preguntando va, preguntando
por su tío don Roldane.

Halláralo en el patín,
que quería cabalgare:
con él era Oliveros
y Durandarte el galane,
con él muchos caballeros
de los de los doce pares:
Gayferos desque lo vido
empezóle de hablare:
—Por Dios os ruego, mi tío,
por Dios os quiero rogare,
vuestras armas y caballo
vos me lo queráis prestare,
que mi tío el Emperante
tan mal me quiso tratare,
diciendo que soy para juego
y no para armas tomare.
Bien lo sabéis vos, mi tío,
bien sabéis vos la verdade,
que pues busqué á mi esposa
culpa no me deben dare.
Tres años anduve triste
por los montes y los valles
comiendo la carne cruda,
bebiendo la roja sangre,
trayendo los piés descalzos,
las uñas corriendo sangre.
Nunca yo hallarla pude
en cuanto pude buscare:
ahora sé que está en Sansueña,
en Sansueña, esa ciudade.
Sabéis que estoy sin caballo,
sin armas otro que tale,
que las tiene Montesinos,
que es ido á festejare
allá á los reinos de Hungría
para torneos armare,

y yo sin caballo y armas
mal la podré libertare;
por esto os ruego, mi tío,
las vuestras me queráis dare.—
Don Roldán de qu'esto oyó
tal respuesta le fué á dare:
—Callad, sobrino Gayferos,
no querades hablar tale;
siete años vuestra esposa
há que está en captividade;
siempre os he visto con armas
y caballo otro que tale,
agora que no las tenéis
la queréis ir á buscare.
Sacramento tengo hecho
allá en San Juan de Letrane
á ninguno prestar armas,
no me las hagan cobardes:
mi caballo está bien vezado,
no lo querría mal vezare.—
Gayferos que esto oyó
la espada fuera á sacare;
con una voz muy sañosa
empezara de hablare:
—¡Bien parece, don Roldán,
siempre me quisiste male!
Si otro me lo dijera
mostrara si soy cobarde;
mas quien á mí ha injuriado
no lo váis por mí á vengare;
si vos tío no me fuésedes
con vos querría peleare.—
Los grandes que allí se hallan
entre los dos puestos se hane
hablado le ha don Roldán,
empezóle de hablare:

—¡ Bien parece, don Gayferos,
que sois de muy poca edade!
Bien oístes un ejemplo,
que conocéis ser verdade,
que aquel que bien os quiere
ese os quiere castigare.
Si fuérades mal caballero
no os dijera yo esto tale;
mas porque sé que sois bueno,
por eso os quise así hablare,
que mis armas y caballo
á vos no se han de negare,
y si queréis compañía
yo os querría acompañare.
—Mercedes, dijo Gayferos,
de la buena voluntade;
solo me quiero ir, solo,
para haberla de sacare:
nunca me dirá ninguno
que me vido ser cobarde.—
Luégo mandó don Roldán
sus armas aparejare;
él encubierta el caballo
por mejor lo encubertare;
él mesmo pone las armas
y le ayudaba á armare.
Luégo cabalgó Gayferos
con enojo y con pesare.
Pésale á don Roldán,
también á los doce pares,
y más al emperador
de que solo le vió andare;
y desque ya se salía
del gran palacio reale,
con una voz amorosa
llamáralo don Roldane:

—Esperá un poco, sobrino;
pues solo queréis andare,
dejédemes vuestra espada,
la mía queráis tomare,
y aunque vengan dos mil moros
nunca les volváis la haze:
al caballo dadle rienda
y haga á su voluntade,
que si él ve la suya
bien os sabrá ayudare,
y si ve demasía
d'ella os sabrá sacare.—
Ya le daba su espada,
y toma la de Roldane;
da de espuelas al caballo,
sálese de la ciudade.
Don Beltrán desque ir lo vido
empezóle de hablare:
—Tornad acá, hijo Gayferos,
pues que me tenéis por padre,
tan solamente que os vea
la condesa vuestra madre,
tomará con vos consuelo,
que tan tristes llantos hace,
y daráos caballeros
los que hayáis necesidade.
—Consoladla vos, mi tío,
vos la queráis consolare,
acuérdese que me perdió
chiquito y de poca edade;
haga cuenta que de entonces
no me ha visto jamase,
que ya sabéis que en los doce
corren malas voluntades,
y no dirán vuelvo por ruego,
más que vuelvo por cobarde,

que yo no volveré en Francia
sin Melisendra tornare.—
Don Beltrán de que lo oyera
tan enojado hablare,
vuelve riendas al caballo
y entróse en la ciudade.
Gayferos en tierra de moros
empieza de caminare;
jornada de quince días
en ocho la fué á andare.
Por las sierras de Sansueña
Gayferos mal airado vae;
las voces que iba dando
al cielo quieren llegare.
Maldiciendo iba el vino,
maldiciendo iba el pane,
el pan que comían los moros,
mas no de la cristiandade:
maldiciendo iba la dueña
que tan solo un hijo pare;
si enemigos se lo matan
no tiene quien lo vengare:
maldiciendo iba al caballero
que cabalga sin un paje;
si se le cae la espuela
no tiene quien se la calce:
maldiciendo iba el árbol
que solo en el campo nasce,
que todas las aves del mundo
en él van á quebrantare,
que de rama ni de hoja
al triste dejan gozare.
Dando estas voces y otras
á Sansueña fué á llegare.
Viernes era en aquel día
los moros su fiesta hacen:

el rey iba á la mezquita
para la zala rezare,
con todos sus caballeros
cuantos él pudo llevare.
Cuando llegó Gayferos
á Sansueña, esa ciudade,
miraba si vería alguno
á quien poder demandare:
vido un cativo cristiano
que andaba por los adarves;
desque lo vido Gayferos
empezóle de hablare:
—Dios te salve, el cristiano,
y te torne en libertade,
nuevas que pedirte quiero
no me las quieras negare.
¿Tú que andas con los moros
dime si oiste hablare
si hay aquí alguna cristiana,
que sea de alto linaje?—
El cativo que lo oyera
empezara de llorare:
—¡Tantos tengo de mis duelos,
de otros non puedo curare!
Que todo el día caballos
del rey me hacen pensare,
y de noche en honda sima
me hacen aquí aprisionare.
Bien sé que hay muchas cativas
cristianas de gran linaje,
especialmente hay una
qu'es de Francia naturale:
el rey Almanzor la trata
como á su hija carnale:
sé que muchos reyes moros
con ella quieren casare:

por eso idos, caballero,
por esa calle adelante,
veréislas á las ventanas
del gran palacio reale.—
Derecho se va á la plaza,
á la plaza la más grande.
Allí estaban los palacios
donde el rey solía estare:
alzó los ojos en alto
por los palacios mirare,
vido estar á Melisendra
en una ventana grande
con otras damas cristianas.
qu'están en captividade.
Melisendra que lo vido
empezara de llorare,
no porque lo conociese
en el gesto ni en el traje,
mas en verlo con armas blancas
acordóse de los pares,
acordóse de los palacios
del emperador su padre,
de justas, galas, torneos,
que por ella solían armare.
Con voz triste y muy llorosa
le empezara de llamare:
—Por Dios os ruego, caballero,
queráisos á mí llegare;
si sois cristiano ó moro
no me lo queráis negare;
daros he unas encomiendas,
bien pagadas os serane:
caballero, si á Francia ides
por Gayferos preguntade,
decidle que la su esposa
se le envía á encomendare,

que ya me parece tiempo
que la debía sacare.
Si no me deja por miedo
de con los moros peleare,
debe tener otros amores,
de mí no lo dejan acordare:
¡los ausentes por los presentes
ligeros son de olvidare!
Aun le diréis, caballero,
por darle mayor señale,
que sus justas y torneos
bien las supimos acae.
Y si estas encomiendas
no recibe con solace,
daréislas á Oliveros,
daréislas á don Roldane,
daréislas á mi señor
el emperador mi padre:
diréis como estó en Sansueña,
en Sansueña esa ciudade;
que si presto no me sacan
mora me quieren tornare:
casarme han con el rey moro
que está allende la mare:
de siete reyes de moros
reina me hacen coronare;
según los reyes me acuitan
mora me harán tornare;
mas amores de Gayferos
no los puedo yo olvidare.—
Gayferos que esto oyera
tal respuesta le fué á dare:
—No lloréis vos, mi señora,
no queráis así llorare,
porque esas encomiendas
vos mesma las podéis dare,

que á mí allá dentro en Francia
Gayferos suelen nombrare.
Soy el infante Gayferos
señor de París la grande,
primo hermano de Oliveros,
sobrino de don Roldane,
amores de Melisendra
son los que acá me traen.—
Melisendra qu'esto vido
conosciólo en el hablare,
tiróse de la ventana,
la escalera fué á tomare,
salióse para la plaza
donde lo vido estare.
Gayferos cuando la vido
presto la fué á tomare;
abrázala con sus brazos
para haberla de besare.
Allí estaba un perro moro
por los cristianos guardare;
las voces daba tan altas
que al cielo quieren llegare.
Al alarido del moro
la ciudad mandan cerrare:
siete veces la rodean,
no hallan por do escapare.
Presto sale el rey Almanzor
de la mezquita rezare:
veréis tocar la trompeta
apriesa y no de vagare,
veréis armar caballeros
y en caballos cabalgare,
tantos se arman de los moros
que gran cosa es de mirare.
Melisendra que lo vido
en una priesa tan grande,

con una voz delicada
le empezara de hablare:
—Esforzado don Gayferos
no querades desmayare,
que los buenos caballeros
son para necesidade:
¡ si d'esta escapáis, Gayferos,
harto tenéis que contare!
¡ Ya quisiera Dios del cielo
y Santa María su madre
fuese tal vuestro caballo
como el de don Roldane!
Muchas veces le oí decir
en el palacio imperiale,
que si se hallaba cercado
de moros en algún lugare,
al caballo aprieta la cincha,
y aflojábale el pretale,
hincábale las espuelas
sin ninguna piedade:
el caballo es esforzado,
de otra parte va á saltare.—
Gayferos de qu'esto oyó
presto se fuera á apeare;
al caballo aprieta la cincha,
y aflojábale el pretale;
sin poner pié en el estribo
encima fué á cabalgare,
y Melisendra á las ancas,
que presto las fué tomare.
El cuerpo le da y cintura
porque lo pueda abrazare
al caballo hinca la espuela
sin ninguna piedade.
Corriendo venían los moros
apriesa y no de vagare;

las grandes voces que daban
al caballo hacen saltare.
Cuando fueron cerca los moros
la rienda le fué á largare;
el caballo era ligero,
púsolo de la otra parte.
El rey moro qu'esto vido
mandó abrir la ciudade;
siete batallas de moros
todos de zaga le vane.
Volviéndose iba Gayferos,
no cesaba de mirare;
de que vido que los moros
le empezaban de cercare,
volvióse á Melisendra,
empezóle de hablare:
—No os enojéis, mi señora,
seráos fuerza aquí apeare,
y en esta grande espesura
podéis, señora, aguardare,
que los moros son tan cerca,
de fuerza nos han de alcanzare,
vos, señora, no traéis armas
para haber de peleare;
yo, pues que las traigo buenas,
quiérolas ejercitare.—
Apeóse Melisendra
no cesando de rezare,
las rodillas puso en tierra,
las manos fué á levantare,
los ojos puestos al cielo
no cesando de rezare:
sin que Gayferos volviese
el caballo fué á aguijare.
Cuando huia de los moros
parece no puede andare,

y cuando iba hacia ellos
iba con furor tan grande,
que del rigor que llevaba
la tierra hacía temblare.
Donde vido la morisma
entre ellos fuera á entrare:
si bien pelea Gayferos,
el caballo mucho mase.
Tantos mata de los moros
que no hay cuento ni pare;
de la sangre que salía
el campo cubierto se hae.
El rey Almanzor qu'esto vido
empezara de hablare:
—¡Oh válasme tú, Alá!
¿Esto qué podía estare?
¡Que tal fuerza de caballero
en pocos se puede hallare!
Debe ser el encantado
ese paladín Roldane,
ó debe ser el esforzado
Renaldos de Montalvane,
ó es Urgel de la Marcha
esforzado y singulare;
no hay ninguno de los doce
que bastase hacer lo tale.
Gayferos que esto oyó
tal respuesta le fué á dare:
—Calles, calles, el rey moro,
calles, y no digas tale,
muchos otros hay en Francia,
que tanto como estos valen;
yo no soy ninguno d'ellos,
mas yo me quiero nombrare:
soy el infante Gayferos,
señor de París la grande,

primo hermano de Oliveros,
sobrino de don Roldane.—
El rey Almanzor que lo oyera
con tal esfuerzo hablare,
con los más moros que pudo
se entrara en la ciudade.
Solo quedaba Gayferos,
no halló con quien peleare;
volvió riendas al caballo
por Melisendra buscare:
Melisendra que lo vido
á recibir se lo sale;
vídole las armas blancas,
tintas en color de sangre.
Con voz muy triste y llorosa
le empezó de preguntare:
—Por Dios os ruego, Gayferos,
por Dios os quiero rogare,
si traéis alguna herida
queráismela vos mostrare,
que los moros eran tantos
quizá os habrán hecho male.
Con las mangas de mi camisa
os la quiero yo apretare,
y con la mi rica toca
yo os las entiendo sanare.
—Calledes, dijo Gayferos,
infanta, no digáis tale,
por más que fueran los moros
no me podían hacer male,
qu'estas armas y caballo
son de mi tío don Roldane;
caballero que las trujere
no podía peligrare.
Cabalgad presto, señora,
que no es tiempo de aquí estare;

antes que los moros tornen
los puertos hemos pasare.—
Ya cabalga Melisendra
en un caballo alazane;
razonando van de amores,
de amores, que no de al;
ni de los moros han miedo
ni d'ellos nada se dane:
con el placer de ambos juntos
no cesan de caminare,
de noche por los caminos,
de día por los jarales,
comiendo las yerbas verdes
y agua si pueden hallare,
hasta que entraron en Francia
y en tierra de cristiandade:
si hasta allí alegres fueron,
mucho más de allí adelante.
Á la entrada de un monte,
y á la salida de un valle,
caballero de armas blancas
de lejos vieron asomare:
Gayferos desque lo vido
la sangre vuelto se le hae,
diciendo á su señora:
—¡Esto es más de recelare,
que aquel caballero que asoma
gran esfuerzo es el que trae!
Que sea cristiano ó moro,
fuerza será peleare:
apeaos vos, mi señora,
y vení de mí á la pare.—
De la mano le traía
no cesando de llorare.
Lléganse los caballeros,
comienzan aparejare

las lanzas y los escudos
en són de bien peleare.
Los caballos ya de cerca
comienzan de relinchare;
mas conociólo Gayferos
y empezara de hablare:
—Perded cuidado, señora,
y tornad á cabalgare,
que el caballo que allí viene
mío es en verdade;
yo le dí mucha cebada
y más le entiendo de dare;
las armas según que veo
mías son otro que tale,
y aun aquel es Montesinos
que á mí me viene á buscare,
que cuando yo me partí
no estaba en la ciudade.—
Plugo mucho á Melisendra
que aquello fuese verdade.
Ya que se van acercando
cuasi juntos á la pare,
con voz alta y crecida
empiézanse de interrogare.
Conóscense los dos primos
entonces en el hablare;
apeáronse á gran priesa,
muy grandes fiestas se hacen.
De que hubieron hablado
tornaron á cabalgare:
razonando van de amores,
de otro no quieren hablare.
Andando por sus jornadas
en tierra de cristiandade,
cuantos caballeros hallan
todos los van compañare,

y dueñas á Melisendra,
doncellas otro que tale.
Al cabo de pocos días
á París van á llegare:
siete leguas de la ciudad
el emperador les sale;
con él sale Oliveros,
con él sale don Roldane,
con él el infante Guarinos,
almirante de la mare,
con él sale don Bermúdez
y el buen viejo don Beltrane,
con él muchos de los doce
que á su mesa comen pane,
y con él iba doña Alda,
la esposica de Roldane;
con él iba Julianesa,
la hija del rey Juliane;
dueñas, damas y doncellas
las más altas de linaje.
El emperador abraza su hija
no cesando de llorare;
palabras que le decía
dolor eran de escuchare.
Los doce á don Gayferos
gran acatamiento le hacen
tiénenlo por esforzado
mucho más de allí adelante,
pues que sacó á su esposa
de muy gran captividade:
las fiestas que le hacían
no tienen cuento ni pare.

XVII

El nacimiento de Montesinos—I

(Anónimo)

Muchas veces oí decir
y á los antiguos contar,
que ninguno por riqueza
no se debe de ensalzar,
ni por pobreza que tenga
se debe menospreciar.
Miren bien, tomando ejemplo,
dó buenos suelen mirar,
cómo el conde, á quien Grimaltos
en Francia suelen llamar,
llegó en las cortes del Rey
pequeño y de poca edad.
Fué luégo paje del Rey
del más secreto lugar;
porque él era muy discreto,
y de él se podía fiar:
y después de algunos tiempos,
cuando más entró en edad,
le mandó ser camarero
y secretario real:
y después le dió un condado,
por mayor honra le dar;
y por darle mayor honra
y estado en Francia sin par
lo hizo gobernador,
que el reino pueda mandar.
Por su virtud y nobleza,
y grande esfuerzo sin par
le quiso tomar por hijo,

y con su hija le casar.
Celebráronse las fiestas
con placer y sin pesar.
Ya después de algunos días
de sus honras y holgar,
el Rey le mandó al conde
que le fuese á gobernar
y poner cobro en las tierras
que le fuera á encomendar.
Pláceme, dijera el conde,
pues no se puede excusar.
Ya se ordena la partida,
y el Rey manda aparejar
sus caballeros y damas
para haber de acompañar.
Ya se partía el buen conde
con la condesa á la par,
y caballeros y damas
que no le quieren dejar.
Por la gran virtud del conde
no se pueden apartar:
de París hasta León
le fueron á acompañar.
Vuélvense para París
después de placer tomar:
las nuevas que dan al Rey
es descanso de escuchar,
de cómo rige á León
y le tiene á su mandar,
y el estado de su Alteza
como lo hacía acatar.
De tales nuevas el Rey
gran placer fuera á tomar.
No prosigo más del Rey,
sino que lo dejo estar.
Tornemos á Don Grimaltos

cómo empieza á gobernar,
bien querido de los grandes,
sin la justicia negar,
trata á todos de tal suerte,
que á ninguno da pesar.
Cinco años él estuvo
sin al buen Rey ir á hablar,
ni del conde á él ir quejas,
ni de sentencia apelar;
mas fortuna que es mudable,
y no puede sosegar,
quiso serle tan contraria
por su estado le quitar.
Fué el caso que Don Tomillas
quiso en traición tocar:
revolvióle con el Rey
por más le escandalizar,
diciéndole que su yerno
se le quiere rebelar,
y que en villas y ciudades
sus armas hace pintar,
y por señor absoluto
él se manda intitular,
y en las villas y lugares
guarnición quiere dejar.
Cuando el Rey aquesto oyera
tuvo d'ello gran pesar,
pensando en las mercedes
que al conde le fuera á dar.
¡Sólo por buenos servicios
le pusiera en tal lugar,
y después por galardón
tal traición le ordenar!
Él ha determinado
de hacerle justiciar.
Dejemos lo de la corte,

y al conde quiero tornar,
que estando con la condesa
una noche á bel folgar,
adurmióse el buen conde,
recordara con pesar;
las palabras que decía
son de dolor y pesar:
—¿Qué te hice, vil fortuna?
¿Por qué te quieres mudar
y quitarme de mi silla
en que el Rey me fué á sentar?
¡Por falsedad de traidores
causarme tanto de mal!
Que según yo creo y pienso
no lo puede otro causar.—
Á las voces que da el conde
su mujer fué á despertar;
recordó muy espantada
de verle así hablar,
y hacer lo que no solía,
y de condición mudar.
—¿Que habéis, mi señor el conde?
¿En qué podéis vos pensar?
—No pienso en otro, señora,
sino en cosa de pesar,
porque un triste y mal sueño
alterado me hace estar.
Aunque en sueños no fiemos,
no sé á qué parte lo echar,
que parecía muy cierto
que ví una águila volar.
Siete halcones tras ella
mal aquejándola van,
y ella por guardarse d'ellos
retrújose á mi ciudad;
encima de una alta torre

allí se fuera á asentar;
por el pico echaba fuego,
por las alas alquitrán;
el fuego que d'ella sale
la ciudad hace quemar:
á mí quemaba las barbas,
y á vos quemaba el brial.
¡Cierto tal sueño como este
no puede ser sino mal!
Esta es la causa, condesa,
que me sentiste quejar.
—Bien lo merecéis, buen conde,
si d'ello os viene algún mal,
que bien há los cinco años,
que en corte no os ven estar,
y sabéis vos bien, el conde,
quién allí os quiere mal,
que es el traidor de Tomillas
que no suele reposar:
yo no lo tengo á mucho
que ordene alguna maldad.
Mas, señor, si me creéis,
mañana antes de yantar
mandad hacer un pregón
por toda esa ciudad,
que vengan los caballeros
que están á vuestro mandar,
y por todas vuestras tierras
también los mandéis llamar,
que para cierta jornada
todos se hayan de juntar.
Desque todos estén juntos
decirles heis la verdad,
que queréis ir á París
para con el Rey hablar,
y que se aperciban todos

para en tal caso os honrar.
Según d'ellos sois querido,
creo no os podrán faltar:
iros heis con todos ellos
á París, esa ciudad,
besaréis la mano al Rey
como la soléis besar,
y entonces sabréis, señor,
lo que él os quiere mandar;
que si enojo de vos tiene
luégo os lo demostrará,
y viendo vuestra venida
bien se le podrá quitar.
—Pláceme, dijo, señora,
vuestro consejo tomar.—
Pártese el conde Grimaltos
á París, esa ciudad,
con todos sus caballeros
y otros que él pudo juntar.
Desque fué cerca París
bien quince millas y más,
mandó parar á su gente,
sus tiendas mandó armar,
hizo aposentar los suyos
cada cual en su lugar.
Luégo el Rey dél hubo cartas,
respuesta no quiso dar.
Cuando el conde aquesto vido
en París se fué á entrar;
fuérase para el palacio
donde el Rey solía estar;
saludó á todos los grandes,
la mano al Rey fué á besar
el Rey de muy enojado
nunca se la quiso dar,
antes más le amenazaba

por su muy sobrado osar,
que habiendo hecho tal traición
en París osase entrar;
jurando que por su vida
se debía maravillar
cómo, visto lo presente,
no lo hacía degollar;
y si no hubiera mirado
su hija no deshonrar,
que antes que el día pasara
lo hiciera justiciar:
mas por dar á él castigo,
y á otros escarmentar
le mandó salir del reino
y que en él no pueda estar.
Plazo le dan de tres días
para del reino vaciar
y el destierro es de esta suerte:
que gente no ha de llevar,
caballeros, ni criados
no le hayan de acompañar,
ni lleve caballo ó mula
en que pueda cabalgar:
moneda de plata y oro
deje, y aun la de metal.
Cuando el conde esto oyera
¡ved cuál podía estar!
Con voz alta y rigurosa,
cercado de gran pesar,
como hombre desesperado
tal respuesta le fué á dar:
—Por desterrarme tu Alteza
consiento en mi desterrar;
mas quien de mí tal ha dicho,
miente y no dice verdad,
que nunca hice traición,

ni pensé en maldad usar;
mas si Dios me da la vida
yo haré ver la verdad.—
Ya se sale de Palacio
con doloroso pesar;
fuése á casa de Oliveros,
y allí halló á Don Roldán.
Contábales las palabras
que con el Rey fué á pasar;
despidiéndose está d'ellos,
pues les dijo la verdad,
jurando que nunca en Francia
lo verían asomar,
si no fuese castigado
quien tal cosa fué á ordenar.
Ya se despedía d'ellos;
por París comienza á andar
despidiéndose de todos
con quién solía conversar.
Despidióse de Valdovinos
y del romano Fincán,
y del gastón Angeleros,
y del viejo Don Beltrán,
y del duque Don Estolfo,
de Malgesí otro que tal,
y de aquel solo invencible
Reinaldos de Montalván.
Ya se despide de todos
para su viaje tomar.
La condesa fué avisada,
no tardó en París entrar:
derecha fué para el Rey,
sin con el conde hablar,
diciendo que de su Alteza
se quería maravillar,
cómo al buen conde Grimaltos

lo quisiese así tratar;
que sus obras nunca han sido
de tan mal galardonar,
y que suplica á su Alteza
que en ello mande mirar,
y si el conde no es culpado
que al traidor haga pagar
lo que el conde merecía
si aquello fuese verdad,
y así será castigado
quien lo tal fué á ordenar.
Cuando el Rey aquesto oyera
luégo la mandó callar,
diciendo que si más habla
como á él la ha de tratar,
y que le es muy excusado
por el conde le rogar,
pues quien por traidores ruega
traidor se pueda llamar.
La condesa qu'esto oyera,
llorando con gran pesar,
descendióse del palacio
para el conde ir á buscar.
Viéndose ya con el conde
se llegó á lo abrazar;
lo que el uno y el otro dicen
lástima era de escuchar:
—¿Este es el descanso, conde,
que me habíades de dar?
¡No pensé que mis placeres
tan poco habían de durar!
Mas en ver que sin razón,
por placer nos dan pesar,
quiero que cuando vais, conde
cuenta d'ello sepáis dar.
Yo os demando una merced,

no me la queráis negar,
porque cuando nos casamos
hartas me habíades de dar.
Yo nunca las he habido,
aún las tengo de cobrar,
ahora es tiempo, buen conde,
de haberlas de demandar.
—Excusado es, la condesa,
eso ahora demandar,
porque jamás tuve cosa
fuera de vuestro mandar,
que cuánto vos demandéis
por mi fe de lo otorgar.
—Es, señor, que donde fuéredes
con vos me hayáis de llevar.
—Por la fe que yo os he dado
no se os puede negar;
mas de las penas que siento
esta es la más principal,
porque perderme yo solo
este perder es ganar,
y en perderos vos, señora,
es perder sin más cobrar;
mas pues así lo queréis,
no queramos dilatar.
¡Mucho me pesa, condesa,
porque no podáis andar,
que siendo niña y preñada
podríades peligrar!
Mas pues fortuna lo quiere
recibidlo sin pesar,
que los corazones fuertes
se muestran en tal lugar.—
Tómanse mano por mano,
sálense de la ciudad;
con ellos sale Oliveros,

y ese paladín Roldán,
también el Dardín Dardeña,
y ese romano Fincán,
y ese gastón Angeleros,
y el fuerte Meridán:
con ellos va Don Reinaldos,
y Valdovinos el galán,
y ese duque Don Estolfo,
y Malgesí otro que tal;
las dueñas y las doncellas
también con ellos se van:
cinco millas de París
los hubieron de dejar.
El conde y condesa solos
tristes se habían de quedar:
cuando partirse tenían
no se podían hablar.
Llora el conde y la condesa,
sin nadie les consolar,
porque no hay grande ni chico
que estuviese sin llorar.
¡Pues las damas y doncellas,
que allí hubieron de llegar,
hacen llantos tan extraños,
que no los oso contar,
porque mientras pienso en ellos
nunca me puedo alegrar!
Mas el conde y la condesa
vanse sin nada hablar:
los otros caen en tierra
con la sobra del pesar:
otros crecen más sus lloros
viendo cuán tristes se van.
Dejo de los caballeros
que á París quieren tornar;
vuelvo al conde y la condesa,

que van con gran soledad
por los yermos y asperezas
do gente no suele andar.
Llegado el tercero día.
en un áspero boscaje
la condesa de cansada
triste no podía andar.
Rasgáronse sus servillas,
no tiene ya que calzar:
de la aspereza del monte
los piés no podía alzar;
do quiera que el pié ponía
bien quedaba la señal.
Cuando el conde aquesto vido,
queriéndola consolar,
con gesto muy amoroso
la comenzó de hablar:
—No desmayedes, condesa,
mi bien, queráis esforzar,
que aquí está una fresca fuente
do el agua muy fría está:
reposaremos, condesa,
y podremos refrescar.—
La condesa que esto oyera
algo el paso fué á alargar,
y en llegando á la fuente
las rodillas fué á hincar.
Dió gracias á Dios del cielo.
que la trujo en tal lugar,
diciendo:—¡Buen agua es esta
para quien tuviese pan!
Estando en estas razones
el parto le fué á tomar,
y allí pariera un hijo.
que es lástima de mirar
la pobreza en que se hallan

sin poderse remediar.
El conde cuando vió el hijo
comenzóse de esforzar;
con el sayo que traía
al niño fué á cobijar;
también se quitó la capa
por á la madre abrigar;
la condesa tomó el niño
para darle de mamar.
El conde estaba pensando
qué remedio le buscar,
que pan ni vino no tienen,
ni cosa con que pasar.
La condesa con el parto
no se puede levantar;
tomóla el conde en los brazos
sin ella el niño dejar,
súbelos á una alta sierra
para más lejos mirar.
En unas breñas muy hondas
grande humo vió estar,
tomó su mujer y hijo,
para allá les fué á llevar.
Entrando en la espesura
luégo al encuentro le sale
un virtuoso ermitaño
de reverencia muy grande:
el ermitaño que los vido
comenzóles de hablar:
—¡Oh válgame Dios del cielo!
¿Quién aquí os fué á aportar?
Porque en tierra tan extraña
gente no suele habitar,
sino yo que por penitencia
hago vida en este valle.—
El conde le respondió

con angustia y con pesar:
—Por Dios te ruego, ermitaño,
que uses de caridad,
que después habremos tiempo
de cómo vengo, á contar;
mas para esta triste dueña
dame que la pueda dar,
que tres días con sus noches
há que no ha comido pan,
que allá en esa fuente fría
el parto le fué á tomar.—
El ermitaño que esto oyera,
movido de gran piedad
llevóles para la ermita
dó él solía habitar.
Dióles del pan que tenía,
y agua, que vino no hay:
recobró algo la condesa
de su flaqueza muy grande.
Allí le rogó el conde
quiera el niño bautizar.
—Pláceme, dijo, de grado;
¿mas cómo le llamarán?
—Como quisiéredes, padre,
el nombre le podréis dar.
—Pues nació en ásperos montes
Montesinos le dirán.—
Pasando y viniendo días,
todos vida santa hacen;
bien pasaron quince años,
que el conde de allí no parte.
Mucho trabajó el buen conde
en haberle de enseñar
á su hijo Montesinos
todo el arte militar,
la vida de caballero

cómo la había de usar,
cómo ha de jugar las armas,
y qué honra ha de ganar,
cómo vengará el enojo
que al padre fueron á dar.
Muéstrale en leer y escribir
lo que le puede enseñar,
muéstrale jugar á tablas,
y cebar un gavilán.
Á veinte y cuatro de junio,
día era de San Juan,
padre y hijo paseando
de la ermita se van;
encima de una alta sierra
su suben á razonar.
Cuando el conde alto se vido,
vido á París la ciudad.
Tomó al hijo por la mano,
comenzóle de hablar,
con lágrimas y sollozos
no deja de suspirar.

XVIII

Montesinos se venga de Tomillas—II

(Anónimo)

Cata Francia, Montesinos,
cata París la ciudad,
cata las aguas de Duero,
dó van á dar en la mar;
cata palacios del Rey,
cata los de Don Beltrán,
y aquella que ves más alta

y que está en mejor lugar
es la casa de Tomillas,
mi enemigo mortal.
Por su lengua difamada
me mandó el Rey desterrar,
y he pasado á causa d'esto
mucha sed, calor y hambre,
trayendo los piés descalzos,
las uñas corriendo sangre.
Á la triste madre tuya
por testigo puedo dar,
que te parió en una fuente
sin tener en qué te echar.
Yo triste quité mi sayo
para haber de cobijarte;
ella me dijo llorando
por te ver tan mal pasar:
—Tomes este niño, conde,
y lléveslo á cristianar;
Llamédesle Montesinos,
Montesinos le llamad.—
Montesinos que lo oyera
los ojos volvió á su padre;
las rodillas por el suelo
empezóle de rogar
le quisiese dar licencia,
que en París quiere pasar,
y tomar sueldo del Rey
si se lo quisiere dar,
por vengarse de Tomillas,
su enemigo mortal;
que si sueldo del Rey toma
todo se puede vengar.
Ya que despedirse quieren
á su padre fué á rogar
que á la triste de su madre

él la quiera consolar,
y de su parte le diga
que á Tomillas va buscar.
—Pláceme, dijera el conde,
hijo, por te contentare. —
Ya se parte Montesinos
para en París entrare,
y en entrando por las puertas
luégo quiso preguntar
por los palacios del Rey
que se los quieran mostrar.
Los que se lo oían decir
dél se empiezan á burlar;
viéndolo tan mal vestido
piensan que es loco, ó truhán:
en fin, muéstranle el palacio,
entró en la sala real,
halló que comía el Rey,
don Tomillas á la par.
Mucha gente está en la sala,
por él no quieren mirar.
Desque hubieron ya comido
al'jedrez van á jugar
solos el Rey y Tomillas
sin nadie á ellos hablar,
si no fuera Montesino
que llegó á los mirar;
mas el falso Don Tomillas,
en quien nunca hubo verdad,
jugara una treta falsa,
donde no pudo callar
el noble de Montesinos,
y publica su maldad.
Don Tomillas qu'esto oyera,
con muy gran riguridad
levantando la su mano

un bofetón le fué á dar.
Montesinos con el brazo
el golpe le fué á tomar,
y echando mano al tablero
á Don Tomillas fué á dar
un tal golpe en la cabeza,
que le hubo de matar.
Murió el perverso dañado,
sin valerle su maldad.
Alborótanse los grandes
cuantos en la sala están:
prendieron á Montesinos
y queríanlo matar,
sino qu'el Rey mandó á todos
que no le hiciesen mal,
porque él quería saber
quién le dió tan grande osar;
que no sin algún misterio
él no osaría tal obrar.
Cuando el Rey le interrogara,
él dijera la verdad.
—Sepa tu real Alteza
soy tu nieto natural;
hijo soy de vuestra hija,
la que hicisteis desterrar
con el conde Don Grimaltos,
vuestro servidor leal,
y por falsa acusación
le quisiste maltratar:
mas agora vuestra Alteza
puédese d'ello informar;
qu'el falso de Don Tomillas
sepan si dijo verdad,
y si pena yo merezco,
buen Rey, mándamela dar,
y también si no la tengo

mandédesme de soltar,
y al buen conde y la condesa
los mandéis ir á buscar,
y los tornéis á sus tierras
como solían estar.—
Cuando el Rey aquesto oyera
no quiso más escuchar.
Aunque veía ser su nieto,
quiso saber la verdad,
y supo que Don Tomillas
ordenó aquella maldad
por envidia que les tuvo
al ver su prosperidad.
Cuando el Rey la verdad supo
al buen conde hizo llamar:
gente de á pié y de á caballo
iban por le acompañar,
y damas por la condesa
como solía llevar.
Llegado junto á París
dentro no quería entrar,
porque cuando dél salieron
los dos fueron á jurar
que las puertas de París
nunca las vieran pasar.
Cuando el Rey aquello supo
luégo mandó derribar
un pedazo de la cerca
por dó pudiesen pasar
sin quebrar el juramento
qu'ellos fueron á jurar:
llévanlos á los palacios
con mucha solemnidad,
y hácenlos muy ricas fiestas
cuantos en la corte están.
Caballeros, dueñas, damas

les vienen á visitar,
y el Rey delante de todos
por mayor honra les dar,
les dijo que había sabido
cómo era todo maldad,
lo que dijo Don Tomillas
cuando lo hizo desterrar;
y porque sea más creído
allí les tornó á firmar
todo lo que antes tenían,
y el gobierno general,
y que después de sus días
el reino haya de heredar
el noble de Montesinos,
y así lo mandó firmar.

XIX

Durandarte moribundo recomienda á Montesinos que lleve su corazón á Belerma

(Anónimo)

¡Oh Belerma! ¡oh Belerma!
Por mi mal fuiste engendrada,
que siete años te serví
sin de ti alcanzar nada;
agora que me querías
muero yo en esta batalla.
No me pesa de mi muerte
aunque temprano me llama;
más pésame que de verte
y de servirte dejaba.
¡Oh mi primo Montesinos!
Lo que agora yo os rogaba,

que cuando yo fuere muerto
y mi ánima arrancada,
vos llevéis mi corazón
adonde Belerma estaba,
y servidla de mi parte,
como de vos yo esperaba,
y traedle mi memoria
dos veces cada semana;
y diréisle que se acuerde
cuán cara que me costaba;
y dadle todas mis tierras
las que yo señoreaba;
pues que yo á ella pierdo,
todo el bien con ella vaya.
¡Montesinos, Montesinos!
¡Mal me aqueja esta lanzada!
El brazo traigo cansado,
y la mano del espada:
traigo grandes las heridas,
mucha sangre derramada,
los extremos tengo fríos,
y el corazón me desmaya;
que ojos que nos vieron ir
nunca nos verán en Francia.
Abracéisme, Montesinos,
que ya se me sale el alma.
De mis ojos ya no veo,
la lengua tengo turbada;
á vos doy todos mis cargos,
en vos yo los traspasaba.
—El Señor en quien creéis
él oiga vuestra palabra.—
Muerto yace Durandarte
al pié de una alta montaña:
llorábalo Montesinos,
que á su muerte se hallara:

quitándole está el almete.
desciñéndole el espada;
hácele la sepultura
con una pequeña daga:
sacábale el corazón,
como él se lo jurara,
para llevarlo á Belerma,
como allí se lo mandara.
Las palabras que le dice
de allá le salen del alma:
—¡Oh mi primo Durandarte!
¡Primo mío de mi alma!
¡Espada nunca vencida!
¡Esfuerzo dó esfuerzo estaba!
¡Quien á vos mató, mi primo,
no sé por qué me dejara!

XX

Batalla contra Marsín

(Anónimo)

Domingo era de Ramos,
la Pasión quieren decir,
cuando moros y cristianos
todos entran en la lid.
Ya desmayan los franceses,
ya comienzan de huir,
¡oh cuán bien los esforzaba
ese Roldán paladín!
—¡Vuelta, vuelta, los franceses,
con corazón, á la lid!
¡Más vale morir por buenos,
que deshonrados vivir!—
Ya volvían los franceses

con corazón á la lid;
á los encuentros primeros
mataron sesenta mil.
Por las sierras de Altamira
huyendo va el rey Marsín,
caballero en una cebra,
no por mengua de rocín.
La sangre que dél corría
las yerbas hace teñir;
las voces que iba dando
al cielo quieren subir.
—¡Reniego de ti, Mahoma,
y de cuánto hice por ti!
Hícete cuerpo de plata,
piés y manos de un marfil;
hícete casa de Meca
donde adorasen en ti,
y por más te honrar, Mahoma,
cabeza de oro te fiz.
Sesenta mil caballeros
á ti te los ofrecí;
mi mujer la reina mora
te ofreció otros treinta mil.

XXI

Muerte de D. Beltrán en Roncesvalles

(Anónimo)

En los campos de Alventosa
mataron á don Beltrán,
nunca lo echaron menos
hasta los puertos pasar.
Siete veces echan suertes
quién lo volverá á buscar;

todas siete le cupieron
al buen viejo de su padre;
las tres fueron por malicia,
y las cuatro con maldad.
Vuelve riendas al caballo,
y vuélveselo á buscar
de noche por el camino,
de dia por el jaral.
Por la matanza va el viejo,
por la matanza adelante;
los brazos lleva cansados
de los muertos rodear:
no hallaba al que buscaba,
ni menos la su señal;
vido todos los franceses
y no vido á don Beltrán.
Maldiciendo iba el vino,
maldiciendo iba el pan,
el que comían los moros,
que no el de la cristiandad:
maldiciendo iba el árbol
que solo en el campo nasce,
que todas las aves del cielo
allí se vienen á asentar,
que de rama ni de hoja
no le dejaban gozar:
maldiciendo iba el caballero,
que cabalgaba sin paje;
si se le cae la lanza
no tiene quien se la alce,
y si se le cae la espuela
no tiene quién se la calce:
maldiciendo iba la mujer
que tan solo un hijo pare;
si enemigos se lo matan
no tiene quién lo vengar.

Á la entrada de un puerto,
saliendo de un arenal,
vido en esto estar un moro
que velaba en un adarve:
hablóle en algarabía,
como aquel que bien la sabe:
—Por Dios te ruego, el moro,
me digas una verdad:
caballero de armas blancas
si lo viste acá pasar,
y si tú lo tienes preso,
á oro lo pesarán,
y si tú lo tienes muerto,
désmelo para enterrar,
pues que el cuerpo sin el alma
solo un dinero no vale.
—Ese caballero, amigo,
dime tú qué señas trae.
—Blancas armas son las suyas,
y el caballo es alazán,
en el carrillo derecho
él tenía una señal,
que siendo niño pequeño
se la hizo un gavilán.
—Este caballero, amigo,
muerto está en aquel pradal;
las piernas tiene en el agua,
y el cuerpo en el arenal:
siete lanzadas tenía
desde el hombro al calcañal,
y otras tantas su caballo
desde la cincha al pretal.
No le dés culpa al caballo,
que no se la puedes dar;
siete veces lo sacó
sin herida y sin señal,

y otras tantas lo volvió
con gana de pelear.

XXII

Doña Alda llora la muerte de Roldán

(Anónimo)

En París está doña Alda,
la esposa de don Roldán,
trescientas damas con ella
para la acompañar:
todas visten un vestido,
todas calzan un calzar,
todas comen á una mesa,
todas comían de un pan,
si no era sola doña Alda,
que era la mayoral.
Las ciento hilaban oro,
las ciento tejen cendal,
las ciento instrumentos tañen
para doña Alda holgar.
Al són de los instrumentos
doña Alda adormido se ha:
ensoñado había un sueño,
un sueño de gran pesar.
Recordó despavorida
y con un pavor muy grande,
los gritos daba tan grandes,
que se oían en la ciudad.
Allí hablaron sus doncellas,
bien oiréis lo que dirán:
—¿Qué es aquesto, mi señora?
¿Quién es el que os hizo mal?
—Un sueño soñé, doncellas,

que me ha dado gran pesar;
que me veía en un monte
en un desierto lugar:
bajo los montes muy altos
un azor vide volar,
tras dél viene una aguililla
que lo afincaba muy mal.
El azor con grande cuita
metióse so mi brial;
el aguililla con grande ira
de allí lo iba á sacar;
con las uñas lo despluma
con el pico lo deshace.—
Allí habló su camarera,
bien oiréis lo que dirá:
—Aquese sueño, señora,
bien os lo entiendo soltar:
el azor es vuestro esposo,
que viene de allende el mar;
el águila sedes vos,
con la cual ha de casar,
y aquel monte es la iglesia
donde os han de velar.
—Si así es, mi camarera,
bien te lo entiendo pagar.—
Otro día de mañana
cartas de fuera le traen;
tintas venían de dentro,
de fuera escritas con sangre,
que su Roldán era muerto
en la caza de Roncesvalles.

XXIII

El almirante Guarinos

(Anónimo)

¡Mala la visteis, franceses,
la caza de Roncesvalles!
Don Carlos perdió la honra,
murieron los doce Pares,
cativaron á Guarinos
almirante de las mares:
los siete reyes de moros
fueron en su cativare.
Siete veces echan suertes
cual d'ellos lo ha de llevare;
todas siete le cupieron
á Marlotes el infante.
Más lo preciara Marlotes
que Arabia con su ciudade.
Dícele d'esta manera,
y empezóle de hablare:
—Por Alá te ruego, Guarinos,
moro te quieras tornar;
de los bienes d'este mundo
yo te quiero dar asaz.
De dos hijas que yo tengo
yo te las quería dare,
la una para el vestir,
para vestir y calzare
la otra para tu mujer,
tu mujer la naturale.
Darte he en arras y dote
Arabia con su ciudade;
si más quisieres, Guarinos,
mucho más te quiero dare.—

Allí fablara Guarinos,
bien oiréis lo que dirá:
—¡No lo mande Dios del cielo
ni Santa María su madre,
que deje la fe de Cristo
por la de Mahoma tomar,
que esposica tengo en Francia,
con ella entiendo casar!—
Marlotes con gran enojo
en cárceles lo manda echar
con esposas á las manos
porque pierda el pelear;
el agua hasta la cinta
porque pierda el cabalgar;
siete quintales de fierro
desde el hombro al calcañar.
En tres fiestas que hay en el año
le mandaba justiciar;
la una Pascua de Mayo,
la otra por Navidad,
la otra Pascua de Flores,
esta fiesta general.
Vanse días, vienen días,
venido era el de Sant Juan,
donde cristianos y moros
hacen gran solemnidad.
Los cristianos echan juncia,
y los moros arrayán;
los judíos echan neas
por la fiesta más honrar.
Marlotes con alegría
un tablado mandó armar,
ni más chico ni más grande,
que al cielo quiere llegar.
Los moros con alegría
empiezan de le tirar:

tira el uno, tira el otro,
no llegan á la metad.
Marlotes con enconía
un pregón mandara dar,
que los chicos no mamasen,
ni los grandes coman pan,
hasta que aquel tablado
en tierra haya de estar.
Oyó el estruendo Guarinos
en las cárceles do está:
—¡Oh válasme Dios del cielo
y Santa María su Madre!
Ó casan hija del rey,
ó la quieren desposar,
ó era venido el día
que me quieren justiciar.—
Oídolo ha el carcelero
que cerca se fué á hallar:
—No casan hija de rey,
ni la quieren desposar,
ni es venida la Pascua
que te suelen azotar;
mas era venido un día,
el cual llaman de Sant Juan,
cuando los que están contentos
con placer comen su pan.
Marlotes de gran placer
un tablado mandó armar;
el altura que tenía
al cielo quiere llegar.
Hanle tirado los moros,
no le pueden derribar;
Marlotes de enojado
un pregón mandara dar,
que ninguno no comiese
hasta habello derribar.—

Allí respondió Guarinos,
bien oiréis qué fué á hablar:
—Si vos me dáis mi caballo,
en que solía cabalgar,
y me diésedes mis armas,
las que yo solía armar,
y me diésedes mi lanza,
la que solía llevar,
aquellos tablados altos
yo los entiendo derribar,
y si no los derribase
que me mandasen matar.—
El carcelero qu'esto oyera
comenzóle de hablar:
—¡Siete años había, siete
que estás en este lugar,
que no siento hombre del mundo
que un año pudiese estar,
y aun dices que tienes fuerzas
para el tablado derribar!
Mas espera tú, Guarinos,
que yo lo iré á contar
á Marlotes el infante
por ver lo que me dirá.—
Ya se parte el carcelero,
ya se parte, ya se va;
siendo cerca del tablado
á Marlotes hablado ha:
—Una nueva vos traía,
queráismela escuchar:
sabed que aquel prisionero
aquesto dicho me ha:
que si le diesen su caballo,
el que solía cabalgar,
y le diesen las sus armas,
que él se solía armar,

que aquestos tablados altos
él los entiende derribar.—
Marlotes de qu'esto oyera
de allí lo mandó sacar;
por mirar si en caballo
el podría cabalgar,
mandó buscar su caballo,
y mandáraselo dar,
que siete años son pasados
que andaba llevando cal.
Armáronlo de sus armas,
que bien mohosas están.
Marlotes desque lo vido,
con reir y con burlar
dice que vaya al tablado
y lo quiera derribar.
Guarinos con grande furia
un encuentro le fué á dar,
que más de la mitad dél
en el suelo lo fué á echar.
Los moros de qu'esto vieron
todos le quieren matar;
Guarinos como esforzado
comenzó de pelear
con los moros, que eran tantos,
que el sol querían quitar.
Peleara de tal suerte
que él se hubo de soltar,
y se fuera á la su tierra
á Francia la natural:
grandes honras le hicieron
cuando le vieron llegar.

XXIV

Angélica y Medoro

(De D. Luís de Góngora)

En un pastoral albergue,
que la guerra entre unos robles
lo dejó por escondido,
ó lo perdonó por pobre;
do la paz viste pellico
y conduce entre pastores,
ovejas del monte al llano
y cabras del llano al monte;
mal herido, y bien curado
se alberga un dichoso joven,
que sin clavarle Amor flechas
le coronó de favores.
Las venas con poca sangre,
los ojos con mucha noche
le halló en el campo aquella
vida y muerte de los hombres.
Del palafrén se derriba,
no porque al moro conoce,
sino por ver que la yerba,
tanta sangre paga en flores.
Límpiale el rostro, y la mano
siente al Amor que se esconde
tras las rosas, que la muerte
va violando sus colores.
Escondióse tras las rosas,
porque labren sus arpones
el diamante de Catay
con aquella sangre noble.
Ya le regala los ojos,

ya le entra, sin ver por dónde,
una piedad mal nacida
entre dulces escorpiones.
Ya es herido el pedernal,
ya despide al primer golpe
centellas de una piedad
hija de padres traidores.
Yerba le aplica á las llagas,
que si no sanan entonces,
en virtud de tales manos
lisonjean los dolores.
Amor le ofrece su venda,
mas ella sus velos rompe
para ligar sus heridas,
¡los rayos del sol perdonen!
Los últimos ñudos daba,
cuando el cielo la socorre
de un villano, en una yegua
que iba penetrando el bosque.
Enfrénanle de la bella
las tristes piadosas voces,
que los firmes troncos mueven
y las sordas piedras oyen;
y la que mejor se halla
en las selvas, que en la corte,
simple bondad, al pío ruego
cortésmente corresponde.
Humilde se apea el villano,
y sobre la yegua pone
un cuerpo casi sin alma;
pero con dos corazones.
Á su cabaña los guía,
que el sol deja el horizonte,
y el humo de su cabaña
les va sirviendo de norte.
Llegaron temprano á ella,

do una labradora acoge
un mal vivo con dos almas,
una ciega con dos soles.
Blando heno en vez de pluma
para lecho les compone.
que será tálamo luégo
do el garzón sus dichas logre.
Las manos pues cuyos dedos
d'esta vida fueron dioses
restituyen á Medoro
salud nueva, fuerzas dobles,
y le entregan, cuando menos,
su beldad y un reino en dote,
segunda envidia de Marte,
primera dicha de Adonis.
Corona un lascivo enjambre
de cupidillos menores
la choza, bien como abejas
hueco tronco de alcornoque.
¡Qué de ñudos le está dando
á un áspid la vida torpe,
contando de las palomas
los arrullos gemidores!
¡Qué bien la destierra Amor
haciendo la cuerda azote,
porque el caso no se infame
y el lugar no se inficione.
Todo es gala el Africano,
su vestido espira olores,
el lunado arco suspende,
y el corvo alfanje depone:
tórtolas enamoradas
son sus roncos atambores
y los volantes de Venus
sus bien seguidos pendones.
Desnuda el pecho anda ella,

vuela el cabello sin orden,
si lo abrocha es con claveles,
con jazmines si lo coge.
El pié calza en lazos de oro
porque la nieve se goce,
y no se vaya por piés
la hermosura del orbe.
Todo sirve á los amantes;
plumas les baten veloces
airecillos lisonjeros,
si no son murmuradores.
Los campos les dan alfombras,
los árboles pabellones,
la apacible fuente sueño,
música los ruiseñores:
los troncos les dan cortezas
en que se guarden sus nombres,
mejor que en tablas de mármol,
ó que en láminas de bronce.
No hay verde fresno sin letra
ni blanco chopo sin mote;
si un valle Angélica suena,
otro Angélica responde.
Cuevas do el silencio apenas
deja que las sombras moren,
profanan con sus abrazos
á pesar de sus horrores.
¡Choza pues, tálamo y lecho
contestes d'estos amores,
el cielo os guarde si puede
de las locuras del conde!

ROMANCES HISTÓRICOS

I

Rodrigo abre la cueva encantada de Toledo

(Anónimo)

Don Rodrigo, rey de España,
por la su corona honrar,
un torneo en Toledo
ha mandado pregonar:
sesenta mil caballeros
en él se han ido á juntar.
Bastecido el gran torneo,
queriéndole comenzar,
vino gente de Toledo
por le haber de suplicar
que á la antigua casa de Hércules
quisiese un candado echar,
como sus antepasados
lo solían costumbrar.
El Rey no puso el candado,
mas todos los fué á quebrar,
pensando que gran tesoro

Hércules debía dejar.
Entrando dentro en la casa
nada otro fuera hallar
sino letras que decían:
«Rey has sido por tu mal;
»que el rey que esta casa abriere
»á España tiene quemar.»
Un cofre de gran riqueza
hallaron dentro un pilar,
dentro d'l nuevas banderas
con figuras de espantar;
alárabes de caballo
sin poderse menear,
con espadas á los cuellos,
ballestas de bien tirar.
Don Rodrigo pavoroso
no curó de más mirar.
Vino un águila del cielo,
la casa fuera quemar.
Luégo envía mucha gente
para África conquistar:
veinte y cinco mil caballeros
dió al conde Don Julián,
y pasándolos el conde
corría fortuna en la mar:
perdió doscientos navíos,
cien galeras de remar,
y toda la gente suya,
sino cuatro mil no más.

II

Rodrigo fugitivo y derrotado

(Anónimo)

Las huestes del rey Rodrigo
desmayaban y huían

cuando en la octava batalla
sus enemigos vencian.
Rodrigo deja sus tierras
y del real se salía:
solo va el desventurado,
que no lleva compañía.
El caballo de cansado,
ya mudar no se podía:
camina por donde quiere,
que no le estorba la vía.
El Rey va tan desmayado
que sentido no tenía:
muerto va de sed y hambre,
que de velle era mancilla;
y va tan tinto de sangre,
que una brasa parecía.
Las armas lleva abolladas,
que eran de sangre perdida;
la espada lleva hecha sierra
de los golpes que tenía;
el almete de abollado
en la cabeza se hundía;
la cara llevaba hinchada
del trabajo que sufría.
Subióse encima de un cerro
el más alto que veía:
desde allí mira su gente
cómo iba de vencida.
De allí mira sus banderas,
y estandartes que tenía,
cómo están todos pisados
que la tierra los cubría.
Mira por los capitanes
que ninguno parescía;
mira el campo tinto en sangre,
la cual á arroyos corría.

El triste de ver aquesto
gran mancilla en sí tenía;
llorando de los sus ojos
d'esta manera decía:
—Ayer era rey de España,
hoy no lo soy de una villa;
ayer villas y castillos,
hoy ninguno poseía;
ayer tenía criados
y gente que me servía,
hoy no tengo una almena
que pueda decir que es mia.
¡Desdichada fué la hora,
desdichado fué aquel día
en que nací y heredé
la tan grande señoría,
pues lo había de perder
todo junto y en un día!
¡Oh muerte! ¿por qué no vienes
y llevas esta alma mía
de aqueste cuerpo mezquino,
pues te se agradecería?

III

Rodrigo penitente, y su muerte

(Anónimo)

Después que el rey Don Rodrigo
á España perdido había,
íbase desesperado
por donde más le placía.
Métese por las montañas
las más espesas que vía,
porque no le hallen los moros

que en su seguimiento iban.
Topado há con un pastor
que su ganado traía,
díjole:—¿Díme, buen hombre,
lo que preguntar quería
es si hay por aquí poblado
ó alguna casería
donde pueda descansar,
que gran fatiga traía?—
El pastor respondió luégo
que en balde la buscaría,
porque en todo aquel desierto
sólo una ermita había,
adonde está un ermitaño,
que hacía muy santa vida.
El Rey fué alegre de esto
por allí acabar su vida.
Pidió al hombre que le diese
de comer, si algo tenía:
el pastor sacó un zurrón,
que siempre en él pan traía;
dióle dél, y de un tasajo
que acaso allí echado había.
El pan era muy moreno,
al Rey muy mal le sabía;
las lágrimas se le salen,
detener no las podía
acordándose en su tiempo
los manjares que comía.
Después que hubo descansado
por la ermita le pedía,
el pastor le enseñó luégo
por donde no erraría.
El Rey le dió una cadena,
y un anillo que traía:
joyas son de gran valor

que el Rey en mucho tenía.
Comenzando á caminar,
cuando el sol se retraía,
á la ermita es ya llegado
que el pastor dicho le había.
Él dando gracias á Dios
luégo á rezar se metía;
después que hubo rezado
para el ermitaño se iba:
hombre es de autoridad.
que bien se le parecía.
Preguntóle el ermitaño
cómo allí fué su venida;
el Rey, los ojos llorosos,
aquesto le respondía:
—El desdichado Rodrigo
yo soy, que rey ser solía:
vengo á hacer penitencia
contigo en tu compañía;
no recibas pesadumbre,
por Dios y Santa María.—
El ermitaño se espanta,
por consolallo decía:
—Vos cierto habéis elegido
camino cual convenía
para vuestra salvación,
que Dios os perdonaría.—
El ermitaño á Dios ruega
por si le revelaría
la penitencia que diese
al Rey, que le convenía.
Fuéle luégo revelado,
de parte de Dios, un día,
que le meta en una tumba
con una culebra viva,
y esto tome en penitencia

por el mal que hecho había.
El ermitaño al Rey
muy alegre se volvía:
contóselo todo al Rey
como pasado le había.
El Rey d'esto muy gozoso
luégo en obra lo ponia.
Métese como Dios manda
para allí acabar su vida,
y el ermitaño muy santo
mírale al tercero día.
Dice:—¿Cómo os va, buen Rey?
¿Vaos bien con la compañía?
—Hasta ahora no me ha tocado
porque Dios no lo quería:
ruega por mí, el ermitaño,
porque acabe bien mi vida.—
El ermitaño lloraba,
gran compasión le tenía:
comenzóle á consolar
y esforzar cuánto podía.
Después vuelve el ermitaño
á ver si ya muerto había:
halla que estaba rezando
y que gemía y plañía.
Preguntóle cómo estaba:
—Dios es en ayuda mía,
respondió el buen rey Rodrigo:
la culebra me comía;
cómeme ya por la parte
que todo lo merecía,
por donde fué el principio
de la mi muy gran desdicha.—
El ermitaño lo esfuerza,
el buen Rey allí moría:
aquí acabó el rey Rodrigo,
al cielo derecho se iba.

IV

Negando serlo, reta Bernardo á los que le decían bastardo

(Anónimo)

Por las riberas de Arlanza
Bernardo del Carpio cabalga
con un caballo morcillo
enjaezado de grana,
gruesa lanza en la mano,
armado de todas armas.
Toda la gente de Burgos
le mira como espantada,
porque no se suele armar
sino á cosa señalada.
También lo miraba el rey,
que fuera vuela una garza:
diciendo estaba á los suyos:
—Esta es una buena lanza:
si no es Bernardo del Carpio,
este es Muza el de Granada.—
Ellos estando en aquesto,
Bernardo que allí llegaba,
ya sosegado el caballo
no quiso dejar la lanza;
mas puesta encima del hombro
al rey d'esta suerte hablaba.
—Bastardo me llaman, rey,
siendo hijo de tu hermana,
y del noble Sancho Díaz;
ese conde de Saldaña:
dicen que ha sido traidor,
y mala mujer tu hermana.

Tú y los tuyos lo habéis dicho,
que otro ninguno no osara:
mas quien quiera que lo ha dicho
miente por medio la barba;
mi padre no fué traidor,
ni mi madre mujer mala,
porque cuando fuí engendrado
ya mi madre era casada.
Pusiste á mi padre en hierros,
y á mi madre en orden santa,
y porque no herede yo
quieres dar tu reino á Francia.
Morirán los castellanos
antes de ver tal jornada:
montañeses, y leoneses,
y esa gente esturiana,
y ese rey de Zaragoza
me prestará su compaña
para salir contra Francia
y darle cruda batalla;
y si buena me saliere,
será el bien de toda España;
si mala, por la república
moriré yo en la demanda.
Mi padre mando que sueltes
pues me diste la palabra;
si no, en campo, como quiera
te será bien demandada.

V

Quiere el rey por sorpresa prender á Bernardo, mas éste prevenido, lo evita, haciéndose temer.

(Anónimo)

Con cartas sus mensajeros
el rey al Carpio envió;
Bernardo, como es discreto,
de traición se receló:
las cartas echa en el suelo
y al mensajero ansí habló:
—Mensajero eres amigo,
non merecéis culpa, non;
mas al rey que acá te envía
dígasle tú esta razón:
que no le estimo yo á él,
ni aun á cuantos con él son;
mas, por ver lo que me quiere,
todavía allá iré yo.—
Y mandó juntar los suyos:
d'esta suerte les habló:
—Cuatrocientos sois los míos,
los que comedes mi pan:
los ciento irán al Carpio,
para el Carpio guardar;
los ciento por los caminos,
que á nadie dejen pasar;
doscientos iréis conmigo
para con el rey hablar;
y si malo me aviniere
lo peor será tornar. —
Por sus jornadas contadas
á la corte fué á llegar.

—Dios os mantenga, buen rey,
y á cuantos con vos están.
—Mal vengades vos, Bernardo,
traidor, hijo de mal padre:
dite yo el Carpio en tenencia,
tú tómaslo de heredad.
—Engañáisvos vos, el rey,
et non decides verdad;
que si yo fuese traidor,
á vos os cabía en parte.
Acordársevos debía
de aquella del Encinal,
cuando gentes extranjeras
allí os trataron tan mal,
que os mataron el caballo,
y aun á vos querían matar.
Bernardo, como traidor,
d'entre ellos vos fué á sacar:
allí me distes el Carpio
de juro y de heredad:
prometístesme á mi padre,
non me guardastes verdad.
—Prendedlo, mis caballeros,
que igualado se me ha.
—Aquí, aquí, mis doscientos,
los que comedes mi pan,
que hoy era venido el dia
que honra debemos ganar.—
El rey, de que aquesto viera,
d'esta suerte fué á hablar:
—¿Qué ha sido aquesto Bernardo,
que así enojado te has?
¿Lo que hombre dice de burla
de veras lo vas tomar?
Yo te do el Carpio, Bernardo,
de juro y de heredad.

—Aquestas burlas, el rey,
no son burlas de burlar;
llemástesme de traidor,
traidor, hijo de mal padre:
el Carpio yo no le quiero,
bien lo podéis vos guardar,
que cuando yo lo quisiere,
muy bien lo sabré ganar.

VI

Bodas de Ruy Velázquez con D.ª Lambra, y odios contra los Laras

(Anónimo)

¡Ay Dios, qué buen caballero
fué don Rodrigo de Lara,
que mató cinco mil moros
con trescientos que llevaba!
Si aqueste muriera entonces,
¡qué gran fama que dejara!
No matara sus sobrinos
los siete infantes de Lara,
ni vendiera sus cabezas
al moro que las llevara.
Ya se trataban las bodas
con la linda doña Lambra:
las bodas se hacen en Burgos,
las tornabodas en Salas:
las bodas y tornabodas
duraron siete semanas;
las bodas fueron muy buenas,
las tornabodas muy malas.
Ya convidan por Castilla,
por Castilla y por Navarra:

tanta viene de la gente
que no hallaban posadas,
y aún faltaban por venir
los siete infantes de Lara.
—*Helos, helos por dó vienen*
por aquella vega llana.
Sálelos á recebir
la su madre doña Sancha.
—*Bien vengades, los mis fijos,*
buena sea vuesa llegada.
—*Norabuena estéis, señora,*
nuesa madre doña Sancha.—
Ellos le besan las manos,
y ella á ellos en la cara.
—Huelgo de veros á todos,
que ninguno no faltara,
porque á vos, mi Gonzalvico,
y á todos mucho os amaba.
Tornad á cabalgar, hijos,
y tomad las vuestras armas,
y allá os iréis á posar
al barrio de Cantarranas.
Por Dios os ruego, mis hijos,
no salgáis de las posadas,
porque en semejantes fiestas
se urden buenas lanzadas.—
Ya cabalgan los infantes
y se van á sus posadas;
hallaron las mesas puestas,
viandas aparejadas.
Después que hubieron comido
pidieron juegos de tablas,
si no fuera Gonzalvico
que su caballo demanda,
y muy bien puesto en la silla
se sale para la plaza,

en donde halló á don Rodrigo
que á una torre tira varas,
y con fuerza muy crecida
á la otra parte pasaban.
Gonzalvico que esto viera,
las suyas también tiraba:
las suyas que pesan mucho
á lo alto no llegaban.
Doña Lambra qu'esto vido,
d'esta manera le hablaba:
—Amad, ó dueñas, amad
cada cual en su lugar;
más vale mi caballero
que cuatro de los de Salas.—
Cuando Sancha aquesto oyó
respondió muy enojada:
—Calledes, Lambra, calledes,
non digáis la tal palabra,
que si mis fijos lo saben
ante ti te lo mataran.
—Calledes vos, doña Sancha,
que tenéis por qué callar,
pues paristes siete fijos,
como puerca en muladar.—
Gonzalvico qu'esto oyera
esta respuesta le da:
—Yo te cortaré las faldas
por vergonzoso lugar,
por cima de las rodillas
un palmo y mucho más.—
Al llanto de doña Lambra
don Rodrigo fué á llegar:
—¿Qu'es aquesto, doña Lambra?
¿Quién os pretendió enojar?
Si me lo dices, yo entiendo
que te lo he de bien vengar,

porque á dueña tal que vos
todos la deben honrar.

VII

Pelean los de Lara contra los moros: muere Nuño Salido, su ayo, y Fernán González, el mayor de ellos.

(Anónimo)

¿Quién es aquel caballero
que tan gran traición hacía?
Ruy Velázquez es de Lara,
que á sus sobrinos vendía.
En el campo de Almenar
á los Infantes decía
que fuesen á correr moros,
que él los acorrería,
que habrían muy gran ganancia,
muchos captivos traerían.
Ellos en aquesto estando
grandes gentes parecían;
más de diez mil son los moros,
las enseñas traen tendidas.
Los Infantes le preguntan
qué gente es la que venía.
—No hayáis miedo, mis sobrinos,
Ruy Velázquez respondía,
todos son moros astrosos,
moros de poca valía,
que viendo que vais á ellos
á huir luégo echarían;
y si ellos vos aguardan
yo en vuestro socorro iría:

corrílos yo muchas veces,
ninguno lo defendía.
Á ellos id, mis sobrinos,
no mostredes cobardía.—
¡Palabras son engañosas
y de muy grande falsía!
Los Infantes como buenos
con moros arremetían;
caballeros son doscientos
los que su guarda seguían.
Él á furto de cristianos
á los moros se venía.
Díjoles que sus sobrinos
no escape ninguno á vida,
que les corten las cabezas
qu'él no los defendería.
Docientos hombres no más
llevaban en compañía.
Don Nuño que ir los vido
ido había por su espía,
y cuando oyó las palabras
que á los moros les decía,
daba muy grandes las voces
que en el cielo las ponía.
—¡Don Ruy Velázquez traidor,
el mayor que ser podría!
¿Á tus sobrinos infantes
á la muerte los traías?
Mientras el mundo durare
durará tu alevosía,
y la falsedad que has hecho
contra la tu sangre misma.—
Después que aquesto hubo dicho,
á los infantes volvía,
díjoles:—Armaos, mis hijos,
que vuestro tío os vendía:

de consuno es con los moros,
ya concertado tenían
que os maten á todos juntos.—
Ellos armáronse aína:
las quince huestes de moros
á todos cerco ponían;
don Nuño, que era su ayo,
gran esfuerzo les ponía:
—Esforzaos, non temades,
haced lo que yo hacía:
á Dios yo vos encomiendo,
mostrad vuestra valentía.—
En la delantera haz
don Nuño herido había
y muerto muchos de moros,
mas á él muerto lo habían.
Los infantes arremeten
con la su caballería:
mezcláronse con los moros,
á muchos quitan la vida.
Los cristianos eran pocos,
veinte moros á uno había;
mataron á los cristianos,
que á vida ninguno finca;
solos quedan los hermanos,
que ninguna ayuda habían.
Encomendáronse á Dios,
Santiago, valme, decían:
hirieron recio en los moros,
gran matanza les hacían,
no osan estar delante
que gran braveza traían.
Fernán González menor
á sus hermanos decía:
—Esforzaos, mis hermanos,
lidiemos con valentía,

mostremos gran corazón
contra aquesta morería.
Ya no habemos ayuda,
sólo Dios darla podía;
ya murió Nuño Salido,
y nuestra caballería:
venguémoslos ó muramos,
nadie muestre cobardía.
Que desque estemos cansados
esta sierra nos valdría.—
Volvieron á pelear,
¡oh qué reciamente lidian!
Muchos matan de los moros,
á otros muchos herían;
muerto han á Fernán González,
seis solos quedado habían.
Cansados ya de lidiar
á la sierra se subían;
limpiáronse los sus rostros
que sangre y polvo teñían.

VIII

Juramentados los castellanos, salen á libertar á su conde, al cual hallan en el camino, ya libre, por una heróica traza de su desposada doña Sancha

(Anónimo)

Juramento llevan hecho,
todos juntos á una voz,
de no volver á Castilla
sin el conde, su señor.
La imagen suya de piedra

llevan en un carretón,
resueltos, si atrás no vuelve,
de no volver ellos, non,
y el que paso atrás volviere
que quedase por traidor.
Alzaron todos las manos,
en señal que se juró.
Acabado el homenaje,
pusiéronle su pendón,
y besáronle la mano
desde el chico hasta el mayor,
y como buenos vasallos,
caminan para Arlanzón
al paso que andan los bueyes
y á las vueltas que da el sol.
Desierta dejan á Burgos
y pueblos al rededor,
solas quedan las mujeres
y aquellos que niños son:
tratando van del concierto
del caballo y del azor,
si ha de hacer libre á Castilla
del feudo que da á León;
y antes de entrar en Navarra,
toparon junto al mojón
al conde Fernán González,
en cuya demanda son,
con su esposa Doña Sancha,
que con astucia y valor
le sacó de Castroviejo
con el engaño que usó.
Con sus hierros y prisiones
venían juntos los dos
en la mula que tomaron
á aquel preste cazador.
Al estruendo de las armas

el conde se alborotó;
mas conociendo á los suyos,
d'esta manera habló:
—¿Dó venís, mis castellanos?
Digádesmelo, por Dios:
¿cómo dejáis mis castillos
á peligro de Almanzor?—
Allí habló Nuño Laínez:
—Íbamos, señor, por vos,
á quedar presos ó muertos,
ó sacaros de prisión.

IX

Querellas entre Fernán González y el rey de León, Sancho I, llamado el Gordo

(Anónimo)

Castellanos y leoneses
tienen grandes divisiones.
El conde Fernán González
y el buen rey D. Sancho Ordóñez,
sobre el partir de las tierras
ahí pasan malas razones:
llamábanse hi-de-putas,
hijos de padres traidores;
echan mano á las espadas,
derriban ricos mantones:
no les pueden poner treguas
cuantos en la corte sone,
y pónenselas dos frailes,
aquesos benditos monjes,
qu'el uno es tío del rey,
el otro hermano del conde.

Pónenlas por quince días,
que non pueden por más, no,
que se vayan á los prados
que dicen de Carrión.
Si mucho madruga el rey,
el conde non dormía, non;
el conde partió de Burgos,
y el rey partió de León.
Venido se han á juntar
al vado de Carrión,
y á la pasada del rio
movieron una cuestión:
los del rey que pasarían,
y los del conde que non.
El rey, como era risueño,
la su mula revolvió;
el conde con lozanía
su caballo arremetió;
con el agua y el arena
al buen rey le salpicó.
Allí hablara el buen rey,
su gesto muy demudado:
—Buen conde Fernán González,
mucho sois desmesurado:
si no fuera por las treguas
que los monjes nos han dado,
la cabeza de los hombros
ya yo os la hubiera quitado,
y con la sangre vertida
yo tiñera aqueste vado.—
El conde le respondiera,
como aquel que era osado:
—Eso que decís, buen rey,
véolo mal aliñado;
vos venís en gruesa mula,
yo en un ligero caballo;

vos traéis sayo de seda,
yo traigo un arnés tranzado;
vos traéis alfanje de oro,
yo traigo lanza en mi mano;
vos traéis cetro de rey,
y yo un venablo acerado;
vos con guantes olorosos,
yo con los de acero claro;
vos con la gorra de fiesta,
yo con un casco afinado;
vos traéis ciento de mula,
yo trescientos de á caballo.—
Ellos en aquesto estando,
los frailes que han allegado:
—¡Tate, tate, caballeros!
¡Tate, tate, fijosdalgo!
¡Cuán mal cumplistes las treguas
que nos habíades mandado!—
Allí hablara el buen rey:
—Yo las cumpliré de grado.—
Pero respondiera el conde:
—Yo de piés puesto en el campo.—
Cuando vido aquesto el rey,
no quiso pasar el vado;
vuélvese para sus tierras;
malamente va enojado.
Grandes bascas va haciendo,
reciamente va jurando
que había de matar al conde
y destruir su condado.
Mandó pues llamar á cortes;
por los grandes ha enviado:
todos ellos son venidos,
y solo el conde ha faltado.
Mensajero se le hace
á que cumpla su mandado:

el mensajero que fué
d'esta suerte le ha hablado.

X

Sancho I de León requiere á Fernán González, que como feudatario asista á las cortes

(Anónimo)

—Buen conde Fernán González,
el rey envía por vos,
que vayades á las cortes
que se hacian en León;
que si vos allá vais, conde,
daros han buen galardón,
daros ha á Palenzuela
y á Palencia la mayor;
daros ha á las nueve villas,
con ellas á Carrión;
daros ha á Torquemada,
la torre de Mormojón;
daros ha á Tordesillas,
y á Torre de Labatón,
y si más quisierdes, conde,
daros han á Carrión.
Buen conde, si allá non ides,
daros os han por traidor.—
Allí respondiera el conde
y dijera esta razón:
—Mensajero eres, amigo,
non mereces culpa, non,
que yo no he miedo al rey,
ni á cuantos con él son.
Villas y castillos tengo,
todos á mi mandar son,

d'ellos me dejó mi padre,
d'ellos me ganara yo:
los que me dejó mi padre
poblélos de ricos hombres,
los que yo me hube ganado
poblélos de labradores;
quien no tenía más que un buey,
dábale otro, que eran dos;
al que casaba su hija
dóile yo muy rico dón;
al que faltaban dineros
también se los presto yo:
cada día que amanece,
por mí hacen oración;
no la hacían por el rey,
que no la merece, non;
él les puso muchos pechos.
y quitáraselos yo.

XI

Niéganse los nobles á pechar los cinco maravedises que Alfonso VIII les imponía

(Anónimo)

En esa ciudad de Burgos
en cortes se habían juntado
el rey que venció las Navas
con todos los hijosdalgo.
Habló con Don Diego el rey,
con él se había consejado,
que era señor de Vizcaya
de todos el más privado.
—Consejédesme, don Diego,

que estoy muy necesitado,
que con las guerras que he hecho
gran dinero me ha faltado.
Querría llegarme á Cuenca,
no tengo lo necesario;
si os pareciese. don Diego,
por mí será demandado
que cinco maravedís
me peche cada hijodalgo.
—Grave cosa me parece,
le respondiera el de Haro,
que querades vos, señor,
al libre hacer tributario;
mas por lo mucho que os quiero
de mí seréis ayudado,
porque yo soy principal,
y de mí os será pagado.—
Siendo juntos en las cortes,
el rey se lo había hablado;
levantado está don Diego,
como ya estaba acordado.
—Justo es lo que pide el rey,
por nadie le sea negado,
mis cinco maravedís
hélos aquí de buen grado.—
Don Nuño, conde de Lara,
mucho mal se había enojado;
pospuesto todo temor,
desta manera ha hablado:
—Aquellos donde venimos
nunca tal pecho han pagado,
nos, menos lo pagaremos,
ni al rey tal le será dado.
El que quisiere pagarle
quede aquí como villano,
váyase luégo tras mí

el que fuere hijodalgo.—
Todos se salen tras él,
de tres mil, tres han quedado,
en el campo de la Clera
todos allí se han juntado.
El pecho que el rey demanda
en las lanzas lo han atado,
envíanle á decir
que el tributo está llegado,
que envíe sus cogedores
y luégo será pagado;
mas que si él va en persona
no será desacatado,
pero que enviase aquellos
de quien fuera aconsejado.
Cuando aquesto oyera el rey
y que solo se ha quedado,
volvióse para don Diego,
consejo le ha demandado.
Don Diego, como sagaz,
este consejo le ha dado:
—Desterrédesme, señor,
como que yo lo he causado,
y así cobraréis la gracia
de los vuestros hijosdalgo.—
Otorgó el rey el consejo;
á decir les ha enviado
que quien le dió tal consejo
será muy bien castigado,
que hidalgos de Castilla
no son para haber pechado.
Muy alegres fueron todos,
todo se hubo apaciguado;
desterraron á don Diego
por lo que no había pecado;
mas dende á pocos días

á Castilla fué tornado.
El bien de la lealtad
por ningún precio es comprado.

XII

Querellas de Alfonso X, por la rebelión de su hijo y por verse abandonado de todos

(Anónimo)

Yo salí de la mi tierra
para ir á Dios servir,
y perdí lo que había
desde mayo hasta abril,
todo el reino de Castilla,
hasta allá al Guadalquivir.
Los obispos y prelados
cuidé que metían paz
entre mí y el hijo mío,
como en su decreto yaz.
Estos dejaron aquesto,
y metieron mal asaz,
non á excuso, mas á voces,
bien como el añafil faz.
Falleciéronme parientes,
y amigos que yo había,
con haberes y con cuerpos
y con su caballería.
Ayúdeme Jesucristo
y su madre Santa María,
que yo á ellos me encomiendo,
de noche y también de día.
No he más á quien lo decir,
ni á quien me querellar,

pues los amigos que había
no me osan ayudar;
que por medio de don Sancho
desamparado me han:.
pues Dios no me desampare
cuando por mí ha de enviar;
ya yo oí otras veces
de otro rey así contar,
que con desamparo que hubo,
se metió en alta mar,
á se morir en las ondas
ó las venturas buscar;
Apolonio fué aqueste,
é yo haré otro tal.

XIII

Muerte de los Carvajales

Válasme, nuestra Señora,
cual dicen, de la Ribera,
donde el buen rey don Fernando
tuvo la su cuarentena.
Desde el miércoles corvillo
hasta el jueves de la Cena,
que el rey no se hizo la barba
ni peinó la su cabeza.
Una silla era su cama,
un canto por cabecera,
los cuarenta pobres comen
cada día á la su mesa.
De lo que á los pobres sobra
el rey hace la su cena,
con vara de oro en su mano
bien hace servir la mesa.

Dícenle sus caballeros
dónde irá á tener la fiesta.
—Á Jaén, dice, señores,
con mi señora la Reina.—
Después que estuvo en Jaén
y la fiesta hubo pasado,
pártese para Alcaudete
ese castillo nombrado:
el pié tiene en el estribo,
que aún no se había apeado,
cuando le daban querella
de dos hombres hijosdalgo,
y la querella le daban
dos hombres como villanos.
Abarcas traen calzadas
y aguijadas en las manos.
—Justicia, justicia, rey,
pues que somos tus vasallos,
de don Pedro Carvajal
y don Alfonso su hermano,
que nos corren nuestras tierras
y nos robaban el campo,
y nos fuerzan las mujeres
á tuerto y desaguisado.
Comíannos la cebada
sin después querer pagallo,
hacen otras desvergüenzas
que vergüenza era contallo.
—Yo haré d'ello justicia,
tornáos á vuestro ganado.—
Manda pregonar el rey
y por todo su reinado,
que cualquier que los hallase
le daría buen hallazgo.
Hallólos el Almirante
allá en Medina del Campo

comprando muy ricas armas,
jaeces para caballos.
—Presos, presos, caballeros
presos, presos, hijosdalgo.
—No por vos, el Almirante,
si de otro no traéis mandado.
—Estad presos, caballeros,
que del rey traigo recaudo.
—Plácenos, el Almirante,
por cumplir el su mandado.—
Por las sus jornadas ciertas
en Jaén habían entrado.
—Manténgate Dios, el rey.
—Mal vengades, hijosdalgo.—
Mándales cortar los piés,
mándales cortar las manos,
y mándalos despeñar
de aquella peña de Martos.
Allí hablara el uno d'ellos
el menor y más osado:
—¿Por qué lo haces, el rey?
¿Por qué haces tal mandado?
Querellámonos, el rey,
para ante Dios soberano,
que dentro de treinta días
vais con nosotros á plazo;
y ponemos por testigos
á San Pedro y á San Pablo:
por escribano ponemos
al apóstol Santiago.—
El rey no mirando en ello
hizo cumplir su mandado
por la falsa información
que los villanos le han dado,
y muertos los Carvajales,
que le habían emplazado,

antes de los treinta días
él se hallara muy malo:
y desque fueron cumplidos,
en el postrer día del plazo
fué muerto dentro en León
do la sentencia hubo dado.

XIV

Mata D. Pedro á su hermano D. Fadrique, y prende á D.ª Blanca su esposa, porque lloraba la muerte de su cuñado.

(Anónimo)

—Yo me estaba allá en Coimbra
que yo me la hube ganado,
cuando me vinieron cartas
del rey don Pedro mi hermano
que fuése á ver los torneos
que en Sevilla se han armado.
Yo, Maestre sin ventura,
yo, Maestre desdichado,
tomara trece de mula,
veinte y cinco de caballo,
todos con cadenas de oro
y jubones de brocado:
jornada de quince días
en ocho la había andado.
Á la pasada de un río,
pasándole por el vado,
cayó mi mula conmigo,
perdí mi puñal dorado,
ahogáraseme un paje
de los míos más privado,

criado era en mi sala
y de mí muy regalado.
Con todas estas desdichas
á Sevilla hube llegado;
á la puerta Macarena
encontréme un ordenado,
ordenado de Evangelio,
que misa no había cantado:
—Manténgate Dios, Maestre,
Maestre, bien seáis llegado,
hoy te ha nacido un hijo,
hoy cumples veinte y un años.
Si te pluguiese, Maestre,
volvamos á baptizallo,
que yo sería el padrino,
tú, Maestre, el ahijado.—
Allí hablara el Maestre,
bien oiréis lo que ha hablado:
—No me lo mandéis, señor,
padre, no queráis mandallo,
que voy á ver qué me quiere
el rey don Pedro mi hermano.—
Dí de espuelas á mi mula,
en Sevilla me hube entrado;
de que no ví tela puesta
ni ví caballero armado,
partíme para el alcázar
del rey don Pedro mi hermano.
En entrando por las puertas,
las puertas me habían cerrado,
quitáronme la mi espada,
la que yo traía al lado,
quitáronme mi compaña
la que me había acompañado.
Los míos desque esto vieron
de traición me han avisado,

que me saliese por fuera
que ellos me pondrían en salvo.
Yo como estaba sin culpa
de nada hube curado,
fuíme para el aposento
del rey don Pedro mi hermano:
—Manténgaos Dios, el buen rey,
y á todos de cabo á cabo.
—En mal hora vengáis, Maestre,
Maestre, mal seáis llegado:
nunca nos venís á ver
sino una vez en el año,
y esa que venís, Maestre,
es por fuerza ó por mandado.
Vuestra cabeza, Maestre,
mandada está en aguinaldo.
—¿Por qué es aqueso, buen rey?
Nunca hice desaguisado,
ni os dejé yo en la lid,
ni con moros peleando.
—Venid acá, mis porteros,
hágase lo que he mandado.—
Aún no lo hubo bien dicho,
la cabeza le han cortado;
á doña María de Padilla
en un plato la han enviado,
qu'así hablaba con ella
cual si viva hubiera estado.
Las palabras que le dice
d'esta suerte está hablando:
—Así pagaréis, traidor,
lo de antaño y lo de hogaño,
y el mal consejo que diste
al rey don Pedro tu hermano.—
Asióla por los cabellos,
echósela á un alano;

el alano es del Maestre,
púsola sobre un estrado,
y á los aullidos que daba
atronó todo el palacio.
Allí demandara el rey:
—¿Quién hace mal á ese alano?—
Allí respondieron todos
á los cuales ha pesado:
—Con la cabeza lo ha
del Maestre vuestro hermano.—
Allí hablara una su tía
que tía era de entrambos:
—¡Cuán mal lo mirastes, rey!
rey ¡qué mal lo habéis mirado!
por una mala mujer
habéis muerto un tal hermano.—
Aún no lo había bien dicho,
cuando ya le había pesado.
Fuése para doña María,
d'esta suerte le ha hablado:
—Prendedla, mis caballeros,
ponédmela á buen recaudo.
Yo la daré tal castigo
que á todos sea sonado.—
En cárceles muy escuras
allí la había aprisionado;
él mismo le da á comer,
él mismo con la su mano:
no se la fía á ninguno
sino á un paje que ha criado.

XV

Visión que tuvo el rey don Pedro para ver de convertirse á Dios

(Anónimo)

Por los campos de Jerez
á caza va el rey don Pedro:
en llegando á una laguna
allí quiso ver un vuelo.
Vido volar una garza,
disparóla un sacre nuevo,
remontárale un neblí,
á sus piés cayera muerto.
Á sus piés cayó el neblí,
túvolo por mal agüero.
Tanto volaba la garza,
parece llegar al cielo.
Por donde la garza sube
vió bajar un bulto negro;
mientras más se acerca el bulto,
más temor le va poniendo:
con el abajarse tanto,
parece llegar al suelo
delante de su caballo
á cinco pasos de trecho:
dél salió un pastorcico,
sale llorando y gimiendo,
la cabeza desgreñada,
revuelto trae el cabello,
con los piés llenos de abrojos
y el cuerpo lleno de vello;
en su mano una culebra
y en la otra un puñal sangriento;

en el hombro una mortaja,
una calavera al cuello:
á su lado de traílla
traía un perro negro:
los aullidos que daba
á todos ponían gran miedo,
y á grandes voces decía:
—Morirás, el rey don Pedro,
que mataste sin justicia
los mejores de tu reino:
mataste tu propio hermano
el Maestre, sin consejo,
y desterraste á tu madre:
á Dios darás cuenta d'ello.
Tienes presa á doña Blanca,
enojaste á Dios por ello,
que si tornas á quererla
darte há Dios un heredero,
y si no, por cierto sepas
te vendrá desmán por ello:
serán malas las tus hijas
por tu culpa y mal gobierno,
y tu hermano don Enrique
te habrá de heredar el reino:
morirás á puñaladas:
tu casa será el infierno.—
Todo esto recontado,
despareció el bulto negro.

XVI

Á ruego de la Padilla hace el rey D. Pedro matar á su esposa D.ª Blanca

(Anónimo)

—Doña María Padilla,
n'os mostréis tan triste vos,

que si me casé dos veces
hícelo por vuestra pro,
y por hacer menosprecio
á esa Blanca de Borbón,
que á Medinasidonia envío
á que me labre un pendón.
Será el color de su sangre,
de lágrimas la labor.
Tal pendón, doña María,
yo lo haré hacer para vos.—
Llamó luégo á Íñigo Ortiz,
un excelente varón:
díjole fuése á Medina
á dar fin á tal labor.
Respondiera Íñigo Ortiz:
—Aqueso no lo haré yo,
que quien mata á su señora
face aleve á su señor.—
El rey d'aquesto enojado
á su cámara se entró,
y á un ballestero de maza
el rey su ordenanza dió.
Aqueste vino á la reina
y hallóla en oración.
Cuando vido al ballestero
la su triste muerte vió.
Aquél le dijo: —Señora,
el rey acá me envió
á que ordenéis vuestra alma
con aquel que la crió,
que vuestra hora es llegada,
no puedo alargalla yo.
—Amigo, dijo la reina,
mi muerte os perdono yo:
si el rey mi señor lo manda,
hágase lo que ordenó.

Confesión no se me niegue,
porque pida á Dios perdón.—
Con lágrimas y gemidos
al macero enterneció,
y con voz flaca, temblando,
esto á decir comenzó:
—¡Oh Francia, mi noble tierra!
¡Oh mi sangre de Borbón!
Hoy cumplo dezisiete años
y en los deziocho voy:
el rey no me ha conocido,
con las vírgenes me voy.
Castilla, dí, ¿qué te hice?
Yo no te hice traición.
Las coronas que me diste
de sangre y sospiros son;
mas otra terné en el cielo,
que será de más valor. --
Y dichas estas palabras
el macero la hirió:
los sesos de su cabeza
por la sala los sembró.

XVII

El prior de San Juan astutamente burla las asechanzas del rey D. Pedro el Cruel, y evita que se apodere del castillo de Consuegra.

(Anónimo)

Don García de Padilla,
ese que Dios perdonase,
tomara al rey por la mano,
y apartólo en puridade:

– Un castillo hay en Consuegra,
qu'en el mundo no hay su pare.
Mejor es para vos, rey,
que lo sabréis sustentare.
No sufráis más que le tenga
ese prior de San Juane:
convidédesle, buen rey,
convidédesle á yantare.
La comida que le dierdes,
como dió Toro á don Juane,
que le cortéis la cabeza
sin ninguna piedade:
desque se la hayáis cortado,
en tenencia me lo dades.—
Ellos en aquesto estando
el Prior llegado hae.
—Mantenga Dios á tu Alteza
y á tu corona reale.
—Bien vengades, buen Prior;
digádesme la verdade:
¿el castillo de Consuegra
sepamos por quién estae?
—El castillo con la villa,
señor, á vuestro mandare.—
—Pues convídoos, el Prior,
para conmigo yantare.—
—Pláceme, dijo, buen rey,
de muy buena voluntade:
déme licencia tu Alteza,
licencia me quiera dare:
monjes nuevos son venidos
irélos á aposentare.
—Vais con Dios, Hernán Rodrigo:
luégo os queráis tornare.—
Vase luégo á la cocina,
do su cocinero estae:

así habla con él,
como si fuera su iguale:
—Tomes estos mis vestidos,
los tuyos me quieras dare,
y á hora de media noche
salirte has á paseare.—
Vase á la caballeriza
do su macho fué á hallare.
—¡Macho rucio, macho rucio,
Dios te me quiera guardare!
Ya de dos me has escapado,
con aquesta tres serane;
si de aquesta tú me escapas
luégo te entiendo aforrare.—
Presto le echara la silla,
comienza de cabalgare;
en allegando á Azoguejo
comenzó el macho á roznare:
media noche era por filo,
los gallos querían cantare,
cuando entraba por Toledo,
por Toledo, esa ciudade:
antes que cantara el gallo
á Consuegra fué á llegare.
Halló las guardas velando,
comiénzales de hablare:
—Digádesme, veladores,
digádesme la verdade:
¿el castillo de Consuegra
si sabéis por quién estae?
—El castillo con la villa
por el prior de San Juane.
—Pues abrid luégo las puertas;
catalde aquí donde estae.—
La guarda desque lo oyó
abriólas de par en pare.

—Tomases allá ese macho,
d'él muy bien quieras curare:
déjesme la vela á mí,
que yo la quiero velare.
¡Velá, velá, veladores,
asi mala rabia os mate;
que quien á buen señor sirve
este galardón le dane.—
El Prior estando en esto
el rey que llegado hae,
halló las guardas velando,
comenzóles de hablare.
—Decidme, los veladores,
que Dios os guarde de male,
¿el castillo de Consuegra
por quién se tiene ó estae?
—El castillo con la villa
por el prior de San Juane.
—Pues abrid luégo las puertas
que veislo aquí donde estae.
—Afuera, afuera, buen rey,
qu'el Prior llegado hae.—
—¡Macho rucio, dijo el rey,
muermo te quiera matare!
Siete caballos me has muerto
y con este ocho serane.
Abreme tú, buen Prior,
allá me dejes entrare:
por mi corona te juro
de no hacerte ningún male.
Hacéroslo, el buen rey,
agora en mi mano estae.—
Mandárale abrir la puerta,
dióle muy bien de cenare.

XVIII

Muere el rey D. Pedro á manos de su hermano bastardo D. Enrique

(Anónimo)

Los fieros cuerpos revueltos
entre los robustos brazos
están el cruel don Pedro
y don Enrique su hermano.
No son abrazos de amor
los que los dos se están dando,
que el uno tiene una daga
y otro un puñal acerado.
El rey tiene á Enrique estrecho
y Enrique al rey apretado,
uno en cólera encendido
y otro de rabia abrasado:
y en aquesta fiera lucha
sólo un testigo se ha hallado,
paje de espada de Enrique
que de afuera mira el caso.
Después de luchar vencidos
¡oh suceso desgraciado!
que ambos vinieron al suelo,
y Enrique cayó debajo.
Viendo el paje á su señor
en tan peligroso caso,
por detrás al rey se allega,
reciamente de él tirando,
diciendo:—No quito rey
ni pongo rey de mi mano,
pero hago lo que debo
al oficio de criado.—
Y dió con el rey de espaldas

y Enrique vino á lo alto,
hiriendo con un puñal
en el pecho del rey falso,
donde á vueltas de la sangre,
el vital hilo cortando,
salió el alma más cruel
que vivió en pecho cristiano.

XIX

Lamentan los leales castellanos la muerte de su rey D. Pedro, y los traidores partidarios del bastardo D. Enrique la celebran.

(Anónimo)

Á los piés de don Enrique
yace muerto el rey don Pedro,
más que por su valentía,
por voluntad de los cielos.
Al envainar el puñal
el pié le puso en el cuello,
que aun allí no está seguro
de aquel invencible cuerpo.
Riñeron los dos hermanos,
y de tal suerte riñeron,
que fuera Caín el vivo
á no haberlo sido el muerto.
Los ejércitos movidos
á compasión y contento,
mezclados unos con otros
corren á ver el suceso;
«y los de Enrique
»cantan, repican y gritan:
»viva Enrique; y los de Pedro

»clamorean, doblan, lloran
»su rey muerto.»
Unos dicen que fué justo,
otros dicen que mal hecho,
que el rey no es cruel si nace
en tiempo que importa serlo,
y que no es razón que el vulgo
con el rey éntre á consejo,
á ver si casos tan graves
han sido bien ó mal hechos;
y que los yerros de amor
son tan dorados y bellos,
cuanto la hermosa Padilla
ha quedado por ejemplo;
que nadie verá sus ojos
que no tenga al rey por cuerdo,
mientras que como otro Rodrigo
no puso fuego á su reino:
«y los de Enrique» etc.
Los que con ánimos viles,
ó por lisonja ó por miedo,
siendo del bando vencido
al vencedor siguen luégo,
valiente llaman á Enrique,
y á Pedro tirano y ciego,
porque amistad y justicia
siempre mueren con el muerto.
La tragedia del Maestre,
la muerte del hijo tierno,
la prisión de doña Blanca,
sirven de infame proceso.
Algunos pocos leales
dan voces, pidiendo al cielo
justicia, pidiendo al rey,
y mientras que dicen esto,
«los de Enrique» etc.

Llora la hermosa Padilla
el desdichado suceso
como esclava del rey vivo,
y como viuda del muerto.
¡Ay, Pedro, que muerte infame
te han dado malos consejos,
confianzas engañosas,
y atrevidos pensamientos!
Salió corriendo á la tienda,
y vió con triste silencio
llevar cubierto á su esposo
de sangre y de paños negros;
y que en otra parte á Enrique
le dan con aplauso el cetro.
Campanas tocan los unos,
y los otros, instrumentos;
«y los de Enrique» etc.
Como acrecienta el dolor
la envidia del bien ageno,
y el ver á los enemigos
con favorable succeso;
así la triste señora
llora y se deshace, viendo
cubierto á Pedro de sangre,
y Enrique de oro cubierto.
Echó al cabello la mano,
sin tener culpa el cabello,
y mezclando perlas y oro,
de oro y perlas cubrió el cuello:
quiso decir, Pedro, á voces,
villanos, vive en mi pecho,
mas poco le aprovechó;
y mientras lo está diciendo,
«los de Enrique» etc.
Rasgó las tocas mostrando
el blanco pecho encubierto,

como si fuera cristal
por donde se viera Pedro.
No la vieron los contrarios,
y vióla invidioso el cielo,
de ver en tan poca nieve
un elemento de fuego:
desmayóse, ya vencida
del poderoso tormento,
cubriendo los bellos ojos
muerte, amor, silencio y sueño.
Entre tanto el campo todo
aquí y allí van corriendo,
vencedores y vencidos,
soldados y caballeros;
«y los de Enrique
»cantan, repiten, y gritan:
»viva Enrique; y los de Pedro
»clamorean, doblan, lloran
»su rey muerto.»

XX

D. Juan primero de Castilla se salva de la batalla de Aljubarrota en el caballo que le da Pero González de Mendoza, el cual muere en ella peleando

(Anónimo)

—Si el caballo vos han muerto,
subid, rey, en mi caballo;
si en pié no podéis tenervos,
llegad, subirvos he en brazos.
Poned un pié en el estribo,
y el otro sobre mis manos;

catad que cresce el gentío:
magüer fine yo, salvadvos.
Un tanto es blando de boca,
bien como á tal sofrenadlo;
non vos empache el pavor;
dalde rienda y picad largo.
Lo que sembrastes en mí
vos lo torno mejorado,
que nunca la buena tierra
negó el fruto ningún año.
Non vos obligo en tal fecho
nin me fincáis adeudado,
que tal escatima deben
á los reyes sus vasallos:
y si es verdad lo que digo,
non dirán los castellanos
en oprobio de mis canas
que vos debo et non vos pago;
nin las dueñas de Castilla,
que á sus maridos fidalgos
dejo en el campo difuntos,
é salgo vivo del campo.
Menos causa tuvo Eneas,
pues cuando fizo otro tanto,
tan solo salvó á su padre,
y al padre de todos salvo.
Pero si en la lid sangrienta,
por la dicha del contrario,
en vueso servicio, Rey,
finco yo fecho pedazos,
á Diágote os encomiendo;
catad por aquel mochacho:
sed padre é amparo suyo,
é Dios sea en vuestro amparo.—
Esto dijo el montañés,
señor de Hita y Buitrago,

al rey don Juan el primero,
y entróse á morir lidiando.

XXI

Descríbese el aparato y concurso que hubo en el suplicio de D. Álvaro de Luna

(De D. Francisco de Quevedo)

«Hagan bien para hacer bien
por el alma d'este hombre.»
Al són de las campanillas
van diciendo en altas voces:
—Dén para enterrar el cuerpo
del rico ayer, y hoy tan pobre,
que si no le dan mortaja,
no la tiene, ni hay de dónde.
Mueva á compasión su muerte;
socorrelde, pretensores,
pues que tanto dió y dar pudo
á tantos de los que le oyen.
El que daba dignidades,
haciendo duques y condes,
grandes, marqueses, prelados,
maestres, comendadores;
el que con la voluntad
pudo hacer y hizo hombres,
como delincuente muere:
«dalde limosna, señores.»
Ayer el mundo mandó;
hoy de un bochín sucio y torpe
se sujeta al proceder,
y humilde á sus piés se pone.
Por estas calles que hoy pasa
entre confusos pregones,

le vimos acompañado
del mismo rey y su corte,
y ¡dichoso el que alcanzaba
su lado, ó ponerse adonde
con su vista le alcanzase,
ya que no con sus razones!
Hoy á este mismo acompañan
mil populares montones
de gente ociosa, perdida,
vagamundos, malhechores.
El que pudo lo que quiso
con los dados por tutores,
como delincuente hoy muere:
«dalde limosna, señores.»
¡Oh mundo vano, caduco,
cómo pagas á quien pone
sus esperanzas en ti!
¡Y cuán pocos te conocen!—
Esto un cofrade decía
de la Caridad á voces,
cuando par la Costanilla
un tropel de gente rompe.
La guardia del rey don Juan
se divíde en escuadrones,
para que de su justicia
la ejecución no se estorbe:
gran cantidad de alguaciles,
dos alcaldes de su corte,
tres capitanes con gente
por las calles y cantones:
«plaza, aparte, aparte,» claman
diciendo los muñidores:
«Hagan bien para hacer bien
por el alma d'este hombre.»
En medio viene el de Luna
rompiendo los corazones,

en una mula enlutada,
capuz hasta los talones,
una caperuza negra,
agravado con prisiones,
á los lados uno y otro
un par de predicadores.
Todos se conmueven de él,
no hay quien de vello no llore,
y al preguntar por qué muere
todos los hombros encogen:
los pregoneros lo dicen,
unos á otros lo responden.
Llegaron á un cadahalso,
encima del cual le ponen,
teatro de su tragedia,
donde lo que dicen oye:
«Hagan bien para hacer bien
por el alma d'este pobre.»

XXII

Pregunta el rey á Abenámar su prisionero, sobre las cosas de Granada, á cuya ciudad estrechó tanto el sitio, que obligó á su rey á rendirle tributo.

(Anónimo)

Por Guadalquivir arriba
el buen rey Don Juan camina:
encontrara con un moro
que Abenámar se decía.
El buen Rey desque lo vido
d'esta suerte le decía:
—Abenámar, Abenámar,
moro de la morería,

hijo eres de un moro perro
y de una cristiana cativa.
Tu padre llaman Halí
y á tu madre Catalina.
Cuando tú naciste, moro,
la luna estaba crecida,
y la mar estaba en calma,
viento no la rebullía.
Moro que en tal signo nace
no debe decir mentira:
preso tengo un hijo tuyo,
yo le otorgaré la vida,
si me dices la verdad
de lo que preguntaría.
Moro, si no me la dices,
á ti también mataría.
—Yo te la diré, buen Rey,
si tú me otorgas la vida.
—Dígamesla tú, el moro,
que otorgada te sería.
¿Qué castillos son aquellos,
que altos son y relucían?—
—El Alhambra era, señor,
y la otra es la Mezquita;
los otros los Alixares
labrados á maravilla.
El moro que los labró
cien doblas ganaba al día.
y el día que no los labra
de lo suyo las perdía:
desque los tuvo labrados,
el Rey le quitó la vida
porque no labre otros tales
al rey del Andalucía.
La otra era Granada,
Granada la noblecida

de los muchos caballeros
y la gran ballestería.—
Allí habla el rey Don Juan,
bien veréis lo que decía:
—Granada, si tú quisieses
contigo me casaría:
daréte en arras y dote
á Córdoba y á Sevilla,
y á Jerez de la Frontera,
que cabe sí la tenía.
Granada, si más quisieses,
mucho más yo te daría.—
Allí hablara Granada,
al buen Rey le respondía:
—Casada só, el rey Don Juan,
casada, que no viuda;
el moro que á mí me tiene
bien defenderme querría.—
Allí habla el rey Don Juan,
estas palabras decía:
—Échenme acá mis lombardas
Doña Sancha y Doña Elvira,
tiraremos á lo alto,
lo bajo ello se daría.—
El combate era tan fuerte
que grande temor ponía:
los moros del baluarte,
con terrible algacería
trabajan por defenderse,
mas hacello no podían.
El rey moro que esto vido
prestamente se rendía,
y cargó tres cargas de oro;
al buen Rey se las envía:
prometió ser su vasallo
con parias que le daría.

Los castellanos quedaron
contentos á maravilla.
Cada cual por do ha venido
se volvió para Castilla.

XXIII

Batalla de los Alporchones, en que Quiñonero queda cautivo

(Anónimo)

Allá en Granada la rica
instrumentos oí tocar
en la calle de los Gomeles,
á la puerta de Abidbar,
el cual es moro valiente
y muy fuerte capitán.
Manda juntar muchos moros
bien diestros en pelear,
porque en el campo de Lorca
se determina de entrar;
con él salen tres alcaides,
aquí los quiero nombrar:
Almoradí de Guadix,
éste es de sangre real;
Abenacizes el otro,
y de Baza natural:
y de Vera es Alabez,
de esfuerzo muy singular,
y en cualquier guerra su gente
bien la sabe acaudillar.
Todos se juntan en Vera
para ver lo que harán;
el campo de Cartagena

acuerdan de saquear.
Á Alabez, por ser valiente,
lo hacen su general;
otros doce alcaides moros
con ellos juntado se han,
que aquí no digo sus nombres
por quitar prolijidad.
Ya se partían los moros,
ya comienzan de marchar,
por la fuente de Pulpé,
por ser secreto lugar,
y por el puerto los Peines,
por orillas de la mar.
En campos de Cartagena
con furor fueron á entrar;
cautivan muchos cristianos,
que era cosa de espantar.
Todo lo corren los moros
sin nada se les quedar;
el rincón de San Ginés
y con ellos al Pinátar.
Cuando tuvieron gran presa
hacia Vera vuelto se han,
y en llegando al Puntarón,
consejo tomado han
si pasarían por Lorca,
ó si irían por la mar.
Alabez, como es valiente
por Lorca quería pasar,
por tenerla muy en poco
y por hacerle pesar;
y así con toda su gente
comenzaron de marchar.
Lorca y Murcia lo supieron;
luégo los van á buscar,
y el comendador de Aledo,

que Lisón suelen llamar,
junto de los Alporchones
allí los van á alcanzar.
Los moros iban pujantes,
no dejaban de marchar;
cautivaron un cristiano,
caballero principal,
al cual llaman Quiñonero,
que es de Lorca natural.
Alabez, que vió la gente,
comienza de preguntar:
—Quiñonero, Quiñonero,
dígasme tú la verdad,
pues eres buen caballero,
no me la quieras negar:
¿Qué pendones son aquellos
que están en el olivar?—
Quiñonero le responde,
tal respuesta le fué á dar:
—Lorca y Murcia son, señor,
Lorca y Murcia, que no más,
y el comendador de Aledo,
de valor muy singular,
que de la francesa sangre
es su prosapia real.
Los caballos traían gordos,
ganosos de pelear.
Allí respondió Alabez,
lleno de rabia y pesar:
—Pues por gordos que los traigan,
la Rambla no han de pasar,
y si ellos la Rambla pasan,
¡Alá, y qué mala señal!—
Estando en estas razones
allegara el mariscal
y el buen alcaide de Lorca,

con esfuerzo muy sin par.
Aqueste alcaide es Faxardo,
valeroso en pelear;
la gente traen valerosa,
no quieren más aguardar.
Á los primeros encuentros
la Rambla pasado han,
y aunque los moros son muchos,
allí lo pasan muy mal.
Mas el valiente Alabez
hace gran plaza y lugar.
Tantos de cristianos matan,
que es dolor de lo mirar.
Los cristianos son valientes,
nada les pueden ganar;
tantos matan de los moros,
que era cosa de espantar.
Por la sierra de Aguaderas
huyendo sale Abidbar
con trescientos de á caballo,
que no pudo más sacar.
Faxardo prendió á Alabez
con esfuerzo singular.
Quitáronle la cabalgada,
que en riqueza no hay su par.
Abidbar llegó á Granada,
y el Rey lo mandó matar.

XXIV

El alcaide de Antequera pide al rey moro socorro para defensa de esta plaza, que al fin se rinde al infante Don Fernando.

(Anónimo)

De Antequera partió el moro
tres horas antes del día,

con cartas en la su mano
en que socorro pedía.
Escritas iban con sangre,
mas no por falta de tinta.
El moro que las llevaba
ciento y veinte años había;
la barba tenía blanca,
la calva le relucía;
toca llevaba tocada,
muy grande precio valía.
La mora que la labrara
por su amiga la tenía;
alhamar en su cabeza
con borlas de seda fina;
caballero en una yegua,
que caballo no quería.
Solo con un pajecico
que le tenga compañía,
no por falta de escuderos,
qu'en su casa hartos había.
Siete celadas le ponen
de mucha caballería,
mas la yegua era ligera,
d'entre todos se salía;
por los campos de Archidona
á grandes voces decía:
—¡Oh gran Rey, si tú supieses
mi triste mensajería
mesarías tus cabellos
y la tu barba vellida!—
El Rey, que venir lo vido
á recebir lo salía
con trescientos de á caballo,
la flor de la morería.
Bien seas venido, el moro,
buena sea tu venida.

—Alá te mantenga, Rey,
con toda tu compañía.
—Dime, ¿qué nuevas me traes
de Antequera, esa mi villa?
—Yo te las diré, buen Rey,
si tú me otorgas la vida.
—La vida t'es otorgada,
si traición en ti no había.
—¡Nunca Alá lo permitiese
hacer tan gran villanía!
Mas sepa tu real Alteza
lo que ya saber debría,
qu'esa villa de Antequera
en gran aprieto se vía,
qu'el infante Don Fernando
cercada te la tenía.
Fuertemente la combate
sin cesar noche ni día;
manjar que tus moros comen,
cueros de vaca cocida:
buen Rey, si no la socorres
muy presto se perdería.—
El Rey, cuando aquesto oyera,
de pesar se amortescía;
haciendo gran sentimiento
muchas lágrimas vertía;
rasgaba sus vestiduras,
con gran dolor que sentía;
ninguno le consolaba,
porque no lo permitía.
Mas después, en sí tornando,
á grandes voces decía:
—Tóquense mis añafiles,
trompetas de plata fina;
júntense mis caballeros
cuantos en mi reino había,

vayan con mis dos hermanos
á Archidona, esa mi villa,
en socorro de Antequera,
llave de mi señoría.—
Y ansí con este mandado
se juntó gran morería:
ochenta mil peones fueron
el socorro que venía,
con cinco mil de á caballo,
los mejores que tenía.
Así en la Boca del Asno
este real sentado había
á vista del d'el Infante,
el cual ya se apercebía
confiando en la vitoria
que d'ellos Dios les daría,
sus gentes bien ordenadas:
de Sant Juan era aquel día,
cuando se dió la batalla
de los nuestros tan herida,
que por ciento y veinte muertos
quince mil moros había.
Después de aquesta batalla,
fué la villa combatida
con lombardas y pertrechos,
y con una gran bastida,
con que le ganan las torres
de donde era defendida.
Después dieron el castillo
los moros á pleitesía,
que libres con sus haciendas
el Infante los pornía
en la villa de Archidona,
lo cual todo se cumplía;
y así se ganó Antequera
á loor de Santa María.

XXV

Salen los moros de Granada con Muza y Boabdil á recobrar á Jaén

(Anónimo)

—Reduán, bien se te acuerda,
que me diste la palabra
que me darías á Jaén
en una noche ganada.
Reduán, si tú lo cumples,
daréte paga doblada,
y si tú no lo cumplieres
desterrarte he de Granada.
Echarte he en una frontera,
do no goces de tu dama.—
Reduán le respondía
sin demudarse la cara:
—Si lo dije, no me acuerdo;
mas cumpliré mi palabra.—
Reduán pide mil hombres,
el Rey cinco mil le daba.
Por esa puerta de Elvira
sale muy gran cabalgada:
¡Cuánto del hidalgo moro!
Cuánta de la yegua baya!
Cuánta de la lanza en puño!
Cuánta de la adarga blanca!
Cuánta de marlota verde!
Cuánta aljuba de escarlata!
Cuánta pluma y gentileza!
Cuánto capellar de grana!
Cuánto bayo borceguí!
Cuánto lazo que le esmalta!

Cuánta de la espuela de oro!
Cuánta estribera de plata!
Toda es gente valerosa
y experta para batalla:
en medio de todos ellos
va el rey Chico de Granada.
Míranlo las damas moras
de las torres del Alhambra.
La reina mora su madre
d'esta manera le habla:
—Alá te guarde, mi hijo,
Mahoma vaya en tu guarda,
y te vuelva de Jaén
libre, sano, y con ventaja,
y te dé paz con tu tío,
señor de Guadix y Baza.—

XXVI

Rebato de los cristianos de Jaén, al mando del obispo Don Gonzalo, contra los moros de Granada.

(Anónimo)

Día es de San Antón,
ese santo señalado,
cuando salen de Jaén
cuatrocientos hijosdalgo;
y de Úbeda y Baeza
se salían otros tantos,
mozos deseosos de honra,
y los más enamorados.
En brazos de sus amigas,
van todos juramentados

de no volver á Jaén
sin dar moro en aguinaldo.
La seña que ellos llevaban
es pendón rabo de gallo;
por capitán se lo llevan
al obispo Don Gonzalo,
armado de todas armas,
en un caballo alazano:
todos se visten de verde,
el Obispo, azul y blanco.
Al castillo de la Guardia
el Obispo había llegado:
sáleselo á recibir
Mexía, el noble hidalgo:
—Por Dios te ruego, el Obispo,
que no pasedes el vado,
porque los moros son muchos,
á la Guardia habían llegado;
muerto me han tres caballeros,
de que mucho me ha pesado:
el uno era tío mío,
el otro mi primo hermano,
y el otro es un pajecico
de los míos más preciado.
Demos la vuelta, señores,
demos la vuelta á enterrallos,
haremos á Dios servicio,
honraremos los cristianos.—
Ellos estando en aquesto,
llegó Don Diego de Haro:
—Adelante, caballeros,
que me llevan el ganado;
si de algún villano fuera,
ya lo hubiérades quitado;
empero alguno está aquí
que le place de mi daño:

no cumple decir quién es,
que es el del roquete blanco.—
El Obispo que lo oyera,
dió de espuelas al caballo;
el caballo era ligero,
saltado había un vallado;
mas al salir de una cuesta,
á la asomada de un llano,
vido mucha adarga blanca,
mucho albornoz colorado,
y muchos hierros de lanzas,
que relucen en el campo;
metidose había en ellos
como león denodado:
de tres batallas de moros
la una ha desbaratado,
mediante la buena ayuda
que en los suyos ha hallado:
aunque algunos d'ellos mueren,
eterna fama han ganado.
Los moros son infinitos,
al Obispo habian cercado:
cansado de pelear
lo derriban del caballo,
y los moros victoriosos
á su Rey lo han presentado.

XXVII

Muerte del conde de Niebla don Enrique de Guzmán

(Anónimo)

—Dadme nuevas, caballeros,
nuevas me queráis contar

de aquese conde de Niebla,
don Enrique de Guzmán,
que hace guerra á los moros,
y ha cercado á Gibraltar.
Hoy veo jergas en mi corte,
ayer ví fiestas asaz:
¿si algún grande ha fallecido
de Castilla y de mi sangre,
ó don Álvaro de Luna
el maestre y condestable?
—Ningún grande ha fallecido,
ni hombre de vuestra sangre,
ni don Álvaro de Luna
el maestre y condestable;
mas es muerto un caballero
qu'era su valor tan grande
que verédes á los moros,
en cuán poco vos ternán.
Por ayudar á los suyos,
podiéndose bien salvar,
por oir sólo su nombre,
por se oir sólo llamar,
tornó en un batel pequeño
á la braveza del mar.
Don Enrique es, rey, aqueste,
don Enrique de Guzmán:
dejad, señor, los brocados;
no querades más solaz.—
El rey oyendo tal nueva
hobo en extremo pesar,
porque tan buen caballero
no se quisiera salvar;
e mandó traer su fijo,
aquel que quedado le ha,
y de Medina-Sidonia
duque le fué á intitular.

XXVIII

Lance de juego entre el rey moro de Almería, y Fajardo, alcaide de Loja

(Anónimo)

Jugando estaba el rey moro
en un ajedrez un día,
con aquese buen Fajardo
con amor que le tenía.
Fajardo jugaba á Loja,
y el moro rey á Almería;
jaque le dió con el roque,
el alférez le prendía.
Á grandes voces dice el moro:
—La villa de Lorca es mía.—
Allí hablara Fajardo,
bien oiréis lo que diría:
—Calles, calles, señor rey,
no toméis la tal porfía,
que aunque me la ganases,
ella no se te daría:
caballeros tengo dentro,
que te la defenderían.—
Allí hablara el rey moro,
bien oiréis lo que diría:
—No juguemos más, Fajardo,
ni tengamos más porfía,
que sois tan buen caballero,
que todo el mundo os temía.—

XXIX

El alcaide de Alhama es decapitado por orden del rey

(Anónimo)

Paséabase el rey moro
por la ciudad de Granada
desde la puerta de Elvira
hasta la de Vivarambla.
«¡Ay de mi Alhama!»
Cartas le fueron venidas
que Alhama era ganada:
las cartas echó en el fuego,
y al mensajero matara.
«¡Ay de mi Alhama!»
Descabalga de una mula,
y en un caballo cabalga;
por el Zacatín arriba
subido se había al Alhambra.
«¡Ay de mi Alhama!»
Como en el Alhambra estuvo,
al mismo punto mandaba
que se toquen sus trompetas,
sus añafiles de plata.
«¡Ay de mi Alhama!»
Y que las cajas de guerra
apriesa toquen al arma,
porque lo oigan sus moriscos
los de la Vega y Granada.
«¡Ay de mi Alhama!»
Los moros que el són oyeron
que al sangriento Marte llama,
uno á uno y dos á dos

juntado se ha gran batalla.
«¡Ay de mi Alhama!»
Allí habló un moro viejo,
d'esta manera hablara:
—¿Para qué nos llamas, rey,
para qué es esta llamada?—
«¡Ay de mi Alhama!»
—Habéis de saber, amigos,
una nueva desdichada:
que cristianos de braveza
ya nos han ganado Alhama.—
«¡Ay de mi Alhama!»
Allí habló un Alfaquí
de barba cruda y cana:
—¡Bien se te emplea, buen rey!
¡Buen rey, bien se te empleara!
«¡Ay de mi Alhama!»
Mataste los Abencerrajes,
que eran la flor de Granada;
cogiste los tornadizos
de Córdoba la nombrada.
«¡Ay de mi Alhama!»
Por eso mereces, rey,
una pena muy doblada;
que te pierdas tú y el reino,
y aquí se pierda Granada.—
«¡Ay de mi Alhama!»

XXX

Sotomayor, conde de Belalcázar, muere de traidora mano, en el sitio de Alora

(Anónimo)

Alora, la bien cercada,
tú que estás á par del río

cercóte el Adelantado
una mañana en domingo;
con peones y hombres de armas
hecho la había un portillo.
Viérades moros y moras
que iban huyendo al castillo;
las moras llevaban ropa,
los moros harina y trigo.
Por encima del adarve
su pendón llevan tendido.
Allá detrás de una almena
quedádose há un morillo
con una ballesta armada,
y en ella puesto un cuadrillo,
y en altas voces decía,
que la gente lo ha oído:
—¡Treguas, tregua, Adelantado,
que tuyo se da el castillo!—
Alzó la visera arriba
para ver quién lo había dicho:
apuntáralo á la frente,
salídole há al colodrillo.
Tómale Pablo de rienda,
de la mano Jacobico,
qu'eran dos esclavos suyos
que había criado de chicos.
Llévanle á los maestros,
por ver si le dan guarido.
Á las primeras palabras
por testamento les dijo
que él á Dios s'encomendaba,
y el alma se le ha salido.

XXXI

Muerte de Saavedra en la batalla de Río-verde, en las Alpujarras

(Anónimo)

¡Río-Verde, Río-Verde!
¡Cuánto cuerpo en ti se baña
de cristianos y de moros
muertos por la dura espada!
Y tus ondas cristalinas
de roja sangre se esmaltan,
que entre moros y cristianos
se trabó muy gran batalla.
Murieron duques y condes,
grandes señores de salva,
murió gente de valía
de la nobleza de España.
En ti murió don Alonso,
que de Aguilar se llamaba;
el valeroso Urdiales
con don Alonso acababa.
Por una ladera arriba
el buen Saavedra marcha:
natural es de Sevilla,
de la gente más granada;
tras de él iba un renegado;
d'esta manera le habla:
—Date, date, Saavedra,
no huigas de la batalla:
yo te conocí muy bien;
gran tiempo estuve en tu casa,
y en la ciudad de Sevilla
bien te vide jugar cañas:
conocí á tu padre y madre

y á tu mujer doña Clara.
Siete años fuí tu cautivo;
malamente me tratabas,
y ahora lo serás mío,
si Mahoma me ayudaba,
y también te trataré
como tú á mí me tratabas.—
Saavedra, que lo oyera,
al moro volvió la cara.
Tiróle el moro una flecha,
pero nunca le acertaba;
mas hirióle Saavedra
de una muy cruel lanzada.
Muerto cayó el renegado,
sin poder hablar palabra.
Saavedra fué cercado
de mucha mora canalla,
y al cabo quedó allí muerto
de una muy mala lanzada.
Don Alonso en este tiempo
bravamente peleaba;
el caballo le habían muerto,
y le tiene por muralla;
mas cargaron tantos moros,
que mal le hieren y tratan;
de la sangre que perdía,
don Alonso se desmaya:
al fin, al fin, cayó muerto
al pié de una peña alta.
También el conde de Ureña,
mal herido, se escapaba,
por guiarle un adalid
que sabe bien las entradas.
Muchos salen con el conde,
que le siguen las pisadas:
muerto queda don Alonso,
y eterna fama ganada.

XXXII

Sobre la toma de galera

(De Ginés Pérez de Hita)

Mastredajes, marineros
de Huéscar y otro lugar
han armado una galera
que no la hay tal en la mar.
No tiene velas ni remos,
y navega, y hace mal;
el castillo de la popa
tiene muy bien que mirar.
La carena es una peña
muy fuerte para espantar;
¡quien pudo galafatarla,
bien sabe galafatar!
No lleva estopa ni brea,
y el agua no puede entrar
sino por escotillón,
hecho á costa principal.
Marinero que la rige
sarracino es natural,
criado acá en nuestra España
por su mal y nuestro mal:
Abenhozmín há por nombre,
y es hombre de gran caudal.
Confiado en su galera,
va diciendo este cantar:
«¡Galera, la mi galera,
»Dios te me guarde de mal,
»de los peligros del mundo,
»y del príncipe don Juan,
»y de su gente española,
»que te viene á conquistar!

»Si de este golfo me sacas
»delante pienso pasar
»á la vuelta de Toledo,
»Madrid y el Escorial:
»el Pardo y Aranjuez
»los presumo visitar,
»y llegar á las Asturias,
»do otra vez pudo llegar
»Abenhozmín mi pasado,
»que vino de allende el mar,
»y poseyó las Españas
»casi mil años, ó más.»
Estas palabras diciendo,
la galera fué á encallar;
no puede ir adelante,
ni puede volver atrás.
Cristianos la rodearon
para haberla de tomar;
toda es gente belicosa,
con ellos el gran don Juan.
Comienzan de combatirla,
y ella quiere pelear
sin darse á ningún partido,
antes quiere allí acabar.
Fuertemente la combate
el de Austria sin la dejar;
con cañones reforzados
comienza á cañonear.
Poco vale combatirla,
que es fuerte para espantar,
hasta que le arrojan dentro
pólvora, fuego, alquitrán,
con que la dan cruda guerra,
y al fin la hacen volar:
así acabó esta galera
sin poder más navegar.

XXXIII

Noble resolución y estratagema de D. García, con la cual consigue que los moros levanten el cerco del castillo de Ureña.

(Anónimo)

Á tal anda don García
por un adarve adelante,
saetas de oro en la mano,
en la otra un arco trae.
Maldiciendo á la fortuna
grandes querellas le dae:
—Crióme el rey de pequeño,
hízome Dios barragane;
dióme armas y caballo,
por do todo hombre más vale,
diérame á doña María
por mujer y por iguale,
diérame á cien doncellas
para á ella acompañare,
dióme el castillo de Ureña
para con ella casare;
diérame cien caballeros
para el castillo guardare,
basteciómelo de vino,
basteciómelo de pane,
basteciólo de agua dulce
qu'en el castillo no la haye.
Cercáronme los moros
la mañana de san Juane:
siete años van pasados
el cerco no quieren quitare,
veo morir á los míos,

no teniendo qué les dare,
póngolos por las almenas
armados como se estane,
porque pensasen los moros
que podrían peleare:
en el castillo de Ureña
no hay sino un solo pane,
y si le doy á mis hijos,
la mi mujer ¿qué harae?
Si lo como yo, mezquino,
los míos se quejarane.—
Hizo el pan cuatro pedazos
y arrojólos al reale:
el un pedazo de aquellos
á los piés del rey fué á dare.
—Alá, pese á mis moros,
á Alá le quiera pesare,
de las sobras del castillo
nos bastecen el reale.—
Manda tocar los clarines
y su cerco luégo alzare.

ROMANCES DOCTRINALES

I

(De Lope de Vega Carpio)

Á mis soledades voy,
de mis soledades vengo,
porque para andar conmigo
me bastan mis pensamientos.
¡No sé qué tiene la aldea
donde vivo y donde muero,
que con venir de mí mismo
no puedo venir más lejos!
Ni estoy bien ni mal conmigo;
mas dice mi entendimiento,
que un hombre que todo es alma
está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
y solamente no entiendo
cómo se sufre á sí mismo
un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan,
fácilmente me defiendo;
pero no puedo guardarme

de los peligros de un necio.
El dirá que yo lo soy,
pero con falso argumento;
que humildad y necedad
no caben en un sujeto.
La diferencia conozco,
porque en él y en mí contemplo,
su locura en su arrogancia,
mi humildad en su desprecio.
Ó sabe naturaleza
más que supo en otro tiempo,
ó tantos que nacen sabios
es porque lo dicen ellos.
Sólo sé que no sé nada,
dijo un filósofo, haciendo
la cuenta con su humildad,
adonde lo más es menos.
No me precio de entendido,
de desdichado me precio;
que los que no son dichosos,
¿cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
porque dicen, y lo creo,
que suena á vidrio quebrado,
y que ha de romperse presto.
Señales son del juicio
ver que todos le perdemos,
unos por carta de más,
otros por carta de menos.
Dijeron que antiguamente
se fué la verdad al cielo:
¡tal la pusieron los hombres
que desde entonces no ha vuelto!
En dos edades vivimos
los propios y los agenos,
la de plata los extraños,

y la de cobre los nuestros.
¿Á quién no dará cuidado,
si es español verdadero,
ver los hombres á lo antiguo
y el valor á lo moderno?
Dijo Dios, que comería
su pan el hombre primero
con el sudor de su cara,
por quebrar su mandamiento;
y algunos inobedientes
á la vergüenza y al miedo,
con las prendas de su honor
han trocado los efectos.
Virtud y filosofía
peregrinan como ciegos:
el uno se lleva al otro,
llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
universal movimiento,
la mejor vida el favor,
la mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,
y no me espanto, aunque puedo,
que en lugar de tantas cruces
haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros
cuyos mármoles eternos
están diciendo sin lengua,
que no lo fueron sus dueños.
¡Oh bien haya quien los hizo,
porque solamente en ellos
de los poderosos grandes
se vengaron los pequeños!
Fea pintan á la envidia;
yo confieso que la tengo
de unos hombres que no saben

quién vive pared en medio,
sin libros y sin papeles,
sin tratos, cuentas ni cuentos:
cuando quieren escribir
piden prestado el tintero.
Sin ser pobres ni ser ricos
tienen chimenea y huerto;
no los despiertan cuidados,
ni pretensiones, ni pleitos,
ni murmuraron del grande,
ni ofendieron al pequeño;
nunca, como yo, firmaron
parabién, ni pascua dieron.
Con esta envidia que digo,
y lo que paso en silencio,
á mis soledades voy,
de mis soledades vengo.

II

(Anónimo)

Si te durmieres, morena,
ten aviso que es el sueño
la mitad de nuestra vida,
que se nos pasa corriendo;
y que es tan veloz volando,
como ligera durmiendo;
tan breve en la juventud,
como cuando somos viejos,
porque el desengaño triste
de nuestro curso ligero,
cuando quiere despertarnos,
llega tarde y sin provecho.
Tu juventud y hermosura

no es más que un mercader nuevo,
que de rico queda pobre
con el discurso del tiempo:
es una gloria del mundo,
y de los ojos un velo,
y un grillo para los piés,
y esposas para los dedos;
una ocasión de peligros,
y de la envidia un terrero;
un verdugo de los hombres,
famoso ladrón del tiempo.
Cuando la muerte baraja
á los hermosos y feos,
en la estrecha sepultura
no se conocen los huesos;
y aunque el ciprés sea más alto,
y más hermoso sea el cedro,
no por eso su carbón
es más blanco que el del fresno;
que en esta mísera vida
nos viene el placer á sueños,
y el disgusto y los pesares
cuando estamos más despiertos.
La flor de su nuevo abril
la quema el otoño seco,
que en marfil blanco y malquisto
convierte el ébano negro.

III

Contra amor

(Anónimo)

Ya que á la plaza del mundo
saliste, mancebo loco,

con la garrocha en las manos
y con la capa en el hombro,
asegurado en los piés
y descuidado en los ojos,
sin ver que si corre un ciego,
lleva el peligro notorio;
mira bien que te ha mirado
aquel toro cauteloso,
que primero que la muerte
nació para darla á todos.
Apenas, siendo novillo,
salió de los verdes sotos,
y al primer hombre del mundo
hizo ejemplo de los otros.
«Echate, mozo;
»que te mira el toro.»
Vencerle quisieron reyes,
domarle intentaron doctos,
castos quisieron herrarle,
y al fin erráronle todos.
Un mozo le echó la capa,
siendo á sus bramidos sordo;
pero costóle estar preso
por un falso testimonio.
Amor le llama la gente,
que no le ha visto en el coso;
mas los que sus vueltas saben
le llaman veneno y monstruo.
«Echate, mozo,
»que te mira el toro.»

IV

(Anónimo)

Malograda fuentecilla,
detén el curso, y advierte,

que si caudales presumes,
precipitada te pierdes.
Entre sauces y azucenas
tuviste muy rico albergue:
si tus corrientes esparces
ni serás río ni fuente.
Las flores que te servian
de olorosos ramilletes,
son urnas de tus cristales,
de tus pensamientos muerte,
y son tan breves tus días,
que al pensamiento desmienten,
porque corren tan apriesa
que ya salen cuando vienen.
¡Qué alegre al Tajo caminas,
y qué poca vida tienes,
siendo llanto á tus obsequias
la misma risa que viertes!
Á tu albergue te retira,
no murmure quien te viere,
que de altiva y de soberbia
desvanecida te atreves.

ROMANCES AMATORIOS

I

(Anónimo)

Se estaba mi corazón
en una silla asentado
circuído de pasión,
de firmeza coronado.
Tres son los mis pensamientos
que así le tienen cercado:
al uno llaman Desdicha,
al otro llaman Cuidado,
al otro gran Desconsuelo
para mí, desconsolado,
que una señora que sirvo
mis servicios ha olvidado;
y si yo muero de amores
no me entierren en sagrado.
Háganme la sepultura
en un verdecico prado,
y dirán todas las gentes:
¿de qué murió el desdichado?
No murió de calentura,
ni de dolor de costado;
mas murió de mal de amores,
qu'es un mal desesperado.

II

(Anónimo)

Puso Venus á Cupido
un rétulo en las espaldas,
por si acaso se perdiese
le puedan volver á casa.
Dice el blanco pergamino
en unas letras doradas:
«Este niño vive en Chipre,
»en la calle de las Damas;
»hijo es de Vulcano, herrero,
»y de la Venus errada;
»el que lo hallare lo vuelva,
»que buen hallazgo le manda.»
Con esto á la escuela fuése
con una cesta de palma,
donde llevaba el almuerzo
y la cartilla llevaba.
Sentóse con otros niños
sobre la dorada aljaba,
una flecha por puntero
que apenas el papel rasga.
Y sobre dar la lición
mal sabida y no estudiada,
azotóle su maestro
con una cuerda de lana.
El niño con el enojo
no se fué derecho á casa;
mas con otros rapacillos
se fué á pescar á la playa,
donde faltándoles cuerda,
de los cabellos arranca
algunas doradas hebras,

y de dos en dos las ata.
Uno de ellos quita luégo
el reguilete á su caña,
y echando al agua la cuerda
no pesca en dos horas nada.
Cayó en ello el más discreto,
y prometió, si le daba
la mitad del primer lance,
le prestaría dos cañas.
Así le fué prometida,
y puesto el cebo, esperaba.
En este tiempo dos ninfas
que en sus cristales nadaban,
viendo los rubios cabellos,
el cabo de ellos desatan,
y las perlas que traían
una prende y otra ensarta.
Sienten los niños el peso,
y el lance entre los dos sacan;
y en esto el niño tardóse
y la noche escura baja.
Andaba después llorando;
llévanle derecho á casa
por las letras conocidas,
donde su madre le aguarda.
Azotarle quiere Venus,
él replicaba: — Ya basta,
madre mía, que el maestro
me azotó por la mañana.
Que se pierda un niño, madre,
no es maravilla tan alta,
que también se perdió Elena
por interés de una rama.
Pues Elena se perdió
por unas manzanas falsas,
no es mucho que por las finas

perdido una hora me traigan.
Mas si agora no me azota,
le diré un ardid y maña
para pescar corazones,
que ya tan raros se hallan.
Sepa, madre, que no pesca
anzuelo á quien cebo falta;
ponga dinero en la flecha,
y podrá pescar las almas.—
La madre, viendo el consejo,
azote y mano levanta,
y desde entonces no pesca
menos que con oro y plata.

III

(Anónimo)

Por los jardines de Chipre
andaba el niño Cupido,
entre las rosas y flores,
jugando con otros niños:
cuál trepa por algún sauce,
presumiendo buscar nidos;
cuál cogiendo el fresco viento
por coger los pajarillos;
cuál hace jaulas de juncos;
cuál hace palacios ricos
en los huecos de los fresnos
y troncos de los olivos.
Cuando cubiertas de abejas
halló el travieso Cupido
dos colmenas en un roble
con mil panales nativos,
metió la mano el primero

llamando á los otros niños;
picóle en ella una abeja,
y sacóla dando gritos.
Huyen los niños medrosos,
el rapaz pierde el sentido;
vase corriendo á su madre,
á quien lastimado dijo:
—Madre mía, una abejita,
que casi no tiene pico,
me ha dado mayor dolor
que pudiera un basilisco.—
La madre, que lo conoce,
vengada de verle herido
de cuando la hirió de amores
de Adonis, que tanto quiso,
medio riendo le dice:
—De poco te admiras, hijo,
siendo tú y esa avecica
semejantes en el pico.—

IV

(Anónimo)

Llegó á una venta Cupido
á la mitad del invierno,
las alas todas mojadas,
roto el arco y muerto el fuego.
Viéndole tan destrozado
dijo el bueno del ventero:
—Hermanito, no hay posada;
pique, que cerca está el pueblo.—
Bien quisiera su venganza
ponella luégo en efecto;
mas como se vió sin armas,

probó palabras y ruegos:
díjole cómo era hijo
de la bella diosa Venus,
á cuyo cetro y corona
todo el mundo está sujeto.
Mas como la cortesía
jamás cupo en bajo pecho,
haciendo burla del niño
responde con menosprecio:
— ¡Para ser hijo de reina
él trae muy bellaco pelo!
Y aquí no hacemos nada
por amor, y sin dinero.
Sepa, si tuvo poder,
que ya se pasó aquel tiempo
cuando cantaban sus triunfos
con discantes á lo viejo:
cuando por ver á su dama
iba el otro majadero
hecho pez á media noche
nadando de Abido á Sexto;
aunque mejor que tanta agua
fuera una azumbre de añejo,
y echarse en su cama á nado,
y saliera salvo á puerto;
aunque en medio de las olas
halló de su mal remedio,
pues bebió tal parte de ellas,
que apagó de amor el fuego.
Y también el otro bobo
del babilónico suelo,
que porque halló roto el manto,
rompió con su espada el pecho;
y luégo la necia Tisbe,
añadiendo yerro á yerro,
se mató, queriendo echar

la soga tras el caldero.
Y si no ve aquestas cosas,
sepa que es porque está ciego;
desatápese los ojos,
verá la razón que tengo.—
Cupido entre aquestas burlas
fué las veras conociendo,
y de aquí adelante puso
nueva ley y otro uso nuevo;
y es tan discreto, que tiene
menos costa y más provecho.
Y también manda á las damas
que en su amor hagan concierto,
y que tengan sus medidas
conformes á cada precio;
y que al amante que diere
no le envíen descontento,
y al que no diere, le digan
lo que le dijo el ventero:
—Hermanito, no hay posada;
pique, que cerca está el pueblo.—

V

(Anónimo)

Amedrentado Cupido
de los azotes de escuela,
huyó porque oyó decir
que entran con sangre las letras.
Y viendo que de su casa
le despide la maestra,
y por pescar en la playa
su madre azotarle quiera,
y en los jardines también

le picaron las abejas,
y que no le dan posada
por llegar pobre á la venta,
sintiéndose despreciado,
sin habilidad ni renta,
determina de tomar
oficio que le entretenga.
Y siendo amigo de dulce,
que es el blanco adonde asesta,
como era niño y rapaz,
aficionóse de nieblas.
Hizo un cestillo de palma
quien cesto de palma lleva,
con el juego de ventura
encima de la tableta.
El arco puso por asta
y una flecha por saeta,
gritando suplicaciones
quien á suplicar sujeta.
Y viéndole tan bonito,
llamáronle de una reja
el Interés y una dama,
y el niño con los dos juega
Jugó el Interés de mano,
que en todo la mano lleva,
y echó la suerte la dama,
y ella tira la moneda.
Anduvo Cupido azar,
que no acierta suerte buena,
por ser incierto su juego,
y su pérdida muy cierta.
Dentro de pequeño rato
el Interese le pela,
y dando mate en perder,
vino á rematar la cesta.
Tomó el Interés el arco,

quedó con la palma y flecha,
con que para más reinar
fué su ventura deshecha;
y dándole, como dicen,
con la cesta en la cabeza,
triunfando de sus despojos
hace y deshace la guerra.

VI

(Anónimo)

Topáronse en una venta
la Muerte y Amor un dia,
ya después de puesto el sol,
al tiempo que anochecía.
Á Madrid iba la Muerte,
y el ciego Amor á Sevilla,
á pié, llevando en los hombros
sus caras mercaderías.
Yo pensé que iban huyendo
acaso de la justicia,
porque ganan á dar muerte
entrambos á dos la vida.
Y estando los dos sentados,
Amor á la Muerte mira;
y como la vió tan fea,
no pudo tener la risa;
y al fin le dijo riendo:
—¡ Señora, no sé qué os diga,
porque tan hermosa fea
yo no la he visto en mi vida!—
Corrida la Muerte de esto,
puso en el arco una vira,
y otra en el suyo Cupido,

y hacia fuera se retira.
Con un lanzón el ventero
de por medio se metía,
y haciendo las amistades,
cenaron en compañía.
Fuéles forzoso quedarse
á dormir en la cocina,
que en la venta no había cama,
ni el ventero la tenía.
Los arcos, flechas y aljabas
dan á guardar á Marina,
una moza que en la venta
á los huéspedes servía.
Aún no había amanecido,
cuando Amor se despedía;
sus armas al huésped pide,
pagando lo que debía.
El huésped le da por ellas
las que la Muerte traía;
Amor se las echó al hombro,
y sin más mirar camina.
Despertó después la Muerte
triste, flaca y desabrida;
tomó las armas de Amor,
y también hizo su guía,
y desde entonces acá
mata el Amor con su vira
mozos que ninguno pasa
de los veinte y cinco arriba.
Á los ancianos, á quien
matar la Muerte solía,
agora los enamora
con las saetas que tira.
¡Mira cuál está ya el mundo,
vuelto lo de abajo arriba!
Amor por dar vida mata;
Muerte por matar da vida.

VII

(De Bartolomé de Torres Naharro)

Hija soy de un labrador,
nacida sobre el arado,
criada so los olivos,
crecida tras el ganado.
Careando una mañana
las ovejas del vedado,
solas dos por mi reposo,
las que Dios me había dado,
que Alegría y Libertad
por nombres las he nombrado,
se me perdieron allí
por suerte de mi pecado,
que comían en mis haldas,
venían á mi llamado.
Sin partir el pan con ellas,
no comiera yo bocado:
d'ellas era lo mejor,
cuando había un verde prado;
si claras fuentes había,
nunca las han deseado:
santiguábales yo el agua
con amor desengañado;
so las frescas solombreras
las siestas las he guardado,
las mañanas y las tardes
á pacer las he sacado.
Comprélas dos cencerrillas
que la vida me han costado;
con cuerdas de mis cabellos,
los que tanto yo he preciado,
un día de San Antón,

que mal me las ha guardado,
se las puse de los cuellos:
hame nada aprovechado.
Poco vale diligencia
contra el mal predestinado;
lo que ha de ser una vez
no puede ser estorbado.
Tornéme en fin congojosa
llorando mi mal recado,
y en llegando á mi cabaña
ví mi fin aparejado.
El zurrón hice pedazos,
y en el fuego eché el cayado;
saqué los rubios cabellos
de mi grosero tocado,
tirando cuanto podía
yo los puse en mal estado;
hice las manos verdugos
de mi gesto delicado;
mis dos ojos con pesar
en dos ríos se han tornado,
y el corazón en el cuerpo
de rabia fué traspasado.
Con mis gritos y alaridos
el valle estaba espantado;
por flaqueza de natura,
no por falta de cuidado,
yo me dormí de cansada
dende gran rato pasado.

VIII

(De Jorge Montemayor)

Oidme, señora mía,
si acaso os duele mi mal,
y aunque n'os duela en oíllo
no me dejéis de escuchar:
dadme este breve descanso
porque me esfuerce á penar.
¿No os doléis de mis suspiros?
¿No os enternece el llorar,
ni cosa mía os da pena,
ni la pensáis remediar?
¿Hasta cuándo, mi señora,
tanto mal ha de durar?
No está el remedio en la muerte,
sino en vuestra voluntad,
que los males qu'ella cura
ligeros son de pasar.
No os fatigan mis fatigas,
ni os esperan fatigar;
de voluntad tan exenta,
¿qué medio se ha de esperar?
Y ese corazón de piedra
¿cómo le podré ablandar?
Volved, señora, esos ojos,
qu'en el mundo no hay su par,
mas no los volváis airados,
si no me queréis matar,
aunque de una y otra suerte
matáis con solo mirar.

IX

(Anónimo)

Fonte-frida, Fonte-frida,
Fonte-frida y con amor,
do todas las avecicas
van tomar consolación,
sino es la tortolica
qu'está viuda y con dolor.
Por ahí fuera á pasar
el traidor del ruiseñor:
las palabras que le dice
llenas son de traición:
—Si tú quisieses, señora,
yo sería tu servidor.
—Véte de ahí, enemigo,
malo, falso, engañador,
que ni poso en ramo verde,
ni en prado que tenga flor;
que si el agua hallo clara,
turbia la bebía yo;
que non quiero haber marido,
porque hijos non haya, non:
non quiero placer con ellos,
ni menos consolación.
¡Déjame, triste enemigo,
malo, falso, mal traidor,
que non quiero ser tu amiga
ni casar contigo, non!

X

(Anónimo)

Que por mayo era, por mayo,
cuando los grandes calores,
cuando los enamorados
van servir á sus amores,
sino triste yo, mezquino,
que yago en estas prisiones,
que ni sé cuándo es de dia,
ni menos cuándo es de noche
sino por una avecilla
que me cantaba al albore:
matómela un ballestero;
¡déle Dios mal galardone!

XI

(Anónimo)

—La bella mal maridada,
de las lindas que yo ví,
véote tan triste enojada;
la verdad dila tú á mí.
Si has de tomar amores
por otro, no dejes á mí,
que á tu marido, señora,
con otras dueñas lo ví,
besando y retozando:
mucho mal dice de ti;
juraba y perjuraba
que te había de ferir.—
Allí habló la señora,

allí habló, y dijo así:
—Sácame tú, el caballero,
tú sacásesme de aquí;
por las tierras donde fueres
bien te sabría yo servir:
yo te haría bien la cama
en que hayamos de dormir,
yo te guisaré la cena
como á caballero gentil,
de gallinas y capones
y otras cosas más de mil:
que á este mi marido
ya no le puedo sufrir,
que me da muy mala vida
cual vos bien podéis oir.—
Ellos en aquesto estando
su marido helo aquí:
—¿Qué hacéis, mala traidora?
¡Hoy habedes de morir!
—¿Y por qué, señor? ¿por qué?
que nunca os lo merecí.
Nunca besé á hombre,
mas hombre besó á mí;
las penas que él merecía,
señor, daldas vos á mí:
con riendas de tu caballo,
señor, azotes á mí;
con cordones de oro y sirgo
viva ahorques á mí.
En la huerta de los naranjos
viva entierres á mí,
en sepoltura de oro
y labrada de marfil;
y pongas encima un mote,
señor, que diga así:
«Aquí está la flor de las flores,

»por amores murió aquí;
»cualquier que muere de amores
»mándese enterrar aquí,
»que así hice yo, mezquina,
»que por amar me perdí —»

XII

(Anónimo)

Levantóse la casada
una mañana al jardín,
dicen que á gozar el fresco:
«¡Más le valiera dormir!»
Esperando á su galán
á sueño breve y sutil,
le ha dado amor mala noche:
«¡Más le valiera dormir!»
Sobre la madeja bella
que al amor revuelve en sí
sale arrojando una toca:
«¡Más le valiera dormir!»
Gorguera saca de negro,
turquesado el faldellín,
y á medio vestir la ropa:
«¡Más le valiera dormir!»
Á la salida del huerto
torcido se le ha un chapín,
de que quedó lastimada:
«¡Más le valiera dormir!»
Pasando más adelante
al coger un alhelí
le picó el dedo una abeja;
«¡Más le valiera dormir!»
Con tanto azar no descansa;

sale enamorada al fin
buscando á aquel que bien ama:
«¡Más le valiera dormir!»
Aquí mira, aquí se pára;
nada halla aquí ni allí,
hasta ver lo que no quiso:
«¡Más le valiera dormir!»
Á su amante halla muerto,
y al marido junto á sí,
que remató entrambas vidas:
«¡Más le valiera dormir!»

XIII

(Anónimo)

No es razón, dulce enemiga,
si acaso me quieres bien,
que por dar contento á Zaide,
tan sorda á mi amor estés.
¿Qué áspid de Libia, señora,
te ha enseñado á ser cruel?
¿Quieres con alma traidora
tiranizarla en un mes?
Dícenme que este envidioso
la causa de mi mal es;
y que son tus ojos fuentes
el tiempo que no le ves.
Pues no es justo, Laura hermosa,
que con tan rico laurel,
á fuerzas de fe ganado,
se adorne un traidor sin ley.
Vuelve con piedad tus ojos,
verás rendido á tus piés

cómo se queja Floriardo
por el rigor de un desdén.
Con lisonjas me entretienes
y con engaños también;
hete sido fiel en todo
y en todo me has sido infiel.
Pues ya mis quejas te enfadan,
¿á quién, tigre hircana, á quién
de mi dolor daré cuenta
sino es á la causa de él?
Y si por pobre me dejas
y te mueve el interés,
si has menester lo que valgo,
tu esclavo soy, vendemé.

XIV

(Anónimo)

Sobre las blancas espumas
del mar de amor iba huyendo
un rico bajel, cercado
de enemigos y de miedo.
Dicen que lleva cargados
de coral y oro los senos,
y que vale una ciudad
una perla que va dentro.
Tras él le va dando caza
otro bajel más ligero,
cuyo artillero es Amor,
grande robador de yerros.
«Dale fuego,
»artillero, niño ciego;
»carga, que es forzoso
»rendir un bajel hermoso.»

De sus penas hace balas,
de su firmeza, pedreros,
la pólvora, de su ira,
de sus suspiros el fuego;
el deseo de alcanzarle
le va sirviendo de remos,
sus pasiones, de forzados,
y su dicha, de gobierno:
el alma ofendida y libre
sirve de cómitre diestro,
que con crueles memorias
azotaba á los remeros.
«Dale, etc.»
Cuando el bajel hace agua
daban á la bomba fuego,
y la bomba eran sus ojos.
y este mal salía de ellos.
De aguja de marear
le sirve su fe de acero
que siempre mira hacia el norte,
y el norte es el que va huyendo.
Este famoso cosario,
disfrazado en marinero
dicen que se llama Albanio,
y que fué pastor primero
«Dale fuego
»artillero, niño ciego;
»carga, que es forzoso
»rendir un bajel hermoso.»

XV

(Anónimo)

Para queja de las flores,
para envidia de las aves,

puso el amor en Belarda,
florida edad, voz suave:
nueva guerra de las vidas,
en lo airoso de su talle;
y en lo dulce de su voz,
tiernas lisonjas al aire,
recátense los deseos,
todo atrevimiento pare,
que es hechizo su belleza
y es encanto su donaire.
Clavel matizado en nieve
es su boca, cuyo esmalte,
ya en la sarta de sus perlas
pone extremos de corales.

XVI

(Anónimo)

Fuego exhala, y agua vierte
Jacinta á un verde vergel;
la culpa tiene un pesar,
que le ocasionó un desdén.
Encuéntranse fuego y agua
en el camino tal vez;
mas ni el agua enjuga el fuego,
ni ella le impide el arder.
De quejas enternecidas
poblado el aire se ve;
mas quien siembra en viento, el viento
por premio suele coger.
Quejas dió á su bello ingrato;
respondióla descortés,
y al alivio del olvido
consultó su parecer.

XVII

(De Lope de Vega Carpio)

Por las riberas famosas
de las aguas del Jarama,
junto del mesmo lugar
que Tajo las acompaña,
alegre sale Belardo
á recibir justa paga
de tantos años de amor,
celos, temor y mudanza.
«¡Dichoso el pastor que alcanza
»tan regalado fin de su esperanza!»
Vase á casar á su aldea
con Filis su enamorada,
que se la entrega su padre
después de tantas desgracias.
Contento lleva el villano,
por los ojos muestra el alma,
que al fin de tanta fortuna
promete el cielo bonanza.
«¡Dichoso el pastor, etc.!»
No va como suele á pié,
ni lleva toscas abarcas
de pieles de lobo muerto
tintas en sangre de vaca:
zapatos lleva picados,
media verde lagartada,
botones de vidrio y fuego,
porque se los dió su dama.
«¡Dichoso el pastor, etc.!»
Va caballero brioso
en una yegua alazana;
la silla lleva de frisa,

y de hiladillo la franja;
sombrero nuevo de feria,
capa de capilla larga,
con un sayo verde escuro,
agironado de grana.
«¡Dichoso el pastor, etc.!»
Va mostrando en el vestido
las esperanzas del alma,
tan cerca ya de cumplirlas,
como tardías y largas.
Guardadas lleva en el seno
de Filis todas las cartas,
que si son obligaciones,
quiere pagar y borrallas.
«¡Dichoso el pastor, etc.!»
Llegó Belardo á la villa,
y de su suegro á la casa;
sale á tener el estribo
mientras de la yegua baja,
Filis, abiertos los brazos:
marido y señor le llama;
él señora y dulce esposa,
besóla, y ella le abraza.
«¡Dichoso el pastor que alcanza
»tan regalado fin de su esperanza!»

XVIII

(Anónimo)

—¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
Ó no lo sabes, señora,
ó eres falsa y desleal.
De mis pequeñas heridas

compasión solías mostrar,
y agora de las mortales
no tienes ningún pesar.
¿Cómo acudiste á lo menos
y me faltaste en lo más?
Que en los mayores peligros
se conoce la amistad.
El crisol de las verdades
suele ser la adversidad.
¿En qué memoria ocupada,
tan sorda á mi llanto estás?
Acuérdome bien, si penas
me dejan bien acordar,
que en un tronco de un aliso,
que el Tajo bañando está,
cuando yo era más dichoso
y tú más firme y leal,
escribió tu mano un día:
«Yo te doy mi libertad,
»y antes que de ti la mude,
»Tajo el curso mudará.»
Río, vuelve atrás tus aguas,
pues la fe se vuelve atrás.—
Aquesto Tirsi decía,
cantando en su soledad
memorias de su señora,
y testigos de su mal.

XIX

(De D. Luis de Góngora)

Aquí entre la verde juncia
quiero como el blanco cisne
que envuelto en dulce armonía

la dulce vida despide,
despedir mi vida amarga
envuelta en endechas tristes,
y querellarme de aquella
tan hermosa como libre.
Descanse entre tanto el arco
de la cuerda que le aflige,
y pendiente de sus ramas
orne esta planta de Alcides;
mientras yo á la tortolilla
que encima del olmo gime,
le hurto todo el silencio
que para sus quejas pide.
¡Bellísima cazadora,
más fiera que las que sigues
por los bosques! ¡Cruel verdugo
de mis años infelices!
Tan grandes son tus extremos
de hermosa y de terrible,
que están los montes en duda
si eres diosa ó si eres tigre.
Préciaste de tan soberbia
contra quien es tan humilde,
que considerados bien
todos los monteros dicen,
que los dos nos parecemos
al roble que más resiste
los soplos del viento airado,
tú en ser dura, yo en ser firme.
En esto solo eres roble,
y en lo demás flaca mimbre,
no solo á los recios vientos,
mas á los aires sutiles.
Ya no persigues, cruel,
después que á mí me persigues,
á los corzos voladores,

ni á los fieros jabalíes;
ni de tu dichoso albergue
las nobles paredes visten
los despojos de las fieras
que, como á mí, muerte diste.
Los montes se están quejando
de que tus piés no los pisen,
por los rastros que dejaban
de rosas y de jazmines,
tales que eran á sus campos
tus dos plantas dos abriles:
haz tu gusto, que yo quiero
dejar, pues d'ello te sirves,
el espíritu cansado
que mis flacos miembros rige;
conseguiremos en esto,
ambos á dos, nuestros fines:
tú, el de cruel en dejarme,
yo, el de leal en morirme.
Tú, rey de los otros ríos,
que de las sierras sublimes
de Segura, al Oceano
el fértil terreno mides,
pues en tu dichoso seno
tantas lágrimas recibes
de mis ojos, que en el mar
entran dos Guadalquivires;
ruégote que su crueldad
y mi firmeza publiques
por todo el húmedo reino
de la gran madre de Aquiles;
porque no sólo en las selvas,
mas los que en las aguas viven,
conozcan quién es Daliso,
y quién es la ingrata Nise.

XX

(De Alfonso de Alcabdete)

Yo me levantara, madre,
mañanica de Sant Joan:
vide estar una doncella
ribericas de la mar:
sola lava y sola tuerce,
sola tiende en un rosal:
mientras los paños s'enjugan,
dice la niña un cantar:

Cantarcillo.

«¿Dó los mis amores, dó los?
»dó los andaré á buscar?»

Sigue el romance.

Mar abajo, mar arriba,
diciendo iba el cantar,
peine de oro en las sus manos
por sus cabellos peinar.
«Dígasme tú, el marinero, ..
Si, Dios te guarde de mal,
si los viste, mis amores,
si los viste allá pasar.»

XXI

(Anónimo)

Gente pasa por la calle;
y pues pasa tanta gente,
sin duda que la mañana
sus blancas alas ya tiende;

y pues de la vecindad
tanto me temo, y te temes,
porque al vulgo no declares
lo que te quiero y me quieres;
«Véte, amor, véte,
»mira que amanece.»
Si el sol en saliendo barre
la aljófar que el campo tiene,
también de mi lado quita
la perla que me enriquece:
lo que á otros parece día,
á mí noche me parece;
pues luégo que sale el alba,
la noche de ausencia viene.
«Véte, amor, etc.»
Si quieres echar raíces
al pasatiempo presente,
sin que el aire de envidiosos
tan presto no nos lo lleve;
si quieres que nos veamos
como esta vez muchas veces,
donde á letra vista pago
lo que te debo y me debes.
«Véte, amor, etc.»
Deja los dulces abrazos,
que si entre ellos te entretienes,
un mal nos podrá dar largo
aqueste contento breve.
Un día de purgatorio
no hace mucho quien le tiene,
pues la esperanza de gloria
sus graves penas descrece.
«Véte, amor, vete.»

ROMANCES JOCOSOS

I

(De D. Luis de Góngora)

Con ropilla y sin camisa,
aunque no por no tenella;
que una que le dió su madre
le perdió la lavandera;
su jubón por zaragüelles,
y el sombrero por chinelas,
y por reparo del cierzo
una capa de bayeta;
al sol, que, muerto de risa,
de lástima le calienta,
esto cantaba Hernández
cosiendo sus pedorreras:
—¡Desdichado del hidalgo
que con sombra de nobleza
y con falta de dinero
viene á pleitear á esta tierra!
Soy de Cangas de Tineo;
desciendo por línea recta
del infante don Pelayo:
¡Ved qué honrada descendencia!

Y agora por mi desdicha
soy venido á aquesta tierra,
do traigo sobre una mora
un pleito con una vieja.
Levántame la falsaria,
¡Jesucristo me defienda!
que fuí malo de mi cuerpo
en un molino con ella;
y aun el falso testimonio
no pára aquí, porque llega
á que con doce testigos
prueba que estaba doncella.
No sé quién jurar tal pudo;
defienda Dios mi inocencia,
que bien sé que soy de carne
y tengo algunas flaquezas.
Mas decid, testigos falsos,
¿cuándo en Castilla la Vieja
vido el cielo cuervos blancos
ni doncellas montañesas?
Dejando el pleito á una parte,
ya que el pleito no me deja,
aunque no para medrar,
para echar la sarna fuera:
á ruego de buenos hombres,
¡pluguiera á Dios no los viera!
asenté con un pleiteante
en San Martín de la Vega.
Por la costa concertamos
de serville esta cuaresma,
do á pura fuerza de ayunos
me ha convertido en poeta.
Pensarán que estoy burlando:
pues no es así como quiera;
que del trato de mi amo
hago agora una comedia.

Toda la primer jornada
trata de que nunca almuerza;
la segunda, que no come;
la tercera, que no cena.
Estos forzosos ayunos
me han tornado la cabeza
más liviana que una caña,
y me han helado la vena;
y tiéneme de tal suerte
la forzosa penitencia,
que no quiero decir más,
ni puedo, aunque más quisiera.

II

Defensa jocosa de Nerón y del rey D. Pedro de Castilla

(De D. Francisco de Quevedo)

Cruel llaman á Nerón,
y cruel al rey don Pedro,
como si fueran los dos
Hipócrates y Galeno.
Estos dos sí, que inventaron
las purgas y cocimientos,
las dietas y melecinas,
boticarios y barberos,
matalotes fueron crueles
y ministros del infierno,
abreviadores de vidas
y datarios de tormentos;
que Nerón tuvo buen gusto,
don Pedro fué justiciero,
si cohechados y ladrones

no pusieran lengua en ellos.
Si inventaran estos dos
esperar y tener celos,
las mujeres de por vida,
la gota, hacerse viejos;
cantar mal y porfiar
y templar los instrumentos;
el pedir de las busconas,
las visitas de los necios:
justicia fuera llamarlos
crueles la fama en extremo;
pero si no lo soñaron
es contra todo derecho.
Tuvo Nerón lindo humor
y exquisito entendimiento;
amigo de novedades,
de fiestas y pasatiempos.
Dicen que forzó doncellas;
mas de ningún modo creo
qu'él encontró con alguna
ni qu'ellas se resistieron.
Quísole Suetonio mal,
pues le llamó deshonesto
porque adoraba á su madre,
siendo obligación hacerlo:
notóle de que comía
sin cesar un día entero,
y es pecado que á la sarna
pudiera imputar lo mesmo.
¿Mató Nerón muchos hombres?
¡Más son los qu'el sol ha muerto,
y llámanle hermoso á él,
y á estotro le llaman fiero!
Gustó de quemar en Roma
tanto edificio soberbio,
dejando así castigada

la soberbia, para ejemplo.
Quemó la débil grandeza
que atesoraban los tiempos,
y á la vanidad del mundo
quiso mostrar su desprecio.
Si á Séneca dió la muerte
siendo su docto maestro,
hizo lo que una terciana
sin culpa pudo haber hecho.
No es mucho que se enfadase
de tantos advertimientos;
que no hay señor que no quiera
ser en su casa el discreto.
Quitó á Lucano la vida;
mas no le agravió por eso,
cuando inmoltal le acredita
con la fama de sus versos.
Pues don Pedro el de Castilla,
tan valiente y tan severo,
¿qué hizo sino castigos,
y qué dió sino escarmientos?
Quieta y próspera Sevilla,
pudo alabar su gobierno,
y su justicia las piedras
qu'están en el candilejo.
El clérigo desdichado
y el dichoso zapatero
dicen de su tribunal
las providencias y aciertos.
Si doña Blanca no supo
prendarle y entretenerlo,
¿qué mucho que la trocase,
siendo moneda en su reino?
Era hermosa la Padilla:
Manos blancas y ojos negros;
causa de muchas desdichas,

y disculpa de más yerros.
Si á don Tello derribó
fué porque se alzó don Tello,
y si mató á don Fadrique,
cuenta le tuvo el hacerlo:
de su muerte y otras muchas
sabe las causas el cielo;
que aun fuera mayor castigo
si rompiera su silencio.
Matóle un traidor francés,
alevoso caballero:
vido Montiel la tragedia,
y el mundo le lloró muerto.
De emperadores y reyes
no hablan mal nobles y cuerdos;
qu'es, en público, delito,
y no seguro, en secreto.
Esto dijo un montañés
empuñando el hierro viejo
con cólera y sin cogote,
en un Cid tinto un don Bueso.

III

(De D. Francisco de Quevedo)

—Parióme adrede mi madre,
¡ojalá no me pariera!
aunque estaba, cuando me hizo,
de gorja naturaleza.
Dos maravedís de luna
alumbraban á la tierra;
que por ser yo el que nacía,
no quiso que un cuarto fuera.
Nací tarde, porque el sol

tuvo de verme vergüenza,
en una noche templada
entre clara y entre yema.
Un miércoles con un martes
tuvieron grande revuelta,
sobre que ninguno quiso
que en sus términos naciera.
Nací debajo de Libra,
tan inclinado á las pesas,
que todo mi amor le fundo
en las madres vendederas.
Dióme el León su cuartana,
dióme el Escorpión su lengua;
Virgo, el deseo de hallarle,
y el Carnero su paciencia.
Murieron luégo mis padres;
Dios en el cielo los tenga,
porque no en aqueste mundo
á engendrar más hijos vuelvan.
Tal ventura desde entonces
me dejaron los planetas,
que puede servir de tinta,
según ha sido de negra;
porque es tan feliz mi suerte,
que no hay cosa mala ó buena,
que aunque la piense de tajo,
de revés no me suceda.
De estériles soy remedio,
pues con mandarme su hacienda,
les dará el cielo mil hijos
por quitarme las herencias;
y para que vean los ciegos,
pónganme á mí á la vergüenza;
y para que cieguen todos,
llévenme en coche ó litera.
Como á imagen de milagros

me llevan por las aldeas,
si quieren sol, abrigado,
y desnudo, porque llueva.
Cuando alguno me convida,
no es á banquetes ni fiestas,
sino á los misacantanos,
para que yo les ofrezca.
De noche soy parecido
á todos cuantos esperan
para molerlos á palos;
y así inocente me pegan.
Aguarda hasta que yo pase,
si ha de caerse, una teja;
aciértanme las pedradas,
las curas sólo me yerran.
Si á alguno pido prestado,
me responde tan á secas,
que en vez de prestarme á mí,
me hace prestarle paciencia.
No hay necio que no me hable,
ni vieja que no me quiera,
ni pobre que no me pida,
ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
ni juego donde no pierda,
ni amigo que no me engañe,
ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en el mar,
y la hallo en las tabernas;
que mis contentos y el vino
son aguados donde quiera.
Dejo de tomar oficio,
porque sé por cosa cierta,
que en siendo yo calcetero,
andarán todos en piernas.
Si estudiara medicina,

aunque es socorrida ciencia,
porque no curara yo,
no hubiera persona enferma.
Quise casarme estotro año
por sosegar mi conciencia,
y dábanme en dote al diablo
con una mujer muy fea.
Si intentara ser cornudo
por comer de mi cabeza,
según soy de desgraciado,
diera mi mujer en buena.
Siempre fué mi vecindad
mal casados que vocean,
zapateros que madrugan,
herreros que me desvelan.
Si yo camino con frío,
se abrasa en fuego la tierra,
y en llevando guardasol,
está ya de Dios que llueva.
Si hablo á alguna mujer
y le digo mil ternezas,
ó me pide ó me despide,
que en mí es una cosa mesma.
En mí lo picado es roto,
ahorro, cualquier limpieza,
cualquiera bostezo es hambre,
cualesquier color vergüenza.
Fuera un hábito en mi pecho
remiendo sin resistencia,
y peor que besamanos
en mí, cualquier encomienda.
Para que no estén en casa
los que nunca salen de ella,
buscarlos yo solo basta,
pues con esto estarán fuera.
Si alguno quiere morirse

sin ponzoña ó pestilencia,
propouga hacerme algún bien
y no vivirá hora y media;
y á tanto vino á llegar
la adversidad de mi estrella,
que me inclinó que adorase
mi humildad á tu soberbia;
y viendo que mi desgracia
no dió lugar á que fuera
como otros tu pretendiente,
vino á ser tu pretenmuela.—
Aquesto Fabio contaba
á los balcones y rejas
de Aminta, que aun de olvidarle
han dicho que no se acuerda.

IV

(De D. Francisco de Quevedo)

—Padre Adán, no lloréis duelos;
dejad, buen viejo, el llorar,
pues que fuísteis en la tierra
el más dichoso mortal.
de la variedad del mundo
entrastes vos á gozar
sin sastres ni mercaderes,
plagas que trujo otra edad.
Para daros compañía
quiso el Señor aguardar
hasta que llegó la hora
que sentistes soledad.
Costóos la mujer que os dieron
una costilla, y acá
todos los huesos nos cuestan,

aunque ellas nos ponen más.
Dormistes, y una mujer
hallastes al despertar,
y hoy, en durmiendo un marido,
halla á su lado otro Adán.
Un higo solo os vedaron,
sea manzana si gustáis;
que yo para comer una
Dios me lo había de mandar.
Tuvistes mujer sin madre,
¡grande suerte y de envidiar!
gozastes mundo sin viejas
ni suegrecita inmortal.
Si os quejáis de la serpiente
que os hizo á entrambos mascar,
¡cuánto es mejor la culebra
que la suegra, preguntad!
La culebra, por lo menos,
os da á los dos que comáis;
si suegra fuera, os comiera
á los dos, y más y más.
Si Eva tuviera madre,
como tuvo á Satanás,
comiérase el paraíso
no de un pero la mitad.
Las culebras mucho saben,
mas una suegra infernal
más sabe que las culebras:
ansí lo dice el refrán.
Llegáos á que aconsejara
suegra de este temporal
comer un bocado solo,
aunque fuera rejalgar.
Consejo fué del demonio
que anda en ayunas lo más;
que las Suegras, de un almuerzo

la tierra engullen y el mar.
¡Señor Adán! menos quejas,
y dejad el lamentar;
sabé estimar la culebra,
y no la tratéis tan mal;
y si gustáis de trocarla
á suegras de este lugar,
ved lo que queréis encima;
que mil os la tomarán.—
Esto dijo un ensuegrado
llevándole á conjurar,
para salir de la suegra,
un cura y un sacristán.

V

(De Don Francisco de Quevedo)

El que quisiere saber
de algunos amigos muertos,
yo daré razón de algunos,
porque vengo del infierno.
Allá queda barajando
el que supo allá más cierto
á cuántos venía su carta,
como si fuera correo.
Al bajar un par de lindos,
quedaron los diablos ciegos;
porque los lindos son tales,
que el diablo no puede vellos.
Por sacar á su mujer
dicen que lloraba Orfeo;
y él me dijo, como amigo,
que entró por verla allá dentro.
Un mal casado pedía

que su mujer fuése al cielo,
por estar allá seguro
de que no le pida celos.
Un letrado y su mujer
penan contrarios efectos,
él por su mal parecer,
y ella por tenerle bueno.
Por engaños en los dotes
penan allá muchos suegros,
porque al casar de las hijas
daban forzados los nietos.
Casadas hay porque dejan
los hijos por herederos
de la hacienda del marido,
que no es padre, sino deudo.
No sólo los corcovados
sirven de soplar el fuego,
sino sus padres también,
por lo que hicieron mal hecho.
Los trajes que acá se quitan
sirven allá de usos nuevos;
y así traen todos los diablos
azul, guedejas y petos.
Hay doncellas camarines
por el barro que comieron,
que, como otras por obras,
se condenan por deseos.
De sólo los escribanos
no traigo conocimiento,
porque cuando van de acá
bajan demonios profesos.
Los médicos pasocortos
bajan allá tan corriendo,
que parece que postean
la vida de sus enfêrmos.
Quien tuviere conocidos,

escribirles puede luégo ;
que un sastre que está espirando
será mensajero cierto.

VI

(De Don Francisco de Quevedo)

¡ Á los moros por dinero,
y á los cristianos de balde !
¿ Dónde vive esa mujer ?
Digásmelo tú, el romance,
pues con mi fe de bautismo
ando bebiendo los aires,
y á todas se las antoja
que es mi sombrero turbante.

VII

Sátira á diversas cosas

(De Don Jacinto Alonso de Malvenda)

Boca de todas verdades
me llaman cuantos me ven :
todo cuanto sé publico,
y aun aquello que no sé.
Á los poetas no pida
la que sabia quiere ser,
porqu'es sacarles dinero
poner una lanza en Fez.
Diez galanes para el plato
suele una hembra tener ;
y hace muy bien, porque uno
no da lo que darán diez.

De calidad del maná
es de un letrado la ley,
pues cuando le dan dinero
sabe á cuánto quiere él.
Invisible y enfadosa
sin duda es la doncellez,
pues en los tiempos de ahora
ninguno la puede ver.
De modo el vino bautiza
un tabernero cruel,
que al beber su vino aguado
dos saltos ví dar á un pez.
Una viejona arrugada,
archivo de la vejez,
de alfombra puede servir
á los piés de San Miguel.
Hoy acuden las mujeres,
por vestir y por comer,
á las bolsas donde hay mosca,
como moscas á la miel.
Aposento en la comedia,
porque la vean más bien,
toma Celia, y á la noche
no tiene para un pastel.
Desde que de juncos se usan
las varas, veo torcer
la justicia, y hay Caín
alguacil de bolsa, Abel.
Del nacimiento en el auto
marido hay que puede hacer
de los dos papeles mudos
el más paciente papel.
Á los calzones las ligas
llegan á todo correr;
y muy presto en la ropilla
sospecho que las veré.

Que haya espadas del perrillo,
señores, muy justo es;
pero si es muerto, aun la espada
lo sentirá, que es mujer.
Cosas de más importancia
en otra ocasión diré,
si me da lugar el vulgo
loco, insensato y novel.

VIII

(Anónimo)

Agora que estoy de espacio
cantar quiero en mi bandurria
lo que en más grave instrumento
cantara, mas no me escuchan.
Arrímense ya las veras,
y celébrense las burlas,
pues da el mundo en niñerías,
al fin, como quien caduca.
Libre un tiempo y descuidado,
Amor, de tus garatusas,
en el coro de mi aldea
cantaba mis aleluyas.
Con mis perros y mi hurón,
y mis calzas de gamuza,
por ser recias para el campo,
y por guardar las velludas,
fatigaba el verde suelo
que mil arroyuelos cruzan
como sierpes de cristal
entre la yerba menuda,
ya cantando orilla el agua,
ya cazando en la espesura,

del modo que se ofrecían
los conejos con las murtas.
Volvía de noche á casa,
dormía á sueño y soltura,
no me despertaban penas,
mientras me dejaban pulgas;
y en la botica las tardes
me daba muy buenas zurras
del trunfo, con el Alcalde,
del ajedrez, con el Cura.
Gobernaba de allí el mundo,
y daba á soplos ayuda
á las católicas velas
que el mar de Bretaña sulcan;
y hecho otro nuevo Alcides
trasladaba sus columnas
de Gibraltar al Japón
con el segundo *plus ultra*.
Daba luégo vuelta á Flandes,
y de su guerra importuna
atribuía la palma
á la fuerza y á la industria;
y con el Beneficiado,
que era doctor por Osuna,
sobre Antonio de Lebrija
teníamos mil disputas.
Argüíamos también
metidos en más honduras,
si se podían comer
espárragos con la bula.
Veníame por la plaza,
y de paso vez alguna
para mí llevaba pollos,
para mis vecinas plumas.
Comadres me visitaban,
que en el pueblo tenía muchas:

ellas me llaman compadre,
y taita sus criaturas;
y cuando se me ofrecía
caminar á Extremadura,
entre las más ricas d'ellas
me daban cabalgadura:
lavábanme ellas la ropa,
y en las obras de costura
ellas ponen el dedal,
y yo les prestaba agujas:
á todas quería bien,
con todas tenía ventura;
porque á todas igualaba
como tijeras de mula.
Esta era mi vida, Amor,
antes que las flechas tuyas
hicieran en mí terrero
y blanco de desventura.
Enseñásteme, traidor,
la mañana de San Lucas
un rostro como de almendro,
ojos garzos, trenzas rubias:
tales eran trenzas y ojos,
que tengo por muy sin duda
que cayera en tentación
un viejo con extrangurria.
Desde entonces acá sé
que matas y que aseguras;
que das en el corazón,
y que á los ojos apuntas.
Sé que nadie se te escapa,
pues cuando más de ti huya
no hay vara de inquisición
que así halle á quien tú buscas.
Sé que tu guerra es civil,
y sé que es tu paz de Judas,

que aguardas para batalla,
y que llamas para justas.
Sé que te armas de diamantes
y nos das lanzas de juncia;
y para arneses de vidrio
espada de acero empuñas.
Sé que para el bien te duermes,
y que para el mal madrugas;
que te sirves como grande,
y que pagas como mula.
Perdona pues mi bonete;
mira que te descomulga:
levanta el arco, y revuelve
de tus saetas las puntas
contra los que sus juicios
significan bien sus plumas,
mas con los que ciñen armas,
bien callas y disimulas:
de gallina son tus alas:
véte para hideputa.

IX

(Anónimo)

Hizo calor una noche,
tan grande y tan insufrible,
que me sacó de mi casa
después de dados maitines.
Acompañóme un amigo
de amistad sincera y firme,
á quien para en paz y en guerra
yo no trocara por quince.
Íbamos los dos cantando
con voz medrosa y humilde.

porque entonces se estrenaba
mi contrabajo y su tiple;
cuando al doblar una calle
de repente nos embisten
dos damas de muy buen garbo,
con verdugado y chapines.
Á dos agudas razones
que las dijimos, se rinden,
aunque un doblón que iba entre ellas
de las razones se ríe.
Estaba clara la luna,
encarando al que la rige
con luz más clara y serena
que el sol de quien la recibe.
No había con nuestras damas
remedio de descubrirse,
aunque entre muchos requiebros
estas razones les dije:
—Quiere el cielo que alabemos,
divinos rostros gentiles,
la belleza con que os hizo
en la tierra serafines:
no está él menos ofendido
que nosotros infelices,
en que queráis con el manto
dos soles suyos se eclipsen.—
No debieron de entenderme;
porque con risa increíble
preguntaron si era zote
que las hablaba latines.
Así los tiernos requiebros
que allí no podían servirme;
los troqué en estas injurias
lisonjeras, convenibles.
—Vuesas mercedes son tuertas
más que el gigante de Ulises:

si no más tuertas, más necias;
si no necias, insufribles.
Si encubrirse es damería,
desengáñolas, que sirve
más há de un año en galera
por otro tanto el melindre.—
Entonces la de mi amigo,
desenvuelta, alegre y libre,
nos descubrió un rostro digno
que el más hermoso lo envidie.
Mostróme unos ojos negros,
graves en extremo y libres,
de dulce contemplación,
hermosos y señoriles.
Una boca, chica era,
que con un piñón se mide,
segura de que haya otra
que así enamore y cautive.
Yo viéndola, sin respeto
de que era agena, la dije:
—Amor haga que en mi cama
siempre estas pulgas habiten.—
Volvíme para la mía,
deshecha en celos de oirme,
y quedé en hora menguada,
que siempre me martirice;
porque descubrió un cabello
del color que el papel tiñe,
con quien el mismo azabache,
de vencido, no compite,
y unos ojos repulgados,
tan pequeños y ruines,
que no viera si eran ojos,
no los teniendo de lince.
Daba á la sumida boca
oscuro sepulcro y triste

la barba, que procuraba
juntarse con las narices;
los dientes tenían vergüenza,
por ser pocos, de reirse,
y por no tener más blanco
que el blanco que los divide.
Perdí el color de soldado
y los humos juveniles:
pegáronseme á la tierra
los piés y los borceguíes,
que no me meneara un carro
tirado de cien rocines;
y así dije: —¡Justo cielo,
que tales caras permites!—
Ella respondió diciendo:
—Mi bien, no te escandalices,
ni se te atrevan congojas,
ni con ellas me lastimes;
no hagas toda la cuenta
de las pasiones visibles:
mira las prendas del alma,
y juro nunca me olvides.—
La voz con que esto decía
era de gozque que gime,
y para que un hombre honrado
se arrojara en un aljibe.
Yo la respondí: —Mi celo,
señora, no os maraville,
que no puede tener honra
quien de aquesto no se aflige:
no soy nacido entre sierras,
ni entre osos ó jabalíes,
ni tigres me dieron leche,
para que acometa á un tigre:
nací entre padres cristianos
y entre regalos sutiles,

y no he hecho al Rey traición
para que así me castigue.—
Esto le dije, y huyendo
la calle abajo me vine,
porque para responderme
comenzaba á apercibirse.

X

(Anónimo)

Una bella casadilla
que apenas tiene quince años,
que quitalla de jugar
con las niñas fué pecado;
y por ponerse chapines,
alzacuello y verdugado,
sin saber lo que hacía
dió á su marido la mano;
y después á las muchachas
que vivían en su barrio
les mostraba muy contenta
las joyas que le había dado;
acabado el pan de boda
volvióse de espaldas marzo,
y hallóse la cuitadilla
esclava de un sucio trasgo.
Era el marido celoso,
y más que celoso, avaro;
y cuál era su figura
miradlo en este retrato.
El cabello ya tordillo,
muy cerca de cincuenta años;
tan lampiño, que aun apenas
le señalan los mostachos;

menos de un dedo de frente,
con arrugas de reclamo;
los dientes muy amarillos,
distintos y descarnados;
muy pródigo de nariz,
y los ojos ribeteados;
tan delgado, que el estrecho
de Gibraltar fué llamado.
Condenado á tos perpetua,
depósito del catarro,
y más ronco que un ternero
pronóstico de su daño.
Y con esto, el bellacón
era tan desvergonzado,
que por cualquier niñería
jugaba triunfo de bastos.
Esta niña había una tía,
mujer de tocas y manto,
gran matrona de consejo
y de muy grueso rosario.
Con lágrimas de sus ojos
á ésta se está quejando
de la vida en que padece
tan insufrible trabajo.
Aquella tan sabia vieja,
que no fué Catón tan sabio,
del archivo de su pecho
así la está aconsejando:
—Hija, mudar condiciones
es negocio muy pesado,
y más si tienen raíces
echadas de algunos años:
lo que hacen los prudentes
es buscar algún reparo:
hazlo, juega á dos espadas,
pues te ha dado Dios dos manos.

Busca, niña, quien te quiera,
que mil te estarán rogando;
que bien puedes sin peligro,
si te riges con recato.
Proveyó naturaleza
que los animales bravos,
porque no vean sus cuernos,
tengan los ojos debajo.
Pues ¿cuánto menos podrán
ver los suyos los humanos,
que como son invisibles,
no se tocan con las manos?—
No le pareció el consejo
á la casadilla malo,
resoluta de pasar
de espaldas la mar á nado.
Pero aquella misma noche
el marido adivinando,
le castigó la intención,
aunque fué para su daño;
que mientras la sacudía,
ó fuese adrede, ó acaso,
le ayudaron de la calle
esta letrilla cantando:
«Ayúdame á sembrar cuernos,
»mientras que se piden celos.»

XI

(Anónimo)

Pacíficos amadores,
los que á las doce y la una
en las esquinas parados
parecéis aves nocturnas;

los que parecéis pintados,
los que os adornáis de plumas,
los que os preciáis de galanes
y mártires de cintura;
los que por una palabra
os acostáis á la una,
pareciendo á la mañana
que os han espantado brujas;
los que os armáis de paciencia
á resistir una pluvia
que capa y jubón os pasa,
no dejando cosa enjuta;
los que tenéis el ingenio
como conchas de tortuga,
para forjar necedades,
agudos como una aguja:
á vosotros vos encargo
un árbol que no da fruta,
hasta que á fuerza de brazos
le despojáis de la oruga.
Una tierna niña es,
que ayer salió de una cuna,
y sabe ya más maldades
que la traidora Aretusa:
es botica de invenciones
con que á vosotros os purga,
archivo de falsedades,
aduana de la luna.
Amarga su trato doble
como la verde aceituna,
y sus palabras taimadas
son más dulces que el azúcar.
Vosotros la alcanzaréis
con una flema importuna,
que á mí me ha dado dentera,
como no estaba madura;

que yo, como me crié
con el doctor Covarrubias,
de siete leguas columbro
lo que ella no ve de una.
Éste me dió una lición
que entre las otras relumbra,
digna de inmortal memoria,
y diréla si me escuchan.
Que quiera más que mis ojos
la que fuere blanca y rubia,
y que no me aparte de ella
hasta que pida *plus ultra:*
que nunca ponga los ojos
en cortesanas astutas,
que con melosas palabras
el dinero nos usurpan;
y si yo lo quebrantare,
que de viruelas me cubra,
y que en verano me maten
chinches, mosquitos y pulgas.
Y así, señores, yo quiero
pescar á bragas enjutas,
y dejar costosos gustos
y andar á mis aventuras.

XII

(Anónimo)

Cierta dama cortesana,
de las de arandela y toldo,
de las de buen talle y pico,
y pícara sobre todo,
picóla con sus saetas
Amor, de amores de un mozo,

más que Narciso galán,
y más que galán celoso.
Gozó d'ella algunos días,
sin pechar, que no fué poco;
porque es la primer franqueza
que en sus archivos conozco.
Cobróla el ninfo afición,
y puso su bolsa en cobro;
porque con sola su gala
pensó conquistallo todo.
Pidióla celos un día,
y á vueltas del alboroto,
algo enojado el galán,
la dió un puntapié en el rostro.
Ella, que nunca había visto
semejantes terremotos
en el cielo de su cara,
tocó á nublo y conjurólos;
y fué la conjuración,
que en yéndose, de allí á un poco
le escribió aqueste papel,
de que yo doy testimonio:
«Deje celosas sospechas,
»que vive Dios que es un tonto
»quien, no dando todo el gasto,
»no piensa pasar por todo.
»Huélguese, pues que le dejan,
»y juegue, pues vamos horros,
»y aunque encuentre mil encuentros,
»no me baraje uno solo;
»y sepa vuestra merced
»que calzo, que visto y como
»á costa de mis costillas,
»por ser tan flacos sus lomos;
»y entienda que es necedad
»pretender con sus adornos,

»no siendo marqués del Gasto,
»ser conde de Puñoenrostro:
»sepa que ya con las damas
»un metal qne llaman oro
»es el discreto, el galán,
»el gentilhombre, el gracioso.
»Por este metal que digo
»habla el mudo y anda el cojo,
»alcanza el que está sin brazos,
»y es de pluma el que es de plomo;
»por aqueste, hábitos verdes,
»y descendientes de godos,
»dan su lado á quien los tiene
»en campo amarillo rojos:
»por este amable metal
»en maridable consorcio,
»de bien diferentes sangres
»he visto yo hacer mondongo;
»por éste arbola bandera
»quien en su vida vió moro,
»ni sabe qué es centinela,
»rebellín, trinchera ó foso.
»Da varas sin ser juez,
»y cátedras sin ser docto,
»y si quiere hará verdad
»de Ovidio Metamorfosios.
»Pues si éste, por quien se alcanza
»cualquiera premio dichoso,
»á vuesa merced le falta,
»y yo en el mundo no sobro,
»¿por qué se mete en honduras
»adonde el mar es tan hondo,
»que suele anegarse en él
»un hombre, aunque sea de corcho?
»Con las damas de este tiempo
»es muy sabido negocio

»que por un Magno Alejandro
»trocarán catorce Apolos.
»Pasó ya el dorado siglo
»que Angélica con Medoro
»se gozaban en la selva,
»pagando un amor con otro.
»Belerma, muy afligida,
»hechos fuentes ambos ojos,
»lloraba cinco ó seis años
»sobre el corazón mohoso.
»Gastaba la gran Cleopatra
»sus tesoros con Antonio;
»dábase Tisbe la muerte,
»y llevábala el demonio;
»Catalina por Pascual
»andaba catorce agostos,
»y al fin d'ellos sus amores
»paraban en matrimonio.
»Ya está tan mudado el tiempo,
»que aun negras de Monicongo
»se van tras el interés,
»y dan al amor del codo.
»Yo por un poco fuí necia;
»mas basta la burla un poco;
»busque, si encuentra otra boba
»con quien él sea menos bobo:
»y con ella su merced
»sea mudo, ciego ó sordo;
»que á todo aquesto se obliga
»quien quiere mucho, y da poco.»
Leyó el galán el papel,
y dijo entre risa y lloro:
—Quien celos no tiene es simple,
y quien los pide es un loco.

XIII

(Anónimo)

Una cortesana vieja
á una muchacha de Burgos,
mal industriada en el arte,
la riñe ciertos descuidos.
—Paréceme, Aldonza mía.
que es el blanco de tus gustos
á do tiran tus deseos
comer y vestir al uso.
Sabe, niña, aprovecharte,
porque, como dice el vulgo,
buena cara y pocos años
es un riquísimo juro;
que un censo que está fundado
en esta corte del mundo
sobre la edad y belleza,
ya sabes que no es seguro.
Redimille el mundo puede,
y ansí que se guarde es justo,
porque tras carnestolendas
se siguen los días de ayuno.
Muchos galanes te siguen:
no digo que tengas uno,
mas que escojas los que fueren
más de provecho que rumbo.
Á soldados y estudiantes
con sus ventajas y cursos
por Flandes y Salamanca,
nunca admitas en tu estudio;
que si quieres letras y armas
hallarlo has todo junto
todas las veces que vieres

en tus manos un escudo.
Buen metal de voz y vena
en un hombre valen mucho,
si la vena es del Perú
y el metal es oro puro.
Procura pedir á todos,
en su lengua á cada uno;
con señas al liberal,
y con palabras al duro.
Y si enfermare por dar,
déjale en tiempo oportuno;
que el médico nunca aguarda
á que se muera el difunto.
Es la bolsa en el amante
lo que en el enfermo el pulso,
que en habiendo intercadencias
le pueden cortar los lutos.
Da, si fuere menester,
donde puedas sacar zumo;
que el labrador nunca siembra
en tierra que no da fruto.
El poner cebo á los peces
á gran cordura lo juzgo;
porque dar lombriz por barbo
es logro el mayor del mundo.
Cuando vieres que se va,
aunque de ello gustes mucho,
la risa del corazón
dé lágrimas por tributo;
que también el cielo á veces
hace dos efectos juntos;
que llover y hacer sol
es propio del cielo tuyo.
Si te llegare á besar,
dale celos con alguno;
que son los celos, amiga,

pimienta de estos besugos.
Bien sé que pica y abrasa,
mayormente cuando es mucho;
pero poco, y sobre fresco,
antes acrecienta el gusto.—
En esto llamó á la puerta
Don Bernardo y Don Bermudo;
Aldonza se fué al estrado,
la vieja á acechar se puso.

XIV

(Anónimo)

Quiero dejar de llorar
si me dejan mis pesares,
y no quiero daros pena
si me dan lugar verdades:
quiero olvidar pesadumbres;
y por cantar novedades
cantaré vidas agenas;
«que todo lo nuevo aplace.»
Tendrá la mujer casada
sedas, perlas y collares
y jardín con varias flores,
y marido de buen talle;
y por variar el gusto
hoy se huelga con un paje,
y mañana con un bruto;
«que todo lo nuevo aplace.»
Tendrá la monja un devoto
que la sirva y la regale,
y que en escribir billetes
gaste la mañana y tarde;
y trocarle ha á dos días

por quien la pele y estafe,
y tendrálo por mejor;
«que todo lo nuevo aplace.»
Tendrá el señor racionero,
á costa de sus reales,
damas de más hermosura
que cuantas pintó Timantes;
y por mudar de manjar
á su ama vieja Hernández
dice amores y ternezas;
«que todo lo nuevo aplace.»
Tendrá la dama de corte
por su respeto algún grande,
y harta de señorías
buscará paternidades:
hoy gustará de Narcisos,
mañana buscará Martes,
mudando cada hora el suyo;
«que todo lo nuevo aplace.»
Tendra el soldado rendidas
mujeres de más donaire
que la romana Lucrecia
y la fuerte Bradamante;
y cansado de altiveces,
con cualque negra de zape
se entiznará cuerpo y alma;
«que todo lo nuevo aplace.»
Estaráse la viuda,
llena de luto y pesares,
llorando al marido muerto
por la falta que le hace;
y dentro de un mes ó dos,
para poder alegrarse,
galán elige, ó marido;
«que todo lo nuevo aplace.»
Y estaráse la doncella

recogida con sus padres
donde el aire no la toque
si falta en sus cascos aire;
y enfadada de su casa,
con cualque alférez de Flandes
se sale á ver nuevas tierras;
«que todo lo nuevo aplace.»

XV

El mulato de Andújar

(Anónimo)

Con el Mulato de Andújar
sollozando está Juanilla,
porque le han puesto cadena
para colgarle en su día.
La decocción de la uva
hasta la muerte la brinda,
pues parecerá, colgado,
un racimo de uvas tintas.
Si la sacuden el polvo
á la triste cuitadilla,
según dicen malas lenguas,
la mala ha sido la mía.
Por mi mala lengua sólo
hoy le condenan, amiga,
y dejan á los figones
con tantas malas y frías.
No llores, Juana, por tío;
que te vuelves vieja, mira;
qu'es propio de malas lenguas
hacer mojar á sus niñas.
¿Qué ha de hacer si le condenan

por unas llaves hechizas?
Que ha sido agua de cerrajas
todo cuanto le acriminan.
¡Dicen qu'es culpa quitarle
á un hombre una piedra rica!
¿Qué saben estos señores
si sería mal de orina?
Lo demás que le acumulan
todo ha sido niñería,
porque una muerte mal hecha
en un rosario se mira.
Si era corchete, eso propio
hace la causa más tibia;
que destripar un corchete
suele hacerlo una ropilla.
De su muerte, amiga Juana,
tuvo culpa su bebida,
pues por lo qu'el vino hace,
mejor es ahorcar á Esquivias.
Si estaba el Mulato entonces
calamocano de vista,
á un hombre qu'está asomado,
¿quién le culpa una caída?
Al agarrarle el corchete,
él sintió en la zancadilla
que á un hombre hinchado de panza
no es bien meterle en pretina;
mas ya pienso que le sacan:
déjale salir, amiga;
que no se ha de ahorcar un hombre
porque le lleven aprisa.
Deja el llanto, pues agora
esta jácara nos brinda,
y bailemos acá abajo
mientras él danza allá arriba.
—Dices bien: canten y toquen;

que ya la Gualda y Marica
salen diciendo al tablado:
allá va la jacarilla.

Baile.

«Con lo blanco de la ropa
»compitiendo sólo tinto,
»miraron Juana y la Chaves
»al Mulato en el borrico.
»Ponte á caballo derecho,
»Juana al mulato le dijo,
»porque á quien te viera atado
»no parezcas encogido.
»Y por postrera el Mulato,
»despidiéndose, le dijo:
»desde niño temí siempre
»el morir de garrotillo.»

XVI

La villana y el soldado huésped

(Anónimo)

En una aldea de corte,
que hace de la corte aldea,
alojóse un capitán,
más de paz que no de guerra;
y si de alguna podía,
la guerra de amores era;
que era el extremo de gala
que tuvo la soldadesca.
No hizo oficio de huésped,
ni salió como debiera,
pues de la casa del suyo
se llevó la mejor prenda
(no semejante al troyano,

que robó por fuerza á Elena;
que ella se fué de su gusto,
si sabello dar no es fuerza):
una villana graciosa,
del huésped hija doncella,
enamorada de verle
las borlas de la gineta,
y las plumas de un sombrero
pajizas, blancas y negras,
con una cifra de plata,
medalla de la roseta;
como es propio de mujeres
dejarse llevar sin rienda,
enamoradas de plumas,
que es aire de su veleta.
Concertaron una noche
que por una falsa puerta
saliese al cuerpo de guardia
á dar el suyo sin ella,
vestida en hábito de hombre,
bizarro calzón y media,
que por lo que de él sabía
no lo tuvo á cosa nueva.
Caminó toda la noche
y gran parte de la siesta,
que como sale briosa,
no la cansan muchas leguas.
Contenta de verse libre,
siempre tomando boleta,
mientras duerme el capitán
cantaba de esta manera.

Villancico.

«Seguir al amor me place,
»aunque rabie mi madre.
Amor dulce y regalado,
galán como enamorado,

valiente como soldado,
vuestras guerras son mis paces,
«aunque rabie mi madre.»
Dejaré por él mi tierra,
pues el amor me destierra;
que más quiero aquesta guerra,
que paz con tantos azares,
«aunque rabie mi madre.»
De verme más se despida;
que no quiero estar metida
donde allí acabe mi vida
labrando sus ajuares,
«aunque rabie mi madre.»
Sus pensamientos son vanos;
que quiero mucho mis manos;
y si allá me honran villanos,
acá me estiman Guzmanes,
«aunque rabie mi madre.»

XVII

Continuación del anterior

(Anónimo)

La villana de las borlas
con la medalla de plata,
que se fué con el soldado
enamorada de lanzas,
ha vuelto ya de la guerra
con las armas destrozadas,
y de las muchas heridas
viene rota y maltratada.
El sombrero trae francés,
vuelta á la copa la falda,
con una pluma de gallo

á la valona terciada;
por roseta un mondadientes,
y por toquilla una banda;
una saltambarca rota
de puro saltar en barca,
y de la brea y resina
no poco sucia la saya;
que quien anda por galera
ha de limpiar muchas tablas.
Una camisa de angeo
y un alzacuello de palma,
una gorguera de puntas
almidonada con grasa;
gran copia de tembladeras,
que las más de ellas se rasgan,
despojos de la victoria,
cautivos de las hilachas;
un zapato alpargatado
sin cairel, labor ni gala,
porque era fino alpargate
teñido en sangre de vaca.
Solía traer botines;
mas ya de puro cansada
juró de no los traer
hasta la vuelta de Francia.
Pudiera ponerse ligas,
pero faltaban las calzas,
y por ahorrar de sobras,
empeñólas por las faltas.
Las faldas de la camisa
bien se pueden llamar faldas,
que son de una sarga vieja
toda pintada de urracas,
y puesta á la delantera
una cabeza de fama,
que acaso puso el pintor

de Don Amadís de Gaula,
más poderosa defensa
que todo el cuerpo de guardia,
pues unas haldas curiosas
están muy cerca de malas.
Al fin la villana vino:
su buena madre la abraza,
puesto que nadie la entienda
que viene al uso de Italia.
Fratelos llama á los mozos,
Sorelas á las criadas,
á la ternera, vitela,
y á los pucheros, piñatas.
Contó de las hosterías,
alojamientos y casas,
del hurtar de las gallinas
y esconder la ropa blanca:
dijo nombres de galera,
y qué eran mástil y gavias,
y del cañón de crujía
contó millones de gracias.
Con esto el padre y el pueblo
la llaman la italiana:
el sacristán la visita
por saber cosas de Italia;
mas ella, que verse espera
segunda vez en la armada,
esperando gente nueva,
ejercitaba las armas.

ROMANCILLOS AMATORIOS

I

(Del príncipe de Esquilache)

De las playas, madre,
donde rompe el mar
parten las galeras,
con mi bien se van:
cuanto más las llamo
ellas huyen más;
si las lleva el viento,
¿quién las detendrá?
El de mis suspiros
hácelas volar,
cuando más pretendo
que vuelvan atrás;
si forzados quedan,
forzados irán,
unos á partirse
y otros á quedar:
«Llamo con suspiros
»el bien que pierdo,
»y las galerillas
»baten los remos.»

De casas que huyen
¿quién podrá fiar
un amor de asiento
que tan firme está?
si ligeras vuelan,
¿dónde pararán?
que quien tanto corre
suele tropezar.
Los azules campos
vuelven de cristal:
todo cuanto tocan
mudándose va.
No está el mar seguro
ni el viento jamás:
mis suspiros solos
en un sér están:
«Llamo con suspiros
»el bien que pierdo;
»y las galerillas
»baten los remos.»

II

(Anónimo)

Madre, un caballero
que á las fiestas sale,
que mata los toros
sin qu'ellos le maten,
más de cuatro veces
pasó por mi calle
mirando mis ojos
porque le mirase.
«¡Rabia le dé, madre,
»rabia que lo mate!»

Músicas me daba
para enamorarme,
papeles y cosas
que las lleva el aire:
siguióme á la iglesia,
siguióme en el baile
de día y de noche,
sin querer dejarme.
«¡Rabia le dé, madre,
»rabia que le mate!»
Y de mis colores
dió en vestir sus pajes
al uso moderno,
qu'es corto de talle.
Si como mis bienes
¡ay! fueran sus males,
nunca aquestas cosas,
madre, fueran tales,
ni jamás lo fueran
para enamorarme.
«¡Rabia le dé, madre,
»rabia que le mate!»
Viéndome tan dura
procuró ablandarme
por otro camino
más dulce y suave:
dióme unos anillos
con unos corales,
zarcillos de plata,
botillas y guantes;
dióme unos corpiños
con unos cristales:
¡negros fueron ellos,
pues negros me salen!
«¡Rabia le dé, madre,
»rabia que le mate!»

Perdí el desamor
con las libertades,
quísele bien luégo,
bien le quise, madre.
Empecé á quererle,
empezó á olvidarme;
muérome por él,
no quiere él mirarme.
«¡Rabia le dé, madre,
»rabia que le mate!»
Pensé enternecerle.
¡Mejor mala landre!
¡Halléle más duro
que unos pedernales!
Anda enamorado
de otra de buen talle,
que al primer billete
le quiso de balde.
«¡Rabia le dé, madre,
»rabia que le mate!»
¡Nunca yo le fuera,
madre, miserable,
pues no hay interés
que al fin no se pague!
¡Mal haya el presente
que tan caro sale!
¡Y mal haya él,
que tanto mal sabe!
«¡Rabia le dé, madre,
»rabia que le mate!»
Y al correr los toros
mañana en la tarde,
no haga las suertes
que mi alma sabe:
fáltele la lanza
y el rejón le falte

con que antaño hizo
tan vistosos lances;
y cuando en las cañas
más gallardo ande,
cañazo le dén
que le descalabre.
«¡Rabia le dé, madre,
»rabia que le mate!»
Y al correr la plaza
con otros galanes,
caída dé él solo
que no se levante;
salga de las fiestas
tal, que otros le saquen,
y cuando estas cosas,
madre, no le alcancen,
«¡Rabia le dé, madre,
»rabia que le mate!»

III

(Anónimo)

¡La niña morená,
que yendo á la fuente
perdió sus zarcillos,
gran pena merece!
Diérame mi amado,
antes que se fuése,
zarcillos dorados,
hoy hace tres meses.
Dos candados eran
para que no oyese
palabras de amores
que otros me dijesen.

Perdílos lavando:
¿qué dirá mi ausente,
«sino que son unas
»todas las mujeres?»
Dirá que no quise
candados que cierren,
sino falsas llaves,
mudanza y desdenes;
dirá que me hablan
cuantos van y vienen,
«y que somos unas
»todas las mujeres.»
Dirá que me huelgo
de que no parece
el domingo en misa,
ni en mercado el jueves;
que mi amor sencillo
tiene mil dobleces,
»y que somos unas
»todas las mujeres.»
Diráme:—¡Traidora,
que con alfileres
prendes de tu cofia
lo que mi alma prende!—
Cuando esto me diga
diréle que miente,
«y que no son unas
»todas las mujeres.»
Diré que me agrada
su pellico el verde
muy más qu'el brocado
que visten marqueses;
que su amor primero
primero fué siempre;
«que no somos unas
»todas las mujeres.»

Diréle qu'el tiempo,
qu'el mundo revuelve,
la verdad que digo
verá si quisiere.
¡Amor de mis ojos,
burlada me dejes
«si yo me mudare
»como otras mujeres!»

IV

(Anónimo)

Aqueste domingo,
no muy de mañana,
fué Jacinta al prado,
la recién casada.
Diéronle aquel día,
para ir más galana,
galas de artificio
y en natural gracia;
ella, que salía,
yo, que la miraba:
¡con qué lindos ojos
salió de su casa!
y en llegando al campo,
dijo una gitana,
hermosa la vista,
graciosa la habla:
—«¡Linda cara buena,
»bien seáis llegada!»
¡Cara buena linda,
bien seáis hallada!
Déme una limosna
tu cara de pascua;

que aquestos ojitos
son de enamorada.
Tres Juanes y un Pedro
penan por tu causa:
casarás dos veces;
serás bien casada.—
Ella con cuidado
sus joyas guardaba:
teme que la alivie
de tan noble carga;
y así recelosa,
dice que se vaya;
mas la gitanilla
volvió á importunalla.
«Linda cara buena, etc.»
—¡Ah cara de rosa!
ah señora hidalga!
vuelve acá esos ojos;
no estés enojada.—
Dióle al fin limosna,
y sobre las rayas
una cruz le hizo
en la mano blanca.
—Parirás dos hijos,
le dice la sabia,
y diráte el uno
la misa cantada;
vendrá á ser el otro,
si se da á las armas,
capitán ó alférez:
querránle las damas.
Vivirás contenta,
aunque te amenazan
dos enfermedades;
mas ya son pasadas.
Larga vida tienes;

Dios te la dé larga:
mucha hacienda heredas;
vendráte por agua.—
Fuése, y dijo luégo,
sin hurtarle nada,
que tan lindos ojos
nadie los agravia.
Volvióse con esto,
alegre y ufana,
donde Albanio y Tirsi
á la puerta cantan:
«Linda cara buena, etc.»

V

(De D. Luis de Góngora)

Hermana Marica,
mañana, que es fiesta,
no irás tú á la amiga
ni yo iré á la escuela:
pondránte el corpiño
y la saya buena;
cabezón labrado,
toca y albanega,
y á mí me pondrán
mi camisa nueva,
sayo de palmilla,
calza de estameña;
y si hace bueno,
traeré la montera
que me dió la pascua
mi señora abuela,
y el estadal rojo
con lo que le cuelga,

que trajo el vecino
cuando fué á la feria.
Iremos á misa;
veremos la iglesia:
darános un cuarto
mi tía la ollera;
compraremos dél,
que nadie lo sepa,
chochos y garbanzos
para la merienda,
y en la tardecica,
en nuestra plazuela
jugaré yo al toro,
y tú á las muñecas
con las dos hermanas
Juana y Madalena,
y las dos primillas
Marica y la Tuerta;
y si quiere madre
dar las castañetas,
podrás, tanto dello,
bailar en la puerta,
y al són del adufe
cantará Andregüela:
«No me aprovecharon,
»Mi madre, las yerbas.»
Y yo de papel
haré una librea
teñida con moras
porque bien parezca,
y una caperuza
con muchas almenas:
pondré por penacho
las dos plumas negras
del rabo del gallo
que acullá en la huerta

anaranjeamos
las carnestolendas;
y en la caña larga
pondré una bandera
con dos borlas blancas
en sus tranzaderas;
y en mi caballito
pondré una cabeza
de guadamacil,
dos hilos por riendas,
y entraré en la calle
haciendo corvetas,
yo y otros del barrio,
que son más de treinta;
jugaremos cañas
junto á la plazuela,
porque Bartolilla
salga acá y nos vea:
Bartola, la hija
de la panadera,
la que suele darme
tortas con manteca;
porque algunas veces
hacemos yo y ellas
mil bellaquerías
detrás de la puerta.

VI

(Anónimo)

Hermano Perico,
que estás á la puerta
con camisa limpia
y montera nueva,

sayo alagartado,
jubón de las fiestas,
zapatos de dura,
de lazos y orejas;
calzas atacadas
de gamuza, y medias
de color de vayo
con sus rodilleras:
mi hermano Bartolo
se va á Inglaterra
á matar al Draque
y á prender la reina,
y á los luteranos
de la Bandomesa;
tiene de traerme
á mí de la guerra
un luteranico
con una cadena;
y una luterana
á señora agüela.
Vámonos yo y tú
para la azotea:
desde allí veremos
á las lejas tierras,
los montes y valles,
los campos y sierras;
mas, si allá nos vamos,
diré una conseja
de la blanca niña
que tomó la griega.
Yo tengo una poca
de miel y manteca;
turrón de Alicante
y una piña nueva,
haremos de todo
cochaboda y buena.

—Dorotea, vamos
á pasar la siesta,
y allá jugaremos
donde no nos vean:
harás tú la niña,
y yo la maestra;
veré tu dechado,
labor y tarea;
haré lo que suele
hacer la maestra
con la mala niña
que su labor yerra.
Tengo yo un cochito
con sus cuatro ruedas,
en que tú rodando
lleves tus muñecas;
un peso de limas,
hecho de dos medias,
y un corre-verás
que compré en la feria.
Cuando yo sea grande,
señá Dorotea,
tendré un caballito,
daré mil carreras:
tú saldrás á verme
por entre las rejas,
y nos casaremos,
y habrá boda y fiesta.—

VII

(Anónimo)

—Deja ya el mandil
y arrima la escoba,

dijo á Constancilla
una setentona:
la saya de frisa
mugrienta y jugosa
la gasten gallegas
carichatas, romas.
¿Tu rostro por dicha,
porquezuela tonta,
sabes lo que vale,
rapaza mocosa?
Por mí santiguada,
si mi acuerdo tomas,
más sedas arrastres
que quince señoras.
Vente tú conmigo;
que si aquestas tocas
dan en cobijarte,
tendrás buena sombra;
yo haré con ellas
de gente más copia,
que doce banderas
con sus cajas roncas.
Irnos hemos juntas
á una y otra boda;
tañerás sonajas,
bailarás chacona;
vendrá el tañedor,
y por poca cosa
te hará mudanzas
que te tornen loca.
Oiremos comedias,
que es gustosa cosa,
do habrá colaciones,
y andará la loza.
Saldremos de mayo
las mañanas todas,

del campo al rocío,
que alegra y engorda;
irá la cestilla
con tocino y bota;
que si bien lo miras,
esto es lo que importa.
Durante el comer
estaremos solas,
que en esto, testigos
es pesada cosa:
cuentan los bocados,
si bebéis os notan,
y al fin su presencia
el almuerzo apoca.
Después nos vendremos,
Constanza, á la olla,
que las guiso yo
cual verás, cachorra.
Dormirás tras esto
la siesta dos horas,
y yo velaré;
que así se negocia.
Iremos de noche
hechas viltrotonas;
darnos han confites,
manjar blanco, aloja;
traeremos regalos,
dineros en bolsa,
y álguien de camino,
porque no estés sola.
¡Gran cosa es oficio,
que de gente ociosa
no se espera al fin
sino hambre odiosa!
Por no estar mirando
si está la señora,

con sus melarquías,
si vela ó reposa,
siempre procuré
con mi industria corta
ganar un real
con recato y honra.
No soy á la fe
como otras guitonas,
que de casa en casa
se van á la sopa.
Un palmo de cara
que le miren todas,
sin que nadie diga
lo que dicen de otras.

VIII

(Anónimo)

Hija Marigüela,
estos mozalbillos,
si de ellos te pagas,
yo te pronostico
hambre y desventura,
desnudez y frío,
y otras mil miserias
que agora no digo.
De lo que estos sirven
es, de que en cabildo
se sepa mañana
lo que anoche se hizo.
No echarán un cuarto,
aunque dén cien brincos
para ir á la plaza:
¡mira bien qué aliño!

De hombres de palacio
que huyas te aviso;
que á tinelo huelen
desde el grande al chico.
Todo se les va
en andar pulidos;
porque en las raciones
echan mil subsidios.
Guarte de estudiantes,
que son todo pico,
y hasta hoy ninguno
hemos visto ahíto.
También de poetas,
cual del malo mismo;
que son todos pobres
y desvanecidos,
y con un soneto
piensan que han cumplido,
si ya no te piden,
de hambre transidos.
Diránte del Bembo
seis conceptos ricos,
y de Garcilaso
mil versos divinos.
Tienen al Petrarca
en la mente escrito:
¡mira tú qué olla
hará este tocino!
Pues de los soldados
harto te he ya dicho,
y si no, en mi cara
lo verás escrito,
donde manifiestan
estos rasguñillos
su término y pagas
cuáles son y han sido.

Todo lo he probado,
sea Dios bendito;
no hay suerte ni estado
que no haya corrido;
hablo de experiencia
más que no de vicio:
no aguardes que el tiempo
haga cual conmigo.
Siempre me agradó
quien del esportillo
sabe las costumbres,
que estos son los lindos;
que la saya y ropa,
el manto y corpiños
renueven sin tiempo
casi en sus principios,
y que el alquiler
tengan por escrito,
para que el casero
no sea prolijo:
hombres personudos,
gordos y rollizos,
de anchas pantorrillas
y tozuelos lisos,
de cuarenta arriba,
con muchos anillos,
no muy bachilleres,
tiesos y engreídos.
Da tú al diablo hombre,
que verás mil ninfos
con unas cinturas
que parecen micos;
que con limas dulces
y seis confititos
y un búcaro de agua
pasan un estío,

y si los convidan,
veinte cigoñinos
no engullen más que ellos,
ni con más ahínco.
Ten de mercaderes
siempre cuenta en libro,
dó no esté tu nombre,
por quitar de ruidos.
Cuando á costa agena,
mete á dos carrillos,
que no sabes cuándo
volverás á henchirlos.
Ten quedas las manos
y rienda en el pico;
que mala respuesta
aguarda el mal dicho.
Con gente de Jauja
conversa poquito;
que no da provecho
y meten ruido.
Nunca de *haré*
pagues tus oídos;
que es una moneda
que gastan perdidos.
De estos hay mil francos;
pero yo te aviso
que es mejor un *toma*
que dos prometidos.
El real en la tierra
es el buen amigo,
y si no, en faltando
mira cuál va el río.
Harto me parece,
hija, que te he dicho,
con lo que tú sabes,
que has de mí aprendido.

Si quedares necia,
no culpes tu signo;
que el maestro tiempo
no admite arrepisos.
Nunca ví discreto
del tiempo ofendido;
porque al fin le estima
como dón divino.
Mata ya por ti;
que setenta y cinco
traigo só las tocas
y algunos que siso;
y ya que riquezas
darte no he podido,
consejos te dejo,
dones muy más ricos.
Empinó tras esto
un jarro de pico
y una calabaza
de hasta tres cuartillos;
abrazó á la niña
tras estos suspiros,
y acabó diciendo
que lo dicho dicho.

Fin

ÍNDICE

	Páginas
Advertencia Preliminar	V
Romances moriscos	7
Romances caballerescos	65
Romances históricos	161
Romances doctrinales	237
Romances amatorios	247
Romances jocosos	277
Romancillos amatorios	321

LS.C.
R7586

201122

Author

Title Romancero general.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
Under Pat. "Ref. Index File"
Made by LIBRARY BUREAU

AUGUSTA
AUGUSTA